TUI. T. SUTHERLAND

ALAS DE FUEGO

WINGLETS

DESTINOS

TRADUCIDO POR MONKI_DONKI

Todos conocen las historias... pero ¿alguien conoce la verdad?

Mordida Feroz, una Ala Nocturna obsesionada con lo que podría haber sido, y debería haber sido.

Mortífero, desesperado por demostrarse a sí mismo como el próximo gran asesino Ala Nocturna.

Seis Garras, un leal Ala Arenosa, que pronto descubrirá que la lealtad tiene un precio.

Homicida, la Ala Nocturna, una dragona enamorada convertida en secuestradora, y el príncipe Ártico de los Alas Heladas, un fugitivo convertido en prisionero.

ALAS DE FUEGO

DESTINOS

INCLUYE:

Prisioneros

Asesino

Desertor

Fugitivos

CRÉDITOS

TÍTULO ORIGINAL:
THE WINGLETS QUARTET

AUTORA:
TUI T. SUTHERLAND

ARTE DE PORTADA E INTERNO:
JOY ANG

TRADUCCIÓN:
MONKI_DONKI

REVISIÓN DE ERRORES:
KATIA_65

FECHA DE PUBLICACIÓN ORIGINAL:
6 DE OCTUBRE DEL 2020

FECHA DE PUBLICACIÓN DE LA FAN-TRADUCCIÓN:
8 DE JULIO DEL 2025

CONTENIDOS

CRÉDITOS 4
CONTENIDOS 5
PRISIONEROS 6
TABLA DE NOMBRES TRADUCIDOS 33
ASESINO 34
TABLA DE NOMBRES TRADUCIDOS 67
DESERTOR 68
TABLA DE NOMBRES TRADUCIDOS 99
FUGITIVOS 100
TABLA DE NOMBRES TRADUCIDOS 131
NOTA DEL TRADUCTOR 132

ALAS DE FUEGO

PRISIONEROS

Nota: Contiene spoilers del quinto libro de Alas de Fuego: *La Noche más Brillante.*

Esto es Pirria, donde hay siete tribus de dragones.

Había siete reinas.

Luego vino una gran guerra, una profecía, un volcán… y una vez terminada la Guerra por la Sucesión al Trono de los Alas Arenosas, un cambio en el equilibrio de poder.

No todos aprueban a la nueva reina de los Alas Arenosas.

De hecho, el único tema más controvertido es la nueva reina de los Alas Nocturnas.

¿Pueden mantener sus tronos?

¿Deberían?

En las mazmorras de la fortaleza de los Alas Arenosas, dos prisioneros esperan… ¿qué? ¿Un juicio? ¿Una ejecución inminente?

No están muy seguros.

Son Alas Nocturnas, pero no pueden volver a su tribu. Están en el exilio; son demasiado peligrosos para que se les permita volver. Y, sin embargo: demasiado complicados para ser asesinados. (Esperan.)

Así que esperan y maquinan (bueno, una de ellos máquina. El otro se pone al día con el sueño y la comida). Y se preguntan qué les ocurrirá.

Lo único que quieren es tener acceso al arma más peligrosa de todas: la oportunidad de contar su propia historia.

Son prisioneros.

Pero quizá eso esté a punto de cambiar.

Para la guardia con la cicatriz sobre el corazón:

Te he estado observando. No eres como los demás guardias, los lagartos que se inclinan, raspan y son leales sin sentido que viven para su reina. Tienes tus propios pensamientos, ¿no? Eres más inteligente que el Ala Arenosa promedio. Y creo que conozco tu secreto.

Hablemos de ello.

Tercera celda abajo, la que tiene dos Alas Nocturnas dentro. Yo soy la que no ronca.

NO TENGO INTERÉS EN DISCUTIR NADA CON UNA PRISIONERA ALA NOCTURNA.
¿DE QUIÉN FUE LA IDEA DE DEJARTE TENER PAPEL Y TINTA?

Deberías estar interesada. Vas a necesitar aliados para lo que estás planeando… y cuando salga de aquí, voy a ser una aliada muy útil.

QUE DIVERTIDAS SUPOSICIONES. MI REINA CREE QUE ESTARAS AQUÍ POR MUCHO, MUCHO TIEMPO.

Cierto… pero también cree que va a ser reina durante mucho, mucho tiempo… ¿no?

Un silencio interesante tras mi última nota. Quizá te tranquilice saber que prendo fuego a tus notas en cuanto las leo. Puedes contarme cualquier cosa, mi nueva amiga de cola venenosa. Créeme, los Alas Nocturnas son excepcionalmente hábiles guardando secretos.

NO SOMOS AMIGAS.
NO SÉ NADA DE TI, APARTE DE LO QUE DICE TU FICHA DE PRESA.
MORDIDA FEROZ: TRAIDORA. SECUESTRADORA. CABECILLA DE COMPLOT DE ASESINATO.
PARA SER RETENIDA INDEFINIDAMENTE JUNTO A FORTACHÓN, EN NOMBRE DE LA REINA DE LOS ALAS NOCTURNAS.
OH SÍ, CIERTAMENTE SUENA COMO UNA DRAGONA EN LA QUE CUALQUIERA PUEDE CONFIAR.

Ella no es mi reina. No puedes traicionar a alguien que no debería gobernarte.

Lo cual podría ser un pensamiento que tú misma has tenido últimamente, ¿no? Sé algunas cosas sobre ti, incluso sin un archivo.

Saguara: Guardia de prisión. Maquinadora. Conectada a grandes planes secretos.

Tú y yo no somos tan diferentes. Sobre todo, en lo que respecta a la confianza.

Piensa que, si mi supuesto «complot de asesinato» hubiera funcionado, los Alas Nocturnas tendrían ahora una reina diferente. Tal vez incluso sería yo.

Bueno, si a la primera no tienes éxito...

Podría contarte mi historia, si me consigues más papel para escribir. O podrías pasarte una medianoche y escucharla en su lugar. Pero He notado que no te gusta pasar mucho tiempo en la mazmorra. ¿Es por el ruido de las pequeñas garras de escorpión escarbando por todas partes? ¿El hedor que sale de los agujeros del suelo? ¿La loca Ala Arenosa de unas jaulas más abajo que no se calla en toda la noche? (¿Cuál es su historia? ¿Realmente ha estado aquí desde el gobierno de la reina Oasis?)

¿O es que te imaginas con demasiada facilidad tras estos barrotes… ¿y sabes lo cerca que estás de unirte a nosotros?

MUY BIEN, ALA NOCTURNA, AQUÍ TIENES UN PERGAMINO EN BLANCO.

ADELANTE, INTENTA CONVENCERME DE QUE ERES UNA DRAGONA QUE MERECE VIVIR, Y MUCHO MENOS UNA CON LA QUE DEBERÍA PERDER EL TIEMPO.

ME GUSTA QUE ME ENTRETENGAN.

LA DRAGONET SIN DESTINO

(Según ciertos idiotas, no según ella)

Nací en una isla de humo y fuego, bajo un volcán que respiraba muerte todo el día y ocultaba las estrellas y las tres lunas por la noche.

Mi tribu se estaba muriendo. Cada año había menos huevos, y aún menos de los que sobrevivían se convertían en dragonets, y todos esos se morían de hambre, junto con todos nosotros.

Los Alas Nocturnas guardan bien sus secretos. Ninguna de las otras tribus sospechaba lo que nos estaba pasando. Ni siquiera sabían dónde vivíamos.

Pero conocían nuestros poderes de leer la mente y ver el futuro. Y eso era lo que iba a salvarnos.

Una profecía. LA profecía.

Esa *estúpida*, raspadora de garras, profecía olvidada por la luna.

Todos los dragones de Pirria probablemente se la sepan de memoria (a menos que seas un vago Ala Lluviosa). O al menos han oído el verso importante: «*Cinco huevos que se abrirán en la noche más brillante, cinco dragones destinados a terminar la lucha. La oscuridad se alzará para traer la luz. Los dragonets se acercan…*»

Y todo el mundo sabe que trata de cinco dragones muy especiales destinados a detener la guerra y salvar el mundo. Sin embargo, si los conoces, te habrás dado cuenta de que no son TAN especiales. Son un poco ñoños y decepcionantes, ¿no crees? Especialmente el Ala Nocturna. Es una tragedia andante.

¿Sabes por qué?

Porque debería haber sido yo. Yo habría sido perfecta para la profecía.

Habría sido brillante salvando al mundo. También habría sido brillante liderando a los otros dragonets, demostrando que los Alas Nocturnas son la mejor tribu, y asegurándome de que las cosas sucedieran exactamente como queríamos.

Sólo hubo un problema: no salí del cascarón en la noche más brillante.

Salí del cascarón dos años antes de tiempo.

ESTÚPIDAS LUNAS LLORONAS EN EL LUGAR EQUIVOCADO EN EL MOMENTO EQUIVOCADO.

¿Y sabes a quién le tocó ser el Ala Nocturna elegido en su lugar? A mi hermano pequeño. ¿QUÉ TAN INJUSTO ES ESO?

Incluso *estaba* allí cuando su destino mágico cayó sobre él. Me encontraba junto a su molesto huevo en nuestro nido, hablando con nuestra madre.

Sus escamas negras brillaban a la luz del fuego mientras se enroscaba alrededor del huevo, rozando ligeramente la cáscara con sus garras.

—Llévame de caza —le pedí. Ya no lo hago, que conste—. ¿Por favor? Necesito ayuda. Sigo perdiendo mis presas después de morderlas, y creo que otros dragones se la comen antes de que las vuelva a encontrar.

Para que quede claro, en *realidad* no necesitaba ayuda. Quiero decir, estaba tan hambrienta como todos, pero puedo cuidarme sola. Lo que quería era que mamá dejara de ser sosa y aburrida y que dejara ese huevo en paz aunque fuera por medio segundo.

—No puedo, pequeña. —Madre hizo uno de sus largos suspiros que hacían que se le cayera la cola—. ¿Y si le pasa algo a mi huevo mientras no estoy? Está tan cerca de eclosionar.

—¿Qué podría pasar? —pregunté—. ¿Crees que va a salir rodando? ¿Le saldrán alas y volará fuera de la isla? ¿Se volverá azul y saldrá un Ala Marina? Estará bien, y que te quedes mirándolo todo el rato no va a *cambiar nada*.

Clavó sus ojos negros en él como si quisiera demostrarme lo contrario.

—Este podría ser el único momento que pase con él —susurró—. La noche más brillante se acerca…

—¡Bla bla BLA! —grité—. ¡Esta podría ser la última vez que estés *conmigo*! Mañana podría *explotarme un volcán*.

Hizo una mueca de dolor.

—Eso no va a suceder —dijo—. Erudito dice que tenemos unos años más antes de otra explosión.

—JA —rió—. Apuesto a que vuelo por los aires antes de que me lleves al continente. ¿Recuerdas todas esas promesas que hiciste? ¿O debería decir, todas esas mentiras que me dijiste?

—Mordida Feroz, sólo tienes dos años —dijo—. Algún día iras al continente. Y cuando tu hermanito salga del cascarón tendremos mucho tiempo juntos en familia.

—¡ASCO! —Grité—. ¡Eso no cuenta! ¡No quiero un dragonet babeante siguiéndonos!

Nadie más que yo tenía que soportar esta *competencia* por la atención de sus padres. Sí, sí, era insólito, mamá era especial, abracemos todos nuestras garras y arrullemos de asombro.

He aquí por qué: La mayoría de los Alas Nocturnas no tienen dos huevos.

Gracias a nuestra horrible isla trampa mortal, la mayoría de los Alas Nocturnas no han podido tener ni un huevo en los últimos… no estoy segura, pero ha sido mucho tiempo. Mi amigo Garras Poderosas es el único otro dragonet que conozco con un hermano en este momento.

Pero no veía por qué mamá *necesitaba* otro huevo cuando me tenía a mí. Debería haber sido *suficientemente* emocionante que *yo* saliera del cascarón. Quiero decir, solía serlo.

Y de repente empezó con: «EEEE, tendré otro huevo, la vida es TAAAAAAN maravillosa» y estaba orgullosa de sí misma y obsesionada con él. Era como si se hubiera olvidado por completo de su primer huevo perfectamente maravilloso y de la dragonet perfectamente maravillosa que salió de él.

Creo que fue culpa del estúpido de Oráculo. (Si no sabes quién es, considérate afortunada). Por aquel entonces estaba perdiendo la cabeza, gritándole a todos a todas horas; no querías interponerte entre él y la lava, por si acaso. Verás, Oráculo intentaba asegurarse de que alguien tuviera huevos que eclosionaran al menos *cerca* de la noche más brillante. Realmente quería algunas opciones para su gloriosa profecía.

En cambio, sólo consiguió un huevo con el tiempo justo. Un soso huevito que era el centro del universo de mamá.

Mamá acababa de decirme que no, que no podía dejar su precioso y aburrido segundo huevo para llevarme a cazar, y yo estaba allí sentada mirándolo y preguntándome a quién podría engañar para que lo rompiera por mí. Era pequeño para ser huevo de dragón, y negro, del color de

nuestras escamas, así que básicamente parecía un bulto extra que sobresalía de la cola de mamá.

Y entonces oímos el TAP-TAP-TAP de unas garras malhumoradas pisando fuerte en nuestro camino, y entra el gigantesco Oráculo, malhumorado y siniestro como de costumbre.

—He venido por tu huevo, Visión —le dijo a mamá. Ese es Oráculo, no exactamente un dragón del tipo «buenos días, qué tal, qué buen tiempo con olor a azufre estamos teniendo». Pero yo tampoco lo soy, así que puedo respetarlo.

Mamá apretó el huevo contra sí.

—¿El mío? —dijo—. ¿Estás seguro?

Oráculo agitó las alas impacientemente ante el nido casi vacío.

—¿*Ves* otras cien opciones en alguna parte? —ladró. Señaló con una garra el único otro huevo que quedaba en la cueva—. Ese no eclosionará hasta después de la noche más brillante. Es el tuyo. Enhorabuena, eres la madre de un dragonet profetizado. Ahora entrégame ese huevo.

—Pero… ¿ahora mismo? ¿No voy a conocer a mi dragonet? —preguntó Visión—. ¿No podemos dejar que el huevo eclosione aquí y dárselo a los Garras de la Paz más tarde? Podría crecer con nosotros, y luego podríamos enviarla al continente en unos años. ¿No sería mejor, criarla como una verdadera Ala Nocturna?

(Mamá estaba haciendo esa cosa de asumir que su huevo perfecto especial tenía una dragonet hembra dentro. ERROR).

Oráculo resopló.

—Innecesario. Nuestra superioridad genética se manifestará dondequiera que nazca este dragonet y comoquiera que se críe. Y los Garras de la Paz tienen que pensar que están a cargo de los dragonets, al menos por ahora.

Mamá miró el huevo negro obsidiana entre sus garras.

—¿Volverá algún día mi dragonet? —preguntó.

—Escucha, tú tampoco eres la madre que yo habría elegido —espetó Oráculo—. Para empezar, habría elegido a alguien que supiera quién era el padre.

(Nota: No era MI padre. Mi padre murió antes de que yo eclosionara, según mi madre. El padre de Nocturno era alguien más, pero Visión no podía o no iba a decir quién.).

Oráculo continuó:

—Debería haber sido alguien con más agallas y menos pelusa entre las orejas. Como Guardasecretos; tiene una cabeza sensata sobre los hombros y entregaría su dragonet por una profecía en un santiamén. Pero ella no tiene dragonet, y tú sí, así que cumple con tu deber y dámelo. —Bajó la voz a un gruñido—. Por el bien de la supervivencia de la tribu, Visión.

Por aquel entonces no lo entendía del todo, claro. Los secretos de los Alas Nocturnas se van revelando poco a poco a los dragonets a medida que envejecemos. Había oído hablar de los Garras de la Paz, pero sólo sabía que eran un movimiento clandestino que intentaba acabar con la Guerra por la Sucesión al Trono de los Alas Arenosas.

Pero esto es lo que entendí: Oráculo estaba llevando ese huevo a un lugar lejos de la isla. El dragonet en ese huevo iba a crecer en un mundo con árboles, cielo y mucho que comer. Los Garras de la Paz lo tratarían como a una reina, y un día salvaría a toda la tribu.

—Podrías llevarme a mí en su lugar —solté—. ¡Puedo cumplir la profecía! ¡Yo *no* tengo pelusa entre las orejas!

Oráculo apenas me miró.

—Eres muy mayor —resopló.

—Entonces envíame más tarde y miente sobre mi edad —sugerí—. ¿Cómo podría alguien saber cuándo nací? Estoy bastante flaca. Dentro de un año apuesto a que podría pasar por un dragonet de un año.

—Mordida Feroz, detente —susurró mi madre.

—Es audaz —dijo Oráculo, mirándome un momento más—. La audacia es útil. La idiotez, sin embargo, no. —Extendió la mano y arrebató el huevo de las garras de mamá. Ella lo soltó sin protestar más, aunque le dirigió la mirada más sentimental, de ojos de vaca y triste que jamás hayas visto. Me dieron ganas de arrancarle el hocico de un zarpazo.

—Gracias por tu servicio a la tribu —le gruñó Oráculo. Se dio la vuelta para alejarse.

—¡Piensa en mí oferta! —lo llamé—. ¡A los dragonets les pasan cosas malas todo el tiempo! Si necesitas una dragonet de reemplazo para la profecía, ¡aquí estaré!

Él se detuvo en la entrada de la cueva y un escalofrío le recorrió la espalda. Durante un largo momento no se movió, y luego giró ligeramente la cabeza, lo suficiente para lanzar una mirada oscura y pensativa al último huevo que quedaba. Y luego se fue, con el huevo que resultó contener a mi hermano, Nocturno, el Ala Nocturna menos audaz y más idiota que haya nacido en la historia de Pirria.

¿Estaba encantada de que mi competencia hubiera desaparecido? ¿Recibí a mi madre con las alas abiertas, dispuesta a volver a ser su única y preciosa amada?

Desde luego que no. No me iba a dejar engañar más. Ahora sabía con qué facilidad podía abandonarme. Había visto lo superficial que era su lealtad.

Tal vez si ella me hubiera pedido perdón…

Pero no lo hizo. En lugar de eso, estuvo DEPRIMIDA durante AÑOS y era tan ABURRIDO que no te haces una idea.

Así que invertí mi tiempo y energía en Oráculo. Él era el que tenía conexiones útiles. Él era quien podía llevarme al continente y tal vez a esa profecía, una vez que se diera cuenta de lo completamente Ala Nocturna que soy.

(Esa es otra palabra para impresionante, si eres lenta en la captación, Ala Arenosa).

Lo seguía por toda la fortaleza. Aparecía siempre que daba una conferencia, aunque no fuera a mi clase. Aparecía siempre que necesitaba enviar un mensaje a alguien. Me topé «accidentalmente» con él en el pequeño bosque de la isla y «casualmente» conduje una presa en su dirección.

En mi cabeza, a veces fingía que era mi padre.

¿Pero todo ese trabajo hizo que le gustara aunque fuera un poquito?

Hasta donde yo sabía, no.

¿Y alguna vez me envió al continente?

NI UNA SOLA VEZ.

Técnicamente, a los dragonets de los Alas Nocturnas no se les permite salir de la isla hasta los diez años. Al parecer primero necesitamos diez años de entrenamiento sobre cómo guardar los secretos de la tribu.

Pero yo era GENIAL guardando secretos, y si mi tonto HERMANO podía estar en el continente todo ese tiempo, no veía por qué yo no podía al menos visitarlo. Especialmente una vez que el túnel a la selva tropical fue construido. Habría sido tan fácil dejarme pasar una noche en la que no había nadie cerca. Sólo quería respirar aire de verdad y ver las estrellas durante un *minuto*. No parecía mucho pedir, y lo hice, una y otra vez, hasta que Oráculo me llamó peste y me desterró al dormitorio de los dragonets.

Mi punto es que crecí en el lugar más terrible de Pirria, pero eso me hizo fuerte. Este calabozo no es nada en comparación. Aquí, comemos todos los días y tu reina nos deja salir a estirar las alas con más frecuencia de lo que puedo creer.

Pero merezco ser libre. Todo lo que hice, todos mis llamados «crímenes», fueron por el bien de mis compañeros Alas Nocturnas. Estaba tratando de encontrar un aliado que restaurara nuestro poder. Estaba tratando de salvarnos de ser controlados por otra tribu. ¡Intentaba asegurarme de que tuviéramos un verdadero hogar propio!

Y si lo hubiera conseguido, ahora *sería* yo la heroína, en lugar de esos «dragonets del destino» de corazón sangrante.

Merezco volver a formar parte de mi tribu, y ellos merecen una reina que se preocupe por ellos y entienda lo que han sufrido, no el error que les rechina los dientes ahora.

Creo en la separación de las tribus y en la importancia de mantener las líneas de sangre reales, si es posible. Sospecho que tú también.

De una forma u otra, voy a salir de aquí. Si me ayudas, ganarás una aliada decidida que puede ayudarte a conseguir lo que quieres.

Si no lo haces, serás sólo otra guardia que tendré que matar al salir.

— Mordida Feroz

YA VEO. UNA HISTORIA BASTANTE TRÁGICA.
¿QUÉ HAY DE TU COMPAÑERO DE CELDA? ¿ES EL CÓMPLICE DE TUS CRÍMENES?
¿ES TAMBIÉN UN HÉROE INCOMPRENDIDO? ¿ES NECESARIO PARA TUS AMBICIOSOS PLANES, O PRETENDES DEJARLO AQUÍ PARA QUE SE MUERA?

EL CEREBRO Y LA BESTIA

Fortachón vendrá conmigo donde quiera que vaya. Para siempre. Eso no es negociable.

No me importa si nadie entiende por qué es mío. Es mi corazón; puedo meter a quien quiera ahí.

Pero te contaré algo de su historia, ya que es tarde y ya no puedo dormir por la noche, no cuando hay luz de luna entrando por esas pequeñas ventanas altas. Además, disfruto malgastando el aceite de la lámpara de la reina.

Y si se te ocurre dejarme libre mientras a él lo mantienes atrapado, te asaré las garras de una en una.

(O tal vez simplemente te delate a ese interrogador de seis garras que supervisa a los guardias; apuesto a que *le* gustaría oír hablar del mapa secreto que has estado dibujando de la fortaleza, o de la forma en que te paras en las esquinas oscuras y le susurras a alguien que no está allí).

Conocía a Fortachón desde que eclosioné, aunque al principio no me caía especialmente bien. Era tres años mayor que yo, pero el dormitorio de los dragonets en la fortaleza de Ala Nocturna tenía espacio más que suficiente para el puñado de dragonets de la tribu, así que allí vivimos todos juntos hasta los diez años.

Fortachón era un notorio desastre y posiblemente el dragón más lento de la tribu. No paraba de dejar trozos de presas alrededor de su lugar de dormir, o de pisar accidentalmente las colas de todo el mundo cuando se iba a la cama por la noche. Nunca hablaba en clase, a no ser que fuera para decir alguna tontería a alguno de los otros dragonets, que siempre lo ignoraban. Todos lo ignoraban. *Yo* lo ignoraba. Estaba demasiado ocupada y era demasiado ambiciosa para hacer amigos.

Además, él no era la garra más afilada del dragón, ya me entiendes.

Sólo recuerdo haberme sentido ligeramente aliviada cuando cumplió diez años y lo trasladaron a la habitación de los adultos, llevándose su desorden, sus ronquidos y sus estúpidas bromas con él. No volví a verlo hasta unos meses más tarde, poco después de mi séptimo día de la salida del huevo.

Fue un día horrible en la isla, más horrible de lo normal, quiero decir.

Las nubes nos cubrían con una mezcla de lluvia y aguanieve, así que fuera hacía frío y estaba húmedo, pero dentro era sofocante, y toda la ceniza del aire se nos pegaba húmedamente a las alas y se nos metía por el hocico, así que parecía que respirábamos volcán incluso más de lo habitual.

Me escapé de clase porque no podía aguantar ni un minuto más de *la Gran y Gloriosa Historia de los Alas Nocturnas* cuando sentía los pulmones como sacos de papel mojado. Ese profesor es casi ciego; ni siquiera se dio cuenta de que me escabullía por el túnel trasero.

Los pasillos de la fortaleza olían a dragón mojado. Ráfagas de viento húmedo y salpicaduras de aguanieve seguían entrando por las grietas de las paredes, chisporroteando en las brasas y volviendo el aire humeante.

Buscaba un lugar lo más alejado posible del exterior —un rincón de la fortaleza que estuviera completamente protegido— y pensé en el laboratorio de Erudito.

Erudito era nuestro profesor de ciencias, y el genio residente de la tribu, si puedes creer todo lo que se dice de él. Si es un genio, debería ser capaz de explicar las cosas de una manera que los dragones puedan entender. En lugar de eso, aparecía una vez a la semana, parloteaba durante horas utilizando las palabras más grandes e inventadas posibles, y luego se deslizaba de vuelta a su laboratorio, dejándonos a todos aún más tontos de lo que éramos antes.

Tenía toda una sala interior gigante de la fortaleza para sus experimentos, y estaba bien protegida del aire exterior. Erudito era obsesivo con evitar que otros dragones tocaran sus cosas, pero tal vez podría sentarme en un rincón y... hmm. Bueno, tal vez él no estaría allí.

Definitivamente estaba allí.

—¡LO ARRUINASTE! ¡TODO! ¡TODA NUESTRA TRIBU PODRÍA DESAPARECER POR TU ESTUPIDEZ!

Me detuve ante la puerta que decía LABORATORIO y ladeé la cabeza, escuchando. Se oyó un enorme estruendo y luego varios estruendos más pequeños. Apenas conseguí dar un salto hacia atrás antes de que la puerta se abriera de golpe y un fornido dragón negro saliera corriendo y batiendo las alas salvajemente.

—¡Y NO VUELVAS O TE DISECCIONARÉ VIVO!

La voz de Erudito bramó mientras la puerta se cerraba.

El dragón se tumbó en el suelo, jadeando.

—Hola, Fortachón —dije—. Causando desastres como siempre, por lo que veo.

—Oh —dijo, incorporándose rápidamente—. Uh, Hola, Mordida Feroz.

—¿Qué hiciste ahora? —le pregunté.

—Tiré una botella de… uh… algo en un tanque de… uh… otra cosa —dijo. Se rascó la cabeza, luciendo triste—. Había burbujas... y un gas raro... no sé. A veces me explica los experimentos, pero eso solo lo hace más confuso.

—Un movimiento de Ala Lodosa algo idiota, ir allí en primer lugar —observé—, ¿Además de cosas rompibles y compuestos químicos inestables? Claramente una mala idea.

—¡Eso es lo que dije! —protestó—. ¡Yo no quería este trabajo! Fue idea de mi madre, y ella es amiga de la princesa Grandeza, así que, ya sabes, ellas lo hicieron posible. Pero les dije que el Ala Nocturna más tonto que jamás nacido no debería ser asistente de Erudito.

Detrás de la puerta se oyeron otros ruidos ominosos. Me di cuenta de que Fortachón me miraba raro.

—¿Qué? —pregunté.

—Esperaba que no estuvieras de acuerdo conmigo —dijo.

—¿Sobre qué? —le pregunté.

—Sobre que soy el Ala Nocturna más tonto que jamás haya nacido.

—Oh —dije—. Lo siento. Lo *habría* hecho, si pudiera pensar en alguien más tonto.

Se rió de verdad, lo cual fue intrigante. La mayoría de los Alas Nocturnas tratarán de contrarrestar tu sarcasmo con más sarcasmo, como si cada conversación fuera una competición para ver quién es más mordaz. Nadie se detiene para reconocer que el otro ha sido gracioso.

—Ah, bueno —dijo—. Quizá tengan razón. Probablemente daré menos problemas aquí que yendo por ahí dejando «rastros obvios» en la selva.

—¿Has estado en la selva tropical? —Entrecerré los ojos—. ¿Cómo fue? Cuéntamelo todo de una vez.

Miró hacia la puerta del laboratorio y luego me enseñó los dientes de una forma incómoda, que resultó ser su versión de una sonrisa.

—O podría enseñártelo.

—No es gracioso —espeté—. Podré ser de la mitad de tu tamaño, pero aún puedo morderte.

—¡Hablo en serio! —protestó—. Puedo distraer al guardia y hacerte pasar. Nadie se enterará, y si lo hacen, ¿qué me van a hacer? ¿Me darán un trabajo peor que éste? Seguro que no hay ninguno.

Se me ocurrían castigos mucho peores de los que había sido testigo, cosas que implicaban lava o una semana extra entre comidas, pero no los mencioné. Si ese dragón loco quería llevarme a la selva, no iba a disuadirlo de lo contrario.

—Bien. Deberíamos averiguar quién vigila el túnel —dije, alejándome por el pasillo.

—Oh, uh… ¿ahora mismo? —dijo—. Quiero decir, eh... sí, ahora mismo. Por supuesto. Eso es cuando nos vamos. Ahora mismo. Sí, eso es lo que quería decir.

Ignoré sus murmullos. He descubierto que todas las interacciones funcionan mejor cuando solo prestas atención a las cosas que realmente te dicen, en lugar de a las que crees que intentan decirte.

—Debería estar Garras Mortales hoy, creo —dijo, poniéndose a mi altura.

—Es bastante brusco —dije—. ¿Cuál es tu plan?

—Um… —dijo.

Lo fulminé con la mirada.

—Tienes un plan.

—Lo tengo. Lo tengo. Lo tengo. No te preocupes.

Él paseaba a mi lado, moviendo las alas y frunciendo el ceño. Nunca había estado tan cerca de él, pero ahora me daba cuenta de que realmente tenía casi el doble de tamaño que yo. Era inusualmente corpulento para un Ala Nocturna hambriento... Todavía se le veían las costillas, pero eran costillas grandes, unidas a una espalda grande y unos hombros enormes. Algún día podría llegar a ser incluso más grande que Oráculo.

Me gustó esa idea. Me gustó caminar por el pasillo al lado de una pequeña montaña pesada. Me hizo sentir como si tuviera algo que me protegería de la lava *si* el volcán explotara de repente.

Salimos de la fortaleza y sobrevolamos el paisaje fundido bajo la lluvia. Mis alas se empaparon al instante y me helaron hasta los huesos, pero no me importó. Íbamos al túnel. Íbamos al *bosque tropical*. Ya había revoloteado fuera de la cueva, pero nunca había entrado. Nada de dragonets cerca del túnel secreto, esa era la regla.

¿Me importaba romperla? No, no me importaba. Era una regla estúpida. Una que podía aplicarse a otros dragonets, pero no a mí. Yo era *al menos* tan lista y digna de confianza como el Sr. Alas Gordas de aquí. Además, lo bueno de hacerlo así era que *él* se metería en problemas, no yo.

Bueno, eso creía yo.

—Espera aquí —dijo, dirigiéndonos hacia la playa. Mis garras se hundieron en la húmeda arena negra y entrecerré los ojos a través del aguacero mientras él volaba hacia la cueva. Unos instantes después, apareció en la entrada y me saludó con la mano.

Eso fue raro. No había visto salir a Garras Mortales.

Resulta que la idea de Fortachón de una «distracción» era acercarse sigilosamente y golpear a alguien en la cabeza. Garras Mortales yacía inconsciente dentro de la cueva, junto a un pequeño fuego frente a la entrada del túnel.

Le miré un momento.

—No se despertará hasta dentro de un rato —murmuró Fortachón.

—Ya veo —dije—. ¿Te vió?

—Uh —dijo—. ¿No? No lo creo. Estaba atizando el fuego.

Sería una idiotez desperdiciar esta oportunidad. Trepé sobre Garras Mortales y entré en el túnel.

—Espera —protestó Fortachón—. *Te voy* a llevar al bosque tropical. Eso significa que yo voy primero. Apártate.

Le lancé un pequeño resoplido, desplegué las alas y volé hacia la oscuridad con él aleteando, gruñendo, detrás de mí.

Arriba y arriba, alrededor y de lado, y entonces… el frío cayó del aire, y la luz brilló adelante.

Salí a la luz del sol.

Y al calor.

Y al *aire fresco*.

No puedes entenderlo porque creciste con todo eso. La mayoría de los dragones no pasan un solo momento de sus vidas pensando en respirar, pero para los Alas Nocturnas, es una experiencia horrible y continua. En el volcán, aspiras partículas de ceniza con cada respiración. Tus pulmones siempre se sienten como si estuvieran ardiendo. El interior de tu garganta se raspa como si hubieras estado tragando trozos gigantes de cáscara de huevo.

Supongo que estamos acostumbrados al olor a azufre y a carroña y a humo, pero una vez que lo dejas (una vez que lo notas) es *horrible* volver a él.

Entrar en la selva fue como sumergir el hocico en un caldero lleno de plantas. Estaba tan abrumada por el asalto a mi nariz que ni siquiera registré lo que tenía ante mis ojos durante los primeros minutos.

Sólo respiré. Y olí. Y olí y respiré y respiré.

Por fin pude enfocar la cara de Fortachón, sus ojos negros clavados en los míos, un asalto salvaje de verdor estallando detrás de él.

—Pareces enormemente satisfecho de ti mismo —dije bruscamente.

—Sabía que esto lo lograría —dijo, recogiendo las alas con un gesto de satisfacción—. Nunca te había visto sonreír, pero sabía que si te traía aquí...

Le fulminé con la mirada.

—¿Eso te convierte en una especie de genio? Seguro que todos los dragones reaccionan del mismo modo.

Ahora mis sentidos se estaban adaptando y también podía oír los sonidos de la selva: el viento que soplaba entre los árboles, el parloteo de los monos de pelaje dorado; los lejanos cantos de los pájaros, el cercano río que borboteaba contento consigo mismo. Sentía el zumbido del sol fundiéndose en mis escamas.

—Sí, es verdad —dijo Fortachón—. pero quería ser yo quien viera *tu* cara.

Le estudié con suspicacia.

—¿Por qué?

—Porque... —Se tambaleó, sus garras apuñalando nerviosamente la tierra debajo de nosotros—. Porque eres... bueno, eres... eres la única Mordida Feroz. ¿Sabes?

Eso era verdad. YO SOY la única Mordida Feroz. No necesito padres cariñosos que me digan que soy especial, brillante y feroz. No necesito una profecía que me haga única e importante. Yo soy MORDIDA FEROZ.

Pero era inusual que alguien más se diera cuenta.

—Hmm —dije, acercándome un paso para poder mirarlo de arriba abajo.

No parecía estar bromeando ni tomándome de las escamas. En general, no me gusta la sinceridad sentimental (en general *no* es un rasgo propio de los Alas Nocturnas), pero resulta que hay ciertos dragones que pueden lograrlo.

Bueno, uno. Hay *un* dragón que puede hablarme así sin ser mordido, o apuñalado, o mordido Y apuñalado.

—¿Quieres ir a volar? —preguntó—. ¿Y comer mangos? ¿Y saltar en un charco de agua que no sea lodo gris frío, o tan lleno de sal que todos tus arañazos ardan como el fuego?

Quería hacer todas esas cosas. Pero nunca había imaginado hacerlas con Fortachón, de entre todos los dragones. No quería que pensara que era una dragona que bajaría todas sus defensas en cuanto sintiera el sol en sus escamas.

—Oh, claro —me burlé—. Como si fueras tan rápido como para atrapar un *mango*. Me gustaría ver *eso*.

Volvió a reírse, aunque esta vez no supe muy bien por qué. Los dragones que podrían estar riéndose de mí suelen tener un encuentro desagradable con mis garras antes de que suelten su próximo aliento. Pero por alguna razón su risa no me hizo querer darle un puñetazo en la nariz.

Así que volamos, nadamos y comimos más de lo que sabía que existía en el mundo, y no me importó ni un ápice cuando volvimos al túnel horas más tarde, cuando el sol se ocultaba entre los árboles, y nos encontramos a Oráculo y a Garras Mortales esperándonos.

Decidí pasar a la ofensiva antes de que pudieran empezar a gritar.

—Bien. Tengo algo que decirte, serpiente conspiradora y mentirosa —le espeté a Oráculo mientras aterrizábamos. Fortachón dio un respingo

y se apartó un paso de mí, y luego se acercó dos pasos. Sentí que su mirada se fundía en el costado de mi cara: sorprendida, ansiosa o impresionada; no sabía cuál de las tres cosas y no podía molestarme con él en ese momento.

—¿Saben cuántas reglas han roto? —bramó Oráculo, listo para lanzar su despotricar preparado—. ¿Cómo te atreves? ¿*Qué* acabas de decirme?

—Te he llamado *serpiente* conspiradora y mentirosa —le espeté—. ¿Por qué no podemos mudarnos aquí ahora mismo? ¿Por qué nos quieres mantener en esa miserable isla un momento más cuando esto está aquí, listo y esperándonos? —Extendí las alas hacia el bosque que me rodeaba.

—No cuestiones a tus mayores —echó humo Oráculo—. No tienes ni idea de cuáles son los riesgos, o lo que hay que hacer…

—¿Qué riesgos? —le contesté—. ¿Los Alas Lluviosas? ¿Tienes miedo de que te lancen plátanos? Probablemente tardarían meses en darse cuenta de que estamos aquí.

Esto fue antes de que descubriéramos lo que podían hacer los Alas Lluviosas, obviamente. No estaba en ninguno de los pergaminos. No lo descubrimos hasta un año después, cuando un dragón llamado Venganza tuvo una demostración en toda su estúpida cara. (No es una gran pérdida, que conste. También era horrible antes del encuentro con ese Ala Lluviosa).

—Es decisión de la reina Triunfal —dijo Oráculo—. Y ella ha decidido que no estamos preparados. ¿Te gustaría discutirlo con ella?

Eso me hizo callar por un momento. Nadie había visto a la reina en años, pero hablaba a través de Oráculo y su hija, y en la fortaleza podíamos sentir sus ojos sobre nosotros todo el tiempo. Ella lo sabía todo, y si tenías la mala suerte de captar su iracunda atención, sus castigos eran siempre rápidos y severos.

—Y no te olvides de los Alas Heladas, dragonet arrogante —gruñó Garras Mortales—. Si entramos y nos instalamos aquí, ¿cuánto tardarán en descubrir dónde estamos? Estamos a salvo en la isla, pero una vez que nos encuentren aquí, se abalanzarán sobre nosotros para matarnos a todos.

—Así es —siseó Oráculo—. El plan de la reina nos dará el poderoso aliado que necesitamos para protegernos en nuestro nuevo hogar. Así que sigamos el camino de la profecía. Es la única forma de que lo hagamos con seguridad.

—Y podrías haberlo puesto todo en peligro —añadió Garras Mortales.

—Podrían haber sido vistos sin siquiera darse cuenta. Un Ala Lluviosa camuflado podría haberlos vistos y ahora estar informándole a su reina ahora mismo.

—¿Y si los hubieran capturado? —Oráculo gruñó.

—¿Capturados por Alas Lluviosas? —Puse los ojos en blanco—. Aterrador.

—Te arrepentirás de esto —siseó—. Me aseguraré de que no vuelvas a poner las garras en esta selva, no hasta que nos mudemos aquí.

Nadie iba a ver mi desesperación, me dije ferozmente. «*No dejes que sepa que sientes como si te arrancaran los ojos. Que no vea que te importa*».

Clavé las garras en el suelo como si pudiera crecer raíces allí, para que nadie pudiera arrastrarme jamás. Inhalé en silencio, tratando de arrastrar el aroma de los mangos, el musgo y las piedras del río hasta lo más profundo de mis pulmones, tratando de grabar este lugar en mis escamas para siempre.

—Pero es culpa mía —soltó de repente Fortachón—. Esto fue idea *mía*, no suya.

—¡Ja! —Oráculo lanzó una ráfaga de humo por las fosas nasales—. Mordida Feroz lleva años molestándonos para que la llevemos aquí. Sabemos cómo es. No hay necesidad de cargar con la culpa por ella... como quiera que te llames.

—Estoy diciendo la verdad —insistió con firmeza—. Le dije que la traería aquí. *Noqueé* a Garras Mortales, lo siento.

Garras Mortales le gruñó.

—Ella no estaría aquí si no fuera por mí —dijo—. Castígame a mí en su lugar.

Decía la verdad, pero no tenía por qué hacerlo. Yo ya había decidido no echarle la culpa a él. Y estaba claro que Oráculo también había decidido lo que quería creer, basándose en lo que ya pensaba de mí.

—¿Así que estás sugiriendo que te prohibamos a ti la entrada a la selva tropical? —se burló Oráculo.

—Sí —dijo Fortachón.

—No seas idiota —dije al mismo tiempo—. Se suponía que yo no vería este lugar durante tres años más de todos modos. Tú tienes edad suficiente para que te pongan a cazar o te asignen a una misión de espionaje aquí. No desperdicies eso por nada.

—Tú no eres nada —dijo Fortachón con un extraño tono de voz.

Y quizá su lentitud también me había contagiado a mí durante el día, porque fue entonces cuando por fin me di cuenta.

El riesgo que había corrido no era para demostrar su grandeza ni para disfrutar de un atrevido viaje al margen de las normas. Para Fortachón, se trataba de *mí*.

Me vio, y me había visto desde hacía tiempo, aunque nunca me había dado cuenta.

A diferencia de otros dragones, si a Fortachón le dieran a elegir, me elegiría a mí.

Rodeé su cola con la mía y levanté la barbilla desafiante hacia Oráculo.

—Puedes castigarnos juntos —dije—. No nos importa.

Y lo hizo, por cierto, pero no fue nada peor que la vida normal en la isla. Tuvimos algunas tareas extra terribles durante un año, pero las hicimos juntos, lo que las hizo menos terribles. Y descubrimos una forma más inteligente de escabullirnos a la selva tropical sin que nos pillaran.

(Bueno, *yo* lo descubrí y lo dejé acompañarme).

En fin, es una larga historia para ilustrar un punto simple: Fortachón es mi dragón. Hará lo que sea para mantenerme con vida. Es el único dragón en el que confío en toda Pirria.

Y no voy a ninguna parte sin él. Métete eso en el hocico y fúmatelo.

— Mordida Feroz

ERES UNA DRAGONA COMPLICADA, ALA NOCTURNA. SUPONGO QUE PODRÍA AYUDARTE, COMO PRESUMES.
¿QUÉ ES EXACTAMENTE LO QUE CREES QUE PUEDES HACER POR MÍ?

COMO DEBERÍA HABER SIDO

Muy bien, Saguara, guardia Ala Arenosa con una cicatriz sobre el corazón. Esto es lógica básica, así que no deberías esforzar demasiado tu cerebro para seguirlo.

Imagina por un momento que mi plan hubiera tenido éxito.

Imagina que hubiera convencido a mis compañeros de ir a la fortaleza de Brasas en lugar de parar a buscar ayuda en la Madriguera del Escorpión. (Idea suya, y terrible, como debí suponer que sería).

Imagina que yo hubiera acabado en el salón del trono de Brasas en vez de en la cárcel. Ahora imagíname dándole en bandeja de plata exactamente lo que quería: la ubicación de los dragonets de la profecía.

¿Puedes verlo en tu mente? ¿El ejército de Alas Arenosas camino de la selva tropical? ¿Conmigo y Brasas volando en cabeza, como las alas vengadoras de la noche y el día descendiendo en picado para enderezar la historia?

¿Quién podría habernos detenido? Los Alas Lluviosas no son guerreros; se habrían dado la vuelta y suplicando clemencia en cuanto hubieran visto las garras de un Ala Arenosa. Los otros Alas Nocturnas se me habrían unido en un santiamén.

Y entonces habrían ayudado a Brasas a cambio… ¿cómo sería el mundo ahora, si mi plan hubiera funcionado?

Reina Brasas de los Alas Arenosas.

Reina Mordida Feroz de los Alas Nocturnas.

La profecía: cumplida de la manera *correcta*. Los dragonets: todos muertos; una historia tan triste, pero el sacrificio es lo que les pasa a los héroes, ¿no?

(Bueno… tal vez no *todos* muertos. Yo tendría piedad de mi hermano pequeño, aunque nos haya traicionado. No hay necesidad de desperdiciar un Ala Nocturna. Estoy segura de que podría ser rehabilitado eventualmente).

Y realmente habría salvado a mi tribu; *yo*, la dragonet sin destino. Yo sería la heroína, después de todo.

Pero el sueño no ha muerto, amiga mía. Aún podemos hacerlo realidad, aunque sea con un elenco de personajes ligeramente distinto.

Escucha, claramente eres una dragona inteligente… bueno, digamos inteligente. Apuesto a que apoyaste a la Reina Brasas. Y también apuesto a que tienes a alguien más en mente para el trono ahora. Por la forma en que has estado merodeando, tomando notas y estudiando todo, apuesto a que eres un dragón interno muy útil para alguien.

Así que sé aún más útil. Date a ti misma y a tu plan secreto unos aliados que puedan ayudarte de verdad.

Es muy simple. No nos gusta nuestra reina. A ti no te gusta tu reina. Juntos las eliminamos, y entonces nuestras tribus pueden volver a ignorarse mutuamente para siempre.

Pero primero tienes que sacarnos de aquí.

Lo antes posible, por favor. Me estoy hartando de oler Alas Arenosas y comer camello seco todos los días.

— Mordida Feroz

¿Leíste mi carta? ¿Por qué no has respondido?

Saguara, no soy una dragona paciente. Si no nos ayudas a escapar, le contaré a alguien lo que has estado tramando. Para ser franca: Estoy segura de que la actual reina Ala Arenosa estaría *muy* interesada en saber de la misteriosa espía entre sus guardias.

MUY BIEN, ALA NOCTURNA ENLOQUECEDORA. TU HISTORIA ME HA CALENTADO EL CORAZÓN, O TAL VEZ SÓLO NECESITO QUE TE VAYAS Y DEJES DE DESLIZAR NOTAS INCRIMINATORIAS BAJO TU PUERTA.
ENTONCES.
MAÑANA A MEDIANOCHE.
PREPÁRENSE.

TABLA DE NOMBRES TRADUCIDOS

Para aquellos que quieran saber los nombres originales de los dragones cuyo nombre no tiene traducción oficial.

Personajes con apariciones físicas.

Garras Mortales	Deadlyclaws
Saguara	Saguaro

Personajes mencionados.

Guardasecretos	Secretkeeper

ALAS DE FUEGO

ASESINO

Nota: Esta historia se sitúa aproximadamente dos años antes de la noche más brillante en la que eclosionan los dragonets de la profecía.

Mortífero era un dragonet que seguía órdenes.

Lee este pergamino, limpia esta cueva, pesca ese pez exacto, mata a ese prisionero problemático; lo que fuera, lo hacía, sin hacer preguntas.

(Bueno. Quiso hacer preguntas sobre el prisionero. Como: ¿por qué alguien había llevado a un dragón lodoso al hogar secreto de los dragones nocturnos en primer lugar? Por supuesto, él tenía que morir; nadie podía saber dónde vivían. ¿Y por qué hacer que un dragonet de cuatro años lo matara? Había muchos guardias que habrían estado encantados de recibir esa orden. Pero esa era su misión, y por supuesto, la hizo, tan limpia y rápidamente como pudo).

Obedecer a los mayores: lo más importante que un joven Ala Nocturna debía aprender. Eso, más la lealtad a la tribu y cómo guardar un secreto.

Pero su nueva misión era un poco... confusa.

—¿Quieres que espíe a la reina? —Mortífero inclinó la cabeza hacia Golpeadora, la dragona que le había enseñado todo lo que sabía—. ¿*Nuestra* reina?

—Si está allí —respondió Golpeadora—. Me reuniré con Grandeza en una hora en la cámara del consejo, y quiero que te deslices dentro y escuches, si puedes.

No estaba muy seguro de cómo sentirse con esta orden. Confundía un poco su idea de quién estaba a cargo de él.

Por otro lado, Grandeza no era realmente la reina; era la hija de la reina y su portavoz. Nadie había visto a la reina Triunfal en persona desde

que desapareció abruptamente de la vista pública varios meses antes. Tal vez ella estaría allí, oculta y escuchando, pero tal vez no.

Y posiblemente esta fuera una prueba de la que la reina realmente sabía.

Golpeadora siempre tenía razones más grandes detrás de sus órdenes, incluso cuando parecían misteriosas. Además, ¿qué más iba a hacer? ¿Desobedecerla? Poco probable; jamás.

—Sé tan sigiloso como puedas —dijo Golpeadora antes de girarse—. Y encuéntrame después en tu cueva de dormir.

Mortífero se dirigió directamente hacia la cámara del consejo, dándose tiempo para evitar a los guardias que pudieran estar apostados. Las sombras lo engulleron, negro contra negro, y mantuvo sus alas plegadas para ocultar el resplandor de las escamas plateadas debajo.

Se deslizó por uno de los túneles traseros hacia la cámara que salía justo debajo de El Ojo de la Reina, y luego serpenteó a lo largo de la pared hacia la cueva más cercana. No había manera de saber si la reina estaba allí, observando desde detrás de su pantalla de piedra, pero por si acaso, se mantuvo fuera de su línea de visión. Se metió en los rincones más oscuros, sintiendo la roca irregular presionar su espalda y su cola.

Pasaron horas antes de que finalmente escuchara garras acercándose. Pero esto era algo en lo que también había trabajado con Golpeadora: mantenerse perfectamente inmóvil, sin importar cuánto gritaran sus músculos.

—Más vale que esto tenga algún sentido —gruñó una voz masculina profunda.

Mortífero no estaba seguro de quién era.

—No tienes por qué estar aquí —replicó una voz femenina, tajante. Esa era fácil; Mortífero había estado escuchando la voz de Golpeadora todos los días desde que había nacido—. Grandeza, esto es un asunto para ti, para mí y para la reina. Nadie más.

—Oráculo es uno de los asesores más confiables de la reina, y ella quiere que lo consultemos sobre cualquier cosa que pueda afectar la profecía —respondió Grandeza. Siempre sonaba un poco nerviosa, como si no estuviera segura de que alguien le creyera lo que decía.

—Eso es cierto —dijo Oráculo, con aire de suficiencia—. ¿Qué estás intentando conseguir ahora, Golpeadora?

—Espera —dijo Grandeza—. Déjame quedarme junto a El Ojo de la Reina, por si madre tiene algo que decir. —El sonido de sus alas llenó la cueva, y Mortífero la imaginó volando hacia el costado de la pantalla—. Bien —llamó—. Adelante.

—Sabes que me envían al continente —dijo Golpeadora, lanzándose directamente al tema—. Para llevar a cabo la nueva estrategia del consejo de asesinatos selectivos, comenzando con la creciente amenaza del Reino del Mar. Estoy aquí porque quiero que Mortífero esté en mi equipo.

Le costó toda la concentración de Mortífero mantenerse quieto. No se había dado cuenta de que esta reunión iba a ser sobre *él*.

«*¡El continente!*».

—No —gruñó Oráculo—. No seas absurda.

—Tú no decides —replicó Golpeadora—. La reina sigue siendo la reina, a pesar de todas tus pretensiones últimamente, Oráculo.

—Va en contra de todas nuestras reglas —dijo Grandeza con tono apologético—. Es demasiado joven, Golpeadora. Sabes que nunca dejamos que los dragonets salgan del reino hasta que tienen diez años. ¿No tiene solo cuatro?

—Sí, pero es el dragonet más inteligente de la tribu —dijo Golpeadora—. Y si queremos entrenarlo para ser nuestro próximo asesino, tiene que empezar ahora. Necesita conocer la geografía de Pirria y cómo funcionan las siete tribus. Necesita entender la política de esta guerra por el trono de los Alas Arenosas. Necesita aprender a infiltrarse en una tienda y cortar la garganta de un Ala Helada sin despertar al resto del ejército.

Mortífero *sabía* que podía aprender todas esas cosas. Quería aprenderlas con *tantas ganas*.

«*Por favor, déjenme hacerlo. No me hagan quedarme aquí otros seis años*». Había escuchado rumores sobre esta nueva estrategia. Las otras tribus de dragones estaban atrapadas en una guerra cruel, y dependía de los Alas Nocturnas asegurarse de que todo saliera como debía. Asesinar objetivos específicos era la primera parte del plan… pero asegurarse de que nadie supiera jamás que los Alas Nocturnas estaban involucrados era la segunda, tercera, cuarta y quinta parte.

Secretismo: esa era la palabra clave de los Alas Nocturnas.

Y también la razón para mantener a los dragonets alejados de las otras tribus. Los dragones mayores no confiaban en nadie menor de diez años para que mantuviera la boca cerrada si, por ejemplo, los capturaban los Alas Celestes o los Alas Arenosas.

—No puede aprender a ser un asesino eficiente desde aquí —continuó Golpeadora—. Y si muero en esta misión, no tendrán a ningún asesino, ni forma de entrenar a otro.

—¿No puedes entrenar a un dragón mayor? —dijo Grandeza, por encima del resoplido escéptico de Oráculo—. Elige a alguien que ya tenga diez años.

—Como Venganza —sugirió Oráculo—. O Masacre. Les encantaría practicar matar a otros dragones.

—Venganza y Masacre tienen piedras por cerebro —dijo Golpeadora—. Mortífero podría sacarles los ojos y atarles las colas en nudos antes de que siquiera notaran que estaba en la misma isla que ellos. Lo quiero a él y a nadie más. Puede mantener sus secretos, aunque sea joven. Y no voy a dejarlo aquí para que lo entrene alguien inferior a mí.

—Esto no tiene nada que ver con que sea tu hijo, supongo —siseó Oráculo.

—No lo trato como un hijo —gruñó Golpeadora—. Lo trato como un estudiante. Es mi aprendiz. El consejo aceptó eso cuando él eclosionó; por eso se llama Mortífero. Y ha estado a la altura del nombre. Será el mejor asesino de los Alas Nocturnas de todos los tiempos si me dejas llevarlo en esta misión.

«*Por favor, di que sí* —rezó Mortífero—. *Por favor, por favor, por favor, di que sí*».

—Ha matado a *un* prisionero Ala Lodosa —dijo Oráculo—. Eso no es más que una predicción de grandeza asesina futura. Déjamelo a mí y me aseguraré de que...

—¡*Nunca* lo dejaría contigo! —gritó Golpeadora.

—Esperen —llamó Grandeza por encima de los gritos de los dos dragones—. ¡Deténganse! ¡Shh! La reina está hablando.

El silencio cayó en la cámara del consejo. Mortífero ya había visto esto antes: Grandeza inclinándose hacia El Ojo de la Reina, escuchando atentamente la voz que solo ella podía oír.

—La reina tiene una propuesta —dijo finalmente—. El dragonet debe demostrar ser tan bueno como tú dices, Golpeadora. Si puede matar a Venganza o Masacre esta noche, con sigilo, antes de que salga el sol, entonces podrá ir contigo. Si no, deberás elegir a uno o a ambos en su lugar.

Hubo una larga pausa.

«*¿Por qué duda?* —se preguntó Mortífero—. *¿No sabe que puedo hacerlo?*».

—¿Y si uno de ellos lo atrapa y lo mata? —preguntó Golpeadora, con la voz repentinamente mucho más lenta de lo habitual.

—Entonces sabremos que no era adecuado para esta misión —dijo Oráculo con una risita arrogante.

—Esta noche —dijo Grandeza—. Esta es su única oportunidad, si crees que está realmente preparado. O si no, puedes elegir no probarlo. Entonces deberás dejarlo aquí cuando vueles al continente mañana.

¿Mañana? ¿Golpeadora se iba tan pronto?

Mortífero tensó los músculos de la mandíbula. «*Iré con ella, cueste lo que cueste*».

El primer paso fue encontrar a Venganza y Masacre, lo cual debería haber sido fácil después del entrenamiento de Golpeadora. Una de las tareas regulares de Mortífero era memorizar la nueva lista de guardias y el horario rotativo de caza cada semana. Así que sabía que Masacre debía estar de guardia, patrullando las torres exteriores, y Venganza no estaba programado para cazar.

Pero también conocía a estos dragones, al menos por reputación. Eran primos, ambos de mal carácter y crueles con todos excepto entre ellos. Incluso desde la distancia, Mortífero sabía que Masacre era perezoso y Venganza era codicioso y desobediente.

También sabía que nadie había estado haciendo cumplir los deberes de los guardias desde la… ¿desaparición? ¿retiro? Lo que sea que estuviera

haciendo Triunfal tras esas pantallas. Grandeza estaba demasiado abrumada, Oráculo concentrado en la profecía, y la mayoría de los Alas Nocturnas pensaba que patrullar y hacer guardia eran tareas estúpidas e innecesarias que nadie debería tener que hacer. Después de todo, si ninguna otra tribu podía *encontrar* a los Alas Nocturnas, ¿contra qué habría que protegerse?

Así que probablemente el último lugar donde encontraría a Masacre sería patrullando las torres exteriores. Y Venganza podría estar deslizándose tranquilamente cazando cuando no se suponía que debía hacerlo.

¿Pero el escenario más probable? era que ambos estuvieran profundamente dormidos

Mortífero consideró primero encontrar a su madre; ella había salido de la cámara del consejo con Grandeza y Oráculo. Sabía que ella esperaba verlo de vuelta en las cuevas de descanso de los dragonets. Pero ya conocía su tarea y quería demostrar que podía hacerlo sin su ayuda. La medianoche se acercaba rápidamente. No quedaban muchas horas para completar su misión.

Cerró los ojos y consultó el mapa en su cabeza. Masacre y Venganza dormían en cuevas compartidas con otros Alas Nocturnas; podría encontrarlas fácilmente, pero sería muy difícil matarlos sigilosamente si había otros dragones allí.

La cueva de Venganza estaba más cerca, y Venganza tenía suerte, porque dos dragones jugaban con huesos y pequeños cráneos en la entrada. Mortífero echó un vistazo, actuando con naturalidad mientras pasaba. No creía que Venganza fuera uno de los tres dragones que dormían en los nichos más alejados, pero no tenía forma de asegurarse sin llamar la atención.

Así que, la cueva de Masacre. Subiendo por un largo y sinuoso túnel, pasando por la biblioteca, pasando por la sala del trono, bajando otro túnel.

El pasillo estaba vacío. No se oían sonidos provenientes de la boca de la cueva adelante.

Mortífero avanzó sigilosamente sobre sus garras, sin hacer ruido.

Un leve sonido lo hizo detenerse por un momento. Volvió a escucharlo, y se dio cuenta de que era un ronquido, pero nada como los

enormes ronquidos que escuchaba todas las noches de Fortachón, el dragón más ruidoso al dormir en la fortaleza. Esperó un momento, luego siguió avanzando hasta que pudo ver dentro de la cueva.

Seis dragones dormidos, con sus alas negras subiendo y bajando mientras soñaban.

Se deslizó entre ellos, estudiando sus rostros en el brillo anaranjado de las paredes.

Y ahí estaba. Masacre, profundamente dormido, babeando un poco. Estaba demasiado delgado, como la mayoría de los Alas Nocturnas, y tenía una expresión nerviosa y furiosa, incluso mientras dormía. Mortífero lo recordaba de una clase de entrenamiento en la que Masacre había herido a un dragón joven jugando demasiado rudo y luego se jactó de ello.

No sería una gran pérdida para la tribu.

Y sin embargo... era un Ala Nocturna. Un dragón con el que Mortífero había hablado realmente. Un miembro de su tribu.

El peso de la culpa de repente golpeó a Mortífero como una cueva desplomándose.

¿Realmente podría matarlo? ¿A un compañero Ala Nocturna? Mientras dormía, además, ¿como un cobarde?

«*No como un cobarde. Como un asesino. El sigilo es el objetivo. Para esto he estado entrenando*».

El dragón dormido dejó escapar un largo suspiro por la nariz, exhalando humo en los ojos de Mortífero. Mortífero parpadeó hasta que pudo ver con claridad de nuevo, manteniendo el resto de su cuerpo tan inmóvil como una estalactita.

«*Si no hago esto, me quedaré solo aquí.* —Su padre estaba muerto. No tenía hermanos ni hermanas. Su madre podría estar ausente en esta misión durante años, dijo ella—. *¿Qué pasará con mi entrenamiento? ¿Tomará Oráculo el control? ¿En qué me convertirá él?*».

«*Necesito ir con Golpeadora*».

No solo eso, sino que ir con ella significaba salir del Reino Nocturno, que era el sueño de todos. El continente era seguro (excepto por la guerra), y limpio (excepto por los otros dragones), y había tanta caza allí que podría comer *todos los días*.

Ahí estaba su destino. El mejor asesino de Pirria nunca dudaría sobre un pequeño asunto como matar a uno de los suyos. La misma reina había ordenado esto.

Sus garras vacilaron en el aire mientras alcanzaba la garganta de Masacre.

«*Él lo haría conmigo sin pensarlo. Él no necesitaría una razón, solo una orden*».

«*Esa es la verdadera prueba: ¿Puedo seguir órdenes? ¿Haré exactamente lo que se me diga, sin importar qué sea?*».

«*Puedo. Lo haré*».

Masacre estaba a punto de dar su último suspiro cuando, de repente, se oyó un ruido de raspado en el pasillo. Mortífero se presionó contra el suelo, fuera de la vista de la entrada.

Pesadas garras entraron en la habitación. Mortífero pudo escuchar las puntas de las alas rozando el techo y el sonido de un gruñido en la garganta de alguien.

Se deslizaba hacia atrás, alejándose del nicho rocoso donde Masacre dormía, hasta quedar oculto detrás del siguiente lugar de descanso y del dragón roncador allí.

Pero aún podía ver la parte superior de las alas que se acercaban a la cama de Masacre, y podía escuchar la voz susurrante que lo despertó.

—Masacre —siseó—. Despierta. Silenciosamente. Ven conmigo.

Masacre dejó escapar un largo gruñido y luego un jadeo amortiguado mientras quienquiera que fuera envolvía sus garras fuertes alrededor de su hocico.

—Te dije que silenciosamente. Levántate.

Se oyeron ruidos de pataleo. Si Masacre pensaba que eso era sigiloso, definitivamente no debería ser permitido en misiones de sigilo. «*Probablemente acabaría haciendo que mataran a Golpeadora*», pensó Mortífero, molesto.

—¿Qué pasa? —susurró Masacre mientras los dos dragones comenzaban a salir de la cueva.

—Alguien viene a matarte —gruñó el otro dragón—. Pero vamos a prepararte para matarlo primero.

Oráculo. Mortífero lo había adivinado en el momento en que escuchó los pasos de garras. Oráculo estaba saboteando sus posibilidades de completar la misión. La furia lo golpeó con sus garras poderosas.

«*Respira, mantén la calma. No te dejes atrapar. No hagas nada imprudente. No dejes que tu ira te controle*».

«*No dejes que él gane*».

—Vaya —dijo Masacre, sonando un poco más despierto—. Genial. He estado *pidiendo* a alguien a quien matar desde hace *tiempo*.

Mortífero esperó hasta que estuvieron justo fuera de la cueva y luego se deslizó tras ellos, navegando cautelosamente entre los otros dragones dormidos. Echó un vistazo alrededor de la esquina y vio a Oráculo conduciendo a Masacre por el túnel hacia la sala del trono.

—¿Dónde está tu primo? —gruñó Oráculo a Masacre, quien todavía se restregaba los ojos y hacía ruidos de sueño.

—¿Cómo voy a saberlo? —murmuró Masacre—. ¿Durmiendo? ¿Como cualquiera lo estaría?

—No, no está allí —dijo Oráculo.

—Entonces, estará cazando, supongo —dijo Masacre encogiéndose de hombros.

—No le toca a él —Oráculo se detuvo con un silbido—. Sí. Probablemente tengas razón.

Llegaron a la parte más estrecha del túnel, donde los dragones solo podían caminar en una única fila, y Oráculo avanzó, murmurando furioso.

—¿Quién está tratando de matarme? —preguntó Masacre—. ¿Puedo matar a ese dragón con una lanza o con mis garras?

Mortífero se deslizó por la pared hasta que estuvo justo detrás de Masacre. En una bolsa alrededor de su cuello, discos plateados mortales golpeaban contra su pecho. Solo había comenzado a entrenar con ellos la semana pasada; normalmente se sentiría más cómodo con sus garras. Pero los discos eran más rápidos y silenciosos. Solo tendría una oportunidad para hacer esto bien. Con cuidado, sacó uno y lo sostuvo en la palma de su mano.

—Un dragón joven con una inflada idea de sus propias habilidades —llamó Oráculo hacia atrás—. Le han dicho que será un gran asesino algún día, y la reina ha decidido... —Mientras el enorme dragón seguía hablando,

Mortífero saltó sobre la espalda de Masacre, le cerró el hocico y deslizó el borde serrado del disco plateado limpiamente de una oreja a la otra, cruzando la garganta de Masacre.

De la herida brotó un suave suspiro burbujeante, y luego un suave golpe cuando Mortífero bajó la cabeza de Masacre al suelo. Ambos fueron amortiguados por el eco de la voz de Oráculo, que hablaba de impertinencia.

Cuando Oráculo se dio la vuelta, Masacre estaba muerto y Mortífero había desaparecido.

Golpeadora caminaba de un lado a otro frente a las cuevas donde dormían los dragonets, con el ceño fruncido por la ansiedad de una manera que Mortífero nunca había visto antes.

—¡Mortífero! —gritó cuando él apareció de las sombras—. ¿Dónde estuviste? ¿Por qué no seguiste mis órdenes?

—Lo hice —dijo Mortífero, sorprendido—. Estuve allí. Oí toda tu reunión con la reina.

—¿Tú? Pero no te percibí allí... —Lo miró con ojos desconfíados y brillantes—. ¿Me estás mintiendo?

—¡Nunca lo haría! —dijo él indignado—. Me escondí bien, tal como me enseñaste. Estuve escuchando todo el tiempo. Mañana te iras al continente y yo voy contigo.

—No —dijo ella—. No vas. Tienes que quedarte aquí.

—No según lo que oí —dijo él. Extendió sus garras, aún cubiertas de la sangre de Masacre—. ¿Ves? Misión cumplida. Podemos irnos al amanecer.

Ella miró sus garras empapadas en sangre.

—¿Qué… qué hicis…? —preguntó, atónita.

—Exactamente lo que me has estado entrenando para hacer —dijo él. Tenía que admitir que esperaba una reacción un poco más entusiasta—. Masacre está muerto. No gracias a Oráculo, que intentó advertirle, lo cual es bastante grosero, ¿no crees?

—¿Lo hiciste tú? —susurró ella—. ¿De verdad mataste a Masacre?

Él le describió el asesinato, de la misma manera en que ella le había contado sus propios asesinatos muchas veces, usando un lenguaje preciso y rápido para capturar la pelea en tantos latidos como le había tomado completarla.

—¿Por qué te ves tan preocupada? —preguntó él cuando terminó—. Estaba siguiendo las órdenes de la reina Triunfal.

—Iba a decirte que no lo hicieras —dijo ella, frotándose la frente—. Porque era demasiado peligroso.

—Oh —dijo Mortífero—. Pero… funcionó, así que ¿yupi?

—Sigue siendo peligroso —dijo Golpeadora—. Oráculo querrá castigarte. No le gustará que una de sus mascotas este muerta.

Mortífero se encogió de hombros.

—Aceptó el trato. Debería haber sabido lo que pasaría.

—Todavía puede causarnos problemas. O podría obligarnos a llevar a Venganza también, quien te odiará y tratará de hacerte daño por lo que le hiciste a su primo.

Mortífero no estaba preocupado. Sabía que podía enfrentar a Venganza tan fácilmente como a Masacre, aunque ambos fueran más del doble de su tamaño.

Golpeadora pensó por un breve momento, luego suspiró dejando escapar una espiral de humo.

—Solo hay una cosa que podemos hacer —dijo—. Irnos ahora mismo. Si ya está hecho, nadie podrá detenernos. ¿Necesitas algo?

—No —dijo Mortífero, sintiendo como si toda su sangre hubiera sido reemplazada por rayos. Podría volar hasta el sol si ella se lo pidiera—. Estoy listo. ¡Vamos!

Momentos después, ya estaban en el aire. El Reino Nocturno se desvanecía detrás de ellos, y el gran futuro de Mortífero como asesino se desplegaba ante él como el amanecer.

Dos semanas después de comenzar su expedición, hicieron una pausa en la costa este de Pirria, a un corto vuelo al norte de Delta de Espuma

Diamantina. Allí, el bosque se acercaba al océano, dejando solo una franja de playa de guijarros habitada por gaviotas arrogantes y focas desconcertadas.

—Nuestro primer objetivo es un Ala Marina —dijo Golpeadora, extendiendo sus alas para equilibrarse mientras las olas lamían la roca bajo ella.

En esas dos semanas de entrenamiento y exploración, hasta el momento, ningún Ala Nocturna los había encontrado. Mortífero seguía teniendo pesadillas con alas negras descendiendo del cielo, con garras sujetando un pergamino que le ordenaba regresar para ser castigado por asesinato.

No estaba seguro de dónde venían esas pesadillas. Durante el día, no se preocupaba en absoluto por eso. Sabía que había seguido las órdenes de su reina. Había ganado su lugar en esta misión.

Y era *glorioso* estar aquí, volando entre montañas nevadas y densos bosques, sobre el hermoso mar. Habían evitado cuidadosamente a todos los demás dragones (los Alas Nocturnas no debían ser vistos, si podían evitarlo), así que, en su mayoría, se habían mantenido en partes inhabitadas del continente, llenas de presas que se podían atrapar y comer con la misma facilidad que recoger fruta. Golpeadora había estado realizando nuevos ejercicios de entrenamiento con él todos los días, bajo cielos azules, en un viento que olía a un millón de posibilidades.

Mortífero nunca había sido tan feliz. Si los Alas Nocturnas vinieran a llevárselo, pensaba de vez en cuando que simplemente no iría. Se escaparía y viviría solo en los bosques en su lugar.

No realmente, por supuesto. Seguiría las órdenes, como siempre. Pero si nunca pudieran *encontrarlo* para *darle* esas órdenes, a él le estaría bien.

—¿Qué Ala Marina? —preguntó, girando sobre su cabeza.

—Primero, dime con quiénes están aliados —ordenó Golpeadora.

Mortífero aterrizó en la playa, no muy lejos de la roca en la que ella estaba posada. Comenzó a escribir en la arena con una garra.

—Hay tres hermanas que quieren el trono vacío de los Alas Arenosas —recitó—. La mayor, Brasas, que tiene el control de la principal fortaleza de los Alas Arenosas. En este momento, tiene a los Alas Celestes de su lado, probablemente ofreciéndoles territorio a lo largo del Gran Río de las

Cinco Colas. Luego, Ampolla, la hermana más inteligente. Está aliada con los Alas Marinas y los Alas Lodosas, y nadie sabe dónde está su base ni dónde están sus seguidores Alas Arenosas. Por último, Llamas, la más joven y, según se dice, no es la garra más afilada del dragón. Se esconde con los Alas Heladas, pero poco a poco está ganando apoyo de los Alas Arenosas que han huido del desierto debido a la crueldad de Brasas.

—Eso es correcto —dijo Golpeadora—. Hasta ahora, Ampolla es la más poderosa, al punto que estamos preocupados de que pueda ganar la guerra en los próximos meses. Es inteligente y astuta, y paga muy bien a sus soldados, y sus aliados cubren una vasta extensión de territorio. Necesitamos ralentizarla.

—Porque no queremos que ella gane —dijo Mortífero.

—Porque no queremos que *nadie* gane durante otros diez años —dijo Golpeadora, con los ojos negros brillando.

—Ya veo —dijo Mortífero, observando a un par de cangrejos verdes marchar sin notar nada sobre sus garras—. Entonces, nuestra misión es alargar la guerra.

—Hay un plan en marcha —dijo Golpeadora. El viento azotaba sus alas y ella enterró sus garras en la roca—. Cada pieza de él debe funcionar para garantizar el futuro de la tribu Ala Nocturna. Esta es nuestra parte, y comienza con la comandante Tempestad.

—El Ala Marina —dijo Mortífero—. Nuestro objetivo.

—Sí. Ampolla ha encontrado una aliada militar tan inteligente como ella, pero aún más audaz. En los últimos meses, la comandante Tempestad ha liderado incursiones en territorios de los Alas Celestes y los Alas Arenosas que han sido devastadoras para el ejército de Brasas. Entre ella y Ampolla, podrían ganar esta guerra.

—Pero no lo harán —dijo Mortífero con confianza. Hundió sus garras en la arena y extendió sus alas para sentir la brisa marina—. Nosotros las detendremos.

—No es tan fácil —negó con la cabeza Golpeadora—. Los Alas Marinas tienen dos palacios: el Palacio de Verano y el Palacio de las Profundidades, pero nadie sabe dónde están, y probablemente estén bajo el agua. Eres muy talentoso, pero no he notado que te salgan branquias últimamente.

—¿Y si matamos a Ampolla en su lugar? —sugirió Mortífero—. Debe estar en tierra en algún lugar, ¿no?

—*Absolutamente no* —exclamó Golpeadora con una ferocidad repentina—. ¡No debes matar a ninguna de las tres reinas! ¡Eso arruinaría todo! Déjalas vivas *a toda costa*, ¿entiendes?

Mortífero parpadeó al mirarla. No entendía en absoluto, pero vio que no se suponía que lo hiciera. Se suponía que debía seguir órdenes y dejar que el plan se desarrollara según la agenda maestra de otro.

—Está bien —dijo—. Pero Ampolla y Tempestad deben encontrarse en algún lugar para discutir la estrategia, ¿en algún lugar donde Ampolla pueda respirar? Si encontramos ese lugar, podemos matar a Tempestad.

—Exactamente. —Ella lo miró por un largo momento, sus alas delineadas por el sol que brillaba detrás de ella. —¿Y cuál es la parte más importante de nuestra misión?

—No ser vistos —dijo él de inmediato—. No ser capturados. Nunca dejar que alguien sepa que los Alas Nocturnas están interfiriendo en la guerra.

Golpeadora asintió, luciendo levemente complacida, que era lo más complacida que lograba verse.

—Muy bien. Y si llegas a ser atrapado…

—Soy un Ala Nocturna renegado, exiliado de mi tribu, causando problemas porque estoy loco —dijo Mortífero—. Intenta que me maten rápido antes de que puedan torturarme.

—Especialmente Ampolla. He oído que sus métodos de tortura son… muy efectivos.

—No te preocupes. —Mortífero se elevó en el aire y sacudió la arena de su cola—. Me has entrenado bien.

La Bahía de las Mil Escamas estaba rodeada por un espolón de tierra que se asemejaba a la cola de un dragón, que se iba estrechando más y más conforme volaban hacia su extremo. Primero buscaron a lo largo de la costa, buscando signos de algún campamento secreto que pudiera esconder a un ejército entero de Alas Arenosas. Golpeadora no sabía exactamente

cuántos Alas Arenosas habían seguido a Ampolla fuera del desierto, pero debía ser un número considerable, dado lo bien que les iba en la guerra.

Normalmente buscaban de noche, cuando sus escamas se camuflaban con la oscuridad. Mortífero había notado que su visión nocturna se volvía más aguda cuanto más tiempo pasaba alejado del Reino Nocturno. Y tenían suerte de contar con dos de las tres lunas casi llenas: su luz plateada iluminaba cualquier movimiento en las playas y acantilados de abajo.

En la segunda noche, volaron sobre un lugar donde varias fogatas brillaban, y Mortífero estaba seguro de que ahí era. Pero cuando descendieron, encontraron misteriosas construcciones de piedra pequeñas, casi como un castillo en miniatura rodeado de pequeñas fortalezas, y tras una investigación más detallada, resultó que todas estaban habitadas por carroñeros.

Algunos de los pequeños seres bípedos miraron hacia arriba desde las murallas mientras los dragones volaban sobre ellos, e incluso uno disparó flechas ardientes, lo cual fue bastante adorable.

—No sabía que los carroñeros pudieran construir castillos —dijo Mortífero a su madre.

—Estoy segura de que no pueden —respondió ella—. Supongo que encontraron esa guarida tal como estaba y se infestaron en ella.

—¿Pero quién más podría haberla construido? —preguntó él—. Es demasiado pequeña para un dragón.

Ella se encogió de hombros, desinteresada, pero Mortífero lo pensó durante el resto de la noche.

Finalmente, abandonaron la costa y comenzaron a buscar en las islas, lo cual no era tarea fácil, dado que había al menos mil de ellas hasta donde Mortífero podía ver.

Él ofreció varias ideas sobre cómo atraer a los dragones para que salieran de su escondite, pero Golpeadora las desechó todas.

—La impaciencia no es una cualidad útil en un asesino —dijo con severidad.

—Tampoco lo es tomar tres mil años para completar una misión —replicó él. Estaban descansando en una pequeña barra de arena. Sobre ellos, nubes grises ominosas se acumulaban, murmurando sobre sus malévolos planes para la noche.

—Los Alas Nocturnas juegan a largo plazo —le informó ella—. Usamos nuestra inteligencia superior para inclinar los eventos a nuestro favor, pero nunca debemos hacerlo de forma tan obvia que las demás tribus lo noten.

—Solo quiero prenderle fuego a *una* palmera y ver quién viene a investigarlo —argumentó Mortífero—. Nunca sabrán que fueron un par de Alas Nocturnas.

—No —dijo ella—. Demasiado riesgoso.

—Bah —dijo él, pero no insistió. «*Obedece a tus mayores, haz lo que te dicen*», se recordó a sí mismo. Incluso si significaba otra larga noche volando en lo que parecía un huracán inminente.

La tormenta los alcanzó de repente cuando estaban sobre un tramo de mar abierto. La lluvia golpeaba furiosamente en sus ojos y arrastraba sus alas como si intentara alimentar a los dragones al rugiente océano.

—¡Tenemos que aterrizar! —gritó Golpeadora a Mortífero. Señaló hacia el trozo de isla más cercano que podían ver a través de la lluvia torrencial. Pero cuando él giró para seguirla, otro movimiento llamó su atención, y le dio un golpe en la cola a su madre para hacerle esperar.

Abajo, apenas manteniéndose por encima de las olas, un dragón de color arena estaba batiendo sus alas con la cabeza agachada. No miraba ni a la izquierda ni a la derecha, y ciertamente no miraba hacia arriba para ver a los Alas Nocturnas, que se intercambiaron una mirada y luego lo siguieron.

El vuelo del Ala Arenosa era torcido, pero tenaz; estaba claramente decidido a atravesar el vendaval, lo que fuera necesario. Después de un rato, Mortífero vio una isla por delante que debía ser su destino. Estaba desmesuradamente cubierta de vegetación: el tipo de lugar donde un ejército podría estar escondido bajo los árboles, y dos dragones volando por encima fácilmente podrían no verlos.

Mortífero no estaba muy impresionado con el Ala Arenosa, que ni siquiera miró una sola vez si lo seguían antes de aterrizar bruscamente en la playa y correr hacia los árboles.

—Eso debe ser —dijo Golpeadora. Sacó su lengua bífida y se rió—. Los encontramos.

—Ahora esperaremos por la comandante Tempestad —dijo Mortífero.

Golpeadora estiró las alas mientras un relámpago iluminaba todo alrededor.

—Y luego la matamos.

Otro relámpago brilló justo cuando ella giró, escaneando el horizonte en busca de una isla donde pudieran vigilar y esperar que pasara la tormenta.

—Allí —dijo Mortífero, bajando rápidamente por debajo de ella.

Y de repente hubo un estruendo como si el cielo se abriera. Una luz cegadora chisporroteó contra los ojos de Mortífero y Golpeadora dejó escapar un grito de agonía. Ella se estrelló contra él y él olió las escamas quemadas.

Él luchó por sostenerla, sus garras resbalando sobre sus escamas empapadas. Ella era demasiado grande, no podría volar con ella, no mientras estuviera inconsciente, no hasta la siguiente isla.

Lo único que pudo hacer fue guiar su curso en caída hasta la playa donde el Ala Arenosa había aterrizado. Él rodó para aterrizar primero, amortiguando su caída con un violento golpe que vibró por todos sus huesos.

La lluvia torrencial continuó mientras yacían allí, medio enterrados en la arena mojada. Mortífero trató de respirar profundamente, pero se sentía como si se estuviera ahogando.

Golpeadora estaba extendida en el centro de la playa, con los ojos cerrados y las alas desordenadas como cortinas rasgadas. No podía ver el lugar donde el relámpago la había alcanzado, era imposible en la oscuridad, contra sus escamas negras, con los destellos aún brillando frente a sus ojos deslumbrados por la electricidad.

Pero podía ver que estaban completamente expuestos allí, con Ampolla acampada a saber cuántos latidos de distancia. Si tenía guardias atentos, ya podrían haber sido vistos. Su única oportunidad era esperar que el huracán hubiera obligado a los guardias a refugiarse, pero incluso si eso había sucedido, no duraría mucho.

—Golpeadora —gritó en su oído. Le sacudió el hombro, pero ella no respondió—. ¡Madre, despierta! Tenemos que escondernos. ¡MADRE!

Nada. Se limpió las gotas de lluvia de los ojos y escaneó la playa. Cerca de la línea de árboles había un grupo de palmeras caídas, tal vez alcanzadas por un rayo en una tormenta anterior. Eso tendría que servir.

Mortífero metió las alas de su madre cerca de ella y se hundió en la arena bajo ella, usando todo su peso para arrastrarla por la playa, un paso doloroso y fatigante a la vez. La arena mojada se pegaba entre sus garras y salpicaba en su boca, cubriendo las escamas de Golpeadora. Se sentía como si estuviera transformándose en un Ala Lodosa, y tal vez, de allí, en algún tipo de gusano, aplastado bajo las garras de alguien en el fondo de un charco de barro.

Pero finalmente, dio un último empujón y ella resbaló sobre la elevación y cayó en un hueco entre los árboles caídos. Con lo último de su fuerza, Mortífero arrastró las hojas de palma más grandes y empujó uno de los troncos a una mejor posición. «*Asegúrate de que parezca natural. Como si hubiera caído así*». Llenó la arena alrededor de su madre hasta que estuvo lo mejor oculta que pudo.

Sus piernas temblaban mientras regresaba a la playa con una de las hojas de palma. «*Una cosa más por hacer. Borrar todas nuestras huellas, todo rastro de que estuvimos aquí. Rápido, antes de que alguien nos vea*».

La lluvia podría encargarse de la evidencia por él, pero su entrenamiento no le permitiría arriesgarse. Mortífero apretó los dientes y barrió la playa, tratando de ocultar no solo las huellas de sus garras, sino también el rastro de arena removida que conducía directamente a su escondite.

La lluvia ayudaba, al igual que las enormes olas que trataban de tragar toda la playa. Mortífero caminó alrededor haciendo un desastre por toda el área, hasta que finalmente sintió que había hecho todo lo que podía. Se arrastró de vuelta a su madre, cavó un agujero en la arena y se quedó dormido al instante en medio de la tormenta que aullaba.

Pasaron dos días, pero Golpeadora no despertó. Estaba respirando, pero nada de lo que Mortífero hacía conseguía una respuesta de ella. A plena luz del día, podía ver una terrible quemadura que zigzagueaba a lo largo de

una de sus alas, pero lo único que podía hacer para tratarla era mantenerla fresca y húmeda.

«*¿Volverá a volar alguna vez?*».

«*¿Cómo voy a llevarla de regreso a casa?*».

«*¿Y qué pasa con la misión?*».

Sabía lo que Golpeadora diría. La misión es lo primero. La misión lo es todo.

«*Si yo fuera el que hubiera sido alcanzado por el rayo, ella ya habría seguido adelante y terminado la misión*».

«*Eso es lo que ella querría que hiciera*».

«*Eso es lo que me* ordenaría *hacer*».

«*Si me lo quito de encima, puedo concentrarme en cómo llevarla a casa*».

Así que, a medianoche del segundo día, dejó su escondite y se adentró en la jungla de la isla, sintiendo su camino cautelosamente por el terreno desconocido. Extraños ululares y gritos provenían de los árboles; no podía decir qué era ave, mono, rana o insecto, pero todos parecían tener fuertes opiniones sobre algo.

Finalmente, escuchó un sonido indiscutiblemente de dragón: garras estampando y voces murmurando.

—Odio estar en la guardia nocturna —dijo uno de ellos—. Juro que me están trepando cosas.

—No puedo ver nada de todas formas con estos malditos árboles de sapos bloqueándome —gruñó el otro.

Mortífero pasó silenciosamente junto a ellos. Poco después llegó a una abertura entre los árboles y vio una laguna abajo, el agua tranquila salpicada con la luz plateada de la luna. Había tiendas montadas a lo largo de la playa. Estudió el campamento por un momento, notando que no había fogatas y que todas las tiendas eran del mismo color que la arena. Desde el cielo, sería fácil pasarlas por alto.

Tampoco había tantas tiendas como esperaba para un campamento de un ejército entero.

Tal vez el resto de los soldados estaban ocultos en los árboles, o dispersos en otras islas. «*Eso es lo que yo haría: esparcirnos en varias islas para que no puedan atacarnos todos a la vez*».

Se agachó más bajo mientras tres dragones salían de la tienda más grande. A la luz de la luna, era difícil estar seguro, pero pensó que dos de ellos tenían las anchas y planas frentes de los Alas Lodosas. Pudo ver la peligrosa curva de la cola del tercer dragón; definitivamente era una Ala Arenosa. ¿Era Ampolla?

—Es un plan inteligente —dijo uno de los Alas Lodosas—. ¿Lo ideó la comandante Tempestad?

—No —respondió fríamente la Ala Arenosa.

—Bueno, necesitaremos que ella lo haga funcionar. Los Alas Marinas solo se arriesgarán si ella los convence.

—Lo sé —dijo la Ala Arenosa, azotando su cola—. Sería útil si me escucharan un poco más.

—Esto podría poner la fortaleza Ala Arenosa bajo nuestro control —dijo el otro Ala Lodosa—. Eso podría hacernos ganar la guerra.

—Sí —siseó la Ala Arenosa —. Puede que no te hayas dado cuenta, pero ese es el objetivo de todo esto.

El segundo Ala Lodosa giró su cabeza hacia ella con una expresión que Mortífero no pudo leer en la oscuridad.

—El objetivo para nosotros —dijo— es mantener a nuestra tribu a salvo. Le prometiste a la reina Gallareta que una alianza contigo nos protegería de una invasión de los Ala Marinas. Ella solo aceptó porque sabía que la comandante Tempestad podría ser una amenaza seria. No le importa quién se siente en el trono de los Alas Arenosas, y a mí tampoco.

—La comandante Tempestad estará aquí mañana —dijo la Ala Arenosa con suavidad—. Nos reuniremos entonces.

«*Mañana. Podría matarla mañana y terminar con la misión*».

«*¿Y luego qué? ¿Volver a casa, informar sobre mi éxito y pedir ayuda? ¿Podría alguien llegar a tiempo para salvar a Golpeadora?*».

Mortífero quería regresar a revisar a Golpeadora, pero pensó que no debería arriesgarse a moverse mucho por la jungla, especialmente porque tendría que regresar durante el día. Así que encontró un árbol sombrío con una buena vista de la tienda más grande y se enroscó en una de las ramas más altas para esperar.

La mañana siguiente estaba inusualmente fría, de esas en las que encender algo en fuego hubiera sido muy útil. Pero, por supuesto, no podía hacer eso.

Mortífero frotó sus garras lo más silenciosamente que pudo. Sus ojos se sentían cansados, como si alguien hubiera colocado rocas pesadas contra la parte posterior de sus globos oculares.

Una cosa que había notado desde que dejó el Reino Nocturno era que sus patrones de sueño parecían estar cambiando. En la fortaleza, siempre había seguido un horario reglamentado de entrenamiento matutino, pero tanto él como Golpeadora se habían dado cuenta de que se mantenían despiertos más y más tiempo cada noche, y luego dormían cada vez más tarde por la mañana. Cuanto más brillaban las lunas, más despierto se sentía Mortífero.

No le importaba el cambio, pero debía admitir que hacía que las tempranas guardias de asesinato matutinas fueran mucho más dolorosas.

La mañana avanzó lentamente y el sol subió despacio en el cielo, que permaneció vacío de alas de dragón. Nadie llegó. Nadie se fue. Los dragones sacaban la cabeza de sus tiendas o patrullaban a lo largo de la orilla de la laguna.

La mayoría de ellos eran Alas Arenosas, con algunos Alas Lodosas por ahí.

Mortífero tuvo la sensación de que todos estaban esperando, exactamente como él.

Finalmente, su atención fue captada por un enorme chapoteo a su derecha. Levantó la cabeza para mirar y vio una pequeña ballena salir disparada del agua, forcejeando y retorciéndose. Un momento después, garras afiladas de color azul se hundieron en los costados de la ballena y la arrastraron de nuevo bajo el agua, desapareciendo en una nube de burbujas rojas.

Miró el lugar intensamente y se dio cuenta de que había ondas extendiéndose lejos de ese lugar... como si una procesión de dragones marinos estuviera nadando en su dirección.

Y, efectivamente, unos momentos después, una enorme Ala Marina azul-verde emergió del agua, sacudiendo sus alas vigorosamente. Era de complexión poderosa, tan grande como Oráculo, con hombros anchos,

dientes relucientes y una cicatriz de quemadura en el cuello que estaba sanando, y tenía un tridente más largo que Mortífero atado a su espalda.

«*Santa lava* —pensó Mortífero—. *¿Se supone que debo matar* ESO*?*».

La comandante Tempestad fue seguida por otros dos Alas Marinas: un gran dragón macho verde con ojos verdes oscuros y bandas doradas alrededor de los tobillos, y una hembra delgada con ojos pequeños y escamas gris-azules oscuras. Detrás de ellos, manteniendo sus escamas bajo el agua mientras observaban a las tropas en la playa, había unos veinte soldados Alas Marinas más.

—¡Ampolla! —gritó la comandante Tempestad, estampando un pie en la arena—. ¡Ya llegamos! ¡Vamos a terminar con esto!

La Ala Arenosa de la noche anterior salió lentamente de su tienda, levantando la cabeza. Incluso a distancia, Mortífero podía ver sus ojos brillando con peligro. Un patrón de escamas negras en forma de diamante corría a lo largo de su espalda y verdaderos diamantes negros colgaban de sus orejas, rodeados de oro blanco. Un aura de amenaza parecía rodearla.

Incluso de pie junto a la imponente comandante Ala Marina, Ampolla seguía siendo el dragón más aterrador de la isla.

—Qué placer que finalmente hayas decidido unirte a nosotros —dijo Ampolla, deteniéndose lo suficientemente lejos como para no tener que mirar hacia arriba a Tempestad—. ¿Vendrá finalmente la reina Coral?

—Ja —dijo Tempestad con una voz fuerte y jovial—. La reina tiene su propio reino que gobernar. Nunca tendrá que encontrarse contigo mientras yo esté aquí para manejar nuestras cumbres estratégicas. Pero me envió a su esposo, Agallas. —La comandante hizo un gesto con su ala hacia el dragón verde, quien esquivó ágilmente el golpe y le dio a Ampolla una sonrisa encantadora.

—Y esta es mi tercera al mando, Piraña —continuó Tempestad, asintiendo al otro dragón—. Dejé a mi segundo viendo las tropas, por supuesto. ¡Asegúrense de que no se diviertan demasiado, ja! —Su risa retumbante fue sorprendente cada vez; un grupo de gaviotas cercanas seguía disparándose al aire cuando comenzaba, para luego regresar con cautela y aterrizar hasta que volviera a ocurrir.

—La reina Coral manda sus respetos —dijo Agallas, haciendo una pequeña reverencia, aunque no muy comprometida—. Me ha enviado para iniciar una conversación contigo sobre posibles negociaciones de paz.

—¿Oh? —Ampolla lo miró fijamente, sin parpadear.

—Sí. Empezamos a preguntarnos si esta guerra realmente vale la pena para alguien involucrado —dijo Agallas—. Tal vez haya una manera de llegar a un acuerdo diplomático. Quizás dividiendo el Reino de Arena entre las tres, por ejemplo.

Mortífero notó que varios Alas Lodosas se habían acercado para escuchar. Incluso algunos Alas Arenosas habían detenido lo que hacían, inclinando la cabeza hacia el grupo de dragones alrededor de Ampolla.

Ampolla miró a Agallas sin parpadear durante un largo y tenso momento.

—Qué interesante —dijo finalmente—. Me pregunto si alguien involucrado siquiera lo consideraría. La paz por negociación. Qué... poco dracónico.

—Apuesto a que podría convencerlos —dijo Agallas, sonriendo nuevamente.

—A mí me parece bien —dijo Tempestad—. ¡Me encanta ser la comandante de guerra y todo eso, pero es un negocio desordenado!, ¿verdad? ¡Ja!

Ampolla le lanzó una mirada fulminante a sus garras cubiertas de arena.

Mortífero tuvo un pensamiento repentino y preocupante. «*No puedo dejar que Agallas tenga éxito*».

«*Golpeadora dijo que la guerra debe continuar... si él convence a todos de hacer paz, el plan de los Alas Nocturnas se arruinará*».

«*Pero, ¿qué hago? ¿Tengo que matarlo también?*».

«*Eso no está en mis órdenes*».

«*Y él está casado con la reina de los Alas Marinas. ¿Quién sabe qué nuevos problemas podría causar?*».

«*¿Entonces cómo lo detengo?*».

Sus órdenes no eran suficientes. Tuvo una repentina y aterradora visión de su futuro: si ese siempre iba a ser su trabajo, tal vez sus órdenes nunca serían suficientes.

—Bueno —dijo Ampolla, sacando la lengua—. Comencemos revisando mi nuevo plan de ataque, ¿les parece? Me siento confiada de que, si esto funciona, la guerra se terminará sin necesidad de... compromisos.

—No puedo esperar a verlo —tronó Tempestad. Miró al Ala Lodosa más grande—. ¡Oh, mira, estás aquí!

—Sí —dijo Ampolla—. Llevamos un par de días esperando. Se giró para regresar a su tienda.

—Armas —interrumpió el Ala Lodosa.

—¡Ah, cierto! —La comandante Tempestad sacó el tridente de su espalda y lo dejó caer con un golpe sordo sobre la arena frente a sus pies.

El Ala Lodosa dio un paso adelante y dejó su lanza junto al tridente.

Ampolla puso los ojos en blanco, sacó un cuchillo de una funda en su tobillo y lo lanzó al montón de armas.

Agallas, Piraña, dos Alas Lodosas y un par de Alas Marinas hicieron lo mismo con sus armas, y luego todo el grupo desapareció dentro de la tienda de Ampolla.

Mortífero estudió los objetos abandonados por un momento: otro tridente, un cuerno blanco retorcido que terminaba en una afilada punta en forma de garra, una espada, otro cuchillo y dos lanzas más que coincidían con la del Ala Lodosa.

Una idea comenzó a formarse.

La reunión estratégica duró todo el día, lo que le dio tiempo suficiente a Mortífero para obtener lo que necesitaba de un guardia que roncaba en uno de los campamentos en la jungla.

Se dio cuenta de que sus garras temblaban mientras se ponía en posición. Sabía que podía hacer lo que tenía que hacer… pero no estaba tan seguro de poder escapar después.

«*Si me atrapan, mi vida se acaba. ¿Y qué pasará con Golpeadora?*».

No podía pensar en ella en ese momento. Tenía que concentrarse en la misión, tal como ella habría ordenado.

«*¿Pero es esto lo correcto? ¿Lo aprobaría? ¿Me diría que fuera más sigiloso?*».

No había forma de saberlo; él era el único aquí que podía tomar esa decisión.

Y ahora estaban saliendo de la tienda. Tenía que hacerlo *ahora*.

Ampolla salió primero, su rostro una máscara de desagrado apenas disimulado.

Detrás de ella, el general Ala Lodosa, y justo detrás de él, la comandante Tempestad.

—Tienes razón, tienes razón —dijo Tempestad, sacudiendo la cabeza—. Entre nuestros tres ejércitos, este plan podría funcionar. Aunque la idea de un acuerdo de paz me tienta mucho, ¿no te pasa lo mismo, Pantanoso?

—General Pantanoso —corrigió el Ala Lodosa—. Tendría que preguntarle a mi reina. Lo que más necesitamos es una promesa de los Alas Marinas para…

El silbido de la lanza cortó el aire, dándole a la comandante Tempestad el tiempo justo para levantar la cabeza y ver cómo se acercaba, pero no lo suficiente para apartarse.

La lanza se hundió en su corazón. Sus ojos se abrieron al mirar la larga asta de madera que le perforaba el pecho.

—Vaya, hijos de estrella de mar —dijo, y luego se desplomó sobre la arena como una avalancha lenta.

Piraña, justo al salir de la tienda, vio a su comandante caída y chilló de rabia.

—¡TEMPESTAD! —gritó Agallas, empujando a Piraña—. ¡Tempestad, no! ¡Tempestad!

La volteó y presionó sus garras contra la sangre que brotaba de la herida.

No servía de nada. Mortífero estaba demasiado bien entrenado; la lanza había caído exactamente donde él había apuntado y el asesinato estaba completo.

Pero esa era solo la primera parte del plan.

—¡Busquen en los árboles! —rugió Piraña—. ¡Encuentren al que hizo esto!

Los soldados Alas Marinas saltaron del agua y se lanzaron a la playa.

Mortífero acercó sus alas y se quedó inmóvil, una sombra entre sombras en las ramas altas de un árbol, oculto por varios nidos de aves grandes, una estructura salvaje de ramas construida por monos y una telaraña gigante. Podía escuchar a los dragones zarandeando los arbustos debajo de él.

«*No te muevas. No te muevas. No… muevas… ni un músculo…*».

—Hay una nota —dijo uno de los Alas Arenosas, señalando la hoja que estaba encajada en el extremo de la lanza. La sacó y la extendió sobre la arena junto a Agallas, pero él estaba apoyado en el costado de Tempestad y sus hombros temblaban de sollozos.

«*Deja de sentirte culpable* —se ordenó Mortífero a sí mismo—. *Eres un asesino. Esto es lo que haces. Seguiste órdenes. Es por una mejor causa*».

«*Sería bueno saber cuál* es *esa mejor causa*», pensó.

Ampolla arrancó la nota de las garras de su soldado y la leyó rápidamente.

ESTO ES LO QUE PENSAMOS DE SU TRATO SECRETO CON AMPOLLA. ¡QUÉDENSE EN EL AGUA DONDE PERTENECEN! ¡LA COSTA DEL REINO LODOSO ES NUESTRA!

Durante un momento de ansiedad, Mortífero pensó que Ampolla podría prenderle fuego a la nota, pero Piraña la tomó primero.

—¿Qué? —tartamudeó, mirando las palabras en la hoja. Giró para mirar el arma—. ¡Esa es una lanza de *Ala Lodosa*! ¡Uno de tus dragones hizo esto! —Apuntó con una garra al general Pantanoso.

—¿Por qué haríamos eso? —gritó él. Le arrebató la nota y la leyó—. ¿Qué trato secreto? ¿QUÉ TRATO SECRETO?

—No hay trato secreto —dijo Ampolla—. Obviamente alguien está tratando de romper esta alianza.

«*Oooooh*», pensó Mortífero, impresionado por su calma.

—¿Les prometiste a los Alas Marinas parte de nuestra tierra? —rugió el general Pantanoso.

—¿Hiciste que mataran a nuestra comandante para impedir que lo lográramos? —gruñó Piraña.

—¡AJA! —rugió él—. ¡Lo ADMITES!

—¡No queremos su estúpida tierra! —chilló Piraña—. ¡Pero ahora definitivamente la vamos a tomar!

Agallas levantó la vista, su rostro surcado por lágrimas.

—Esperen —dijo—. Esperen, vamos… nadie diga nada de lo que nos podamos arrepentir… deberíamos...

—Encontramos a estos dos en los árboles de allí arriba —gritó un soldado Ala Marina. Él y otros tres empujaron a dos Alas Lodosas confundidos hacia la playa, pasando justo debajo de la percha de Mortífero—. Exactamente desde donde vino la lanza.

—¡Nosotros no lo hicimos! —protestó uno de los dragones marrones—. ¡No sabemos nada de esto!

—¿Entonces alguien más se coló por delante de ustedes y lo hizo? ¿Y son los peores guardianes de la Bahía de las Mil Escamas, es eso lo que están admitiendo? —gritó Piraña.

—Escucha, nariz mojada —replicó el guardia—, no sabes nada de vigilar en tierra, así que guarda tu santurronería...

—¡Exijo que estos asesinos sean ejecutados! —Piraña rugió.

—¡Piraña! —intentó protestar Agallas.

—¡No era un Ala Lodosa! —rugió el General Pantanoso—. ¡Probablemente fue *ella*! —Apuntó una garra hacia Ampolla—. ¡Ella nunca le gustó Tempestad! ¡Cuando ustedes no estaban aquí, siempre se quejaba de lo ruidosa y apestosa que era, o de cómo todos siempre la adoraban como unos patéticos manatíes de ojos grandes!

—Eso es bastante inexacto —protestó Ampolla, elevando un poco la voz—. Nunca he comparado a nadie con un manatí en mi vida.

Piraña giró hacia Ampolla, azotando su cola furiosamente.

—Mata a estos Alas Lodosas asesinos ahora mismo, o tu alianza con los Alas Marinas habrá terminado.

—Toca una escama de sus cabezas y perderás a los Alas Lodosas para siempre —siseó el General Pantanoso.

Ambos miraron fijamente a Ampolla. Una extraña quietud se apoderó de la Ala Arenosa; sus fosas nasales se dilataron como si pudiera oler la traición en el aire.

—Alas Arenosas —dijo con su voz fría y dura—. Busquen en la isla. *A fondo*. Volteen todos los troncos, trepen a todos los árboles, vadeen todos

los charcos. Encuentren al dragón que hizo esto. Será un Ala Celeste, o un Ala Helada, o uno de los Alas Arenosas de mis hermanas, cualquier Ala Arenosa que no pertenezca aquí. Cuando encuentren a ese dragón, lo traerán y lo mataré, y entonces podremos dejar atrás esta tonta distracción.

Los soldados Alas Arenosas se dispersaron de inmediato, moviéndose con tal precisión que Mortífero se preguntó si ya habían hecho este tipo de búsqueda antes. Podía imaginar que Ampolla era lo suficientemente paranoica como para ordenar algo así regularmente.

—¿Y si no encuentras a nadie? —gruñó el general Pantanoso.

—Entonces —dijo Ampolla—, debe haber sido uno de tus Alas Lodosas, ¿no estás de acuerdo?

—No lo estoy —replicó él.

—¿Qué vamos a hacer sin ella? —dijo Agallas tristemente. Dobló las alas de Tempestad con suavidad y cerró sus ojos.

—Es solo una dragona —dijo Ampolla—. Aún ganaremos la guerra. Tráeme a la reina Coral y te explicaré cómo.

Agallas no respondió. El silencio cayó sobre el pequeño grupo en la playa.

Mortífero nunca había estado tan quieto por tanto tiempo. Las sombras se alargaban, estirándose hacia la noche, mientras los Alas Arenosas se adentraban en los arbustos debajo de él. Uno incluso subió a su árbol, observando intensamente la silueta congelada de Mortífero, pero cuando una de sus alas se enredó en la telaraña, comenzó a maldecir y bajó de nuevo.

En el gris crepúsculo, los soldados de Ampolla comenzaron a reunirse en el borde de la laguna frente a ella, informando uno tras otro que la isla estaba vacía de dragones enemigos.

La última pareja de soldados que llegó hizo una profunda reverencia, y luego uno de ellos dijo:

—Hemos encontrado a alguien.

Ampolla se tensó, su cola levantada como si pudiera cortar el aire a su alrededor.

—¿Qué hicieron?

Intercambiaron una mirada.

—No es lo que piensa, Majestad —dijo uno—. No puede ser el asesino que busca. Esta es una Ala Nocturna, la ha alcanzado un rayo y está inconsciente.

—Casi muerta, diría yo —estuvo de acuerdo el otro soldado.

«*Estúpido, estúpido, estúpido.* —Mortífero quiso arrancarse las propias orejas. Debería haber regresado y esconderla mejor antes de llevar a cabo este plan. Debería haber sabido que Ampolla registraría la isla con tanto cuidado—. *Estaba tan concentrado en la misión que me olvidé por completo de proteger a Golpeadora*».

—¿Podría haber alguien más con ella? —preguntó Ampolla.

—Lo dudo —respondió uno de los soldados—. No vimos otras huellas de garras cerca de ella. Parece que la alcanzó un rayo, se estrelló en la playa, se arrastró hasta un refugio y perdió el conocimiento. Probablemente en esa tormenta de hace un par de noches.

—¿Una Ala Nocturna, por aquí? —musitó Ampolla—. Qué curioso. ¿Intentaron despertarla?

—Sí, sí, Majestad, pero dudo que vuelva a despertar. Apenas respira, ¿sabe?

—Está bien —replicó Ampolla tajante—. Esto claramente no importa. Asegúrense de que esté completamente muerta y luego regresen.

Asintieron y volaron lejos.

La vida de Mortífero se le escapaba entre sus garras.

«*¡Ve tras ellos!* —gritaba su corazón—. *¡Detenlos! ¡Puedes matarlos fácilmente! ¡Sálvala!*».

«*Pero entonces mi tapadera sería descubierta. Nunca podría sacarla de aquí sin ser atrapado. Sabrían que fui yo quien asesinó a la comandante Tempestad; sabrían que no soy un Ala Nocturna renegado actuando como un loco. Matarían a Golpeadora de todos modos. Me matarían, jurarían vengarse de los Alas Nocturnas, y su alianza sería más fuerte que nunca*».

«*Todo esto no serviría de nada*».

Lágrimas silenciosas se deslizaban por su hocico, pero mantuvo su posición.

No se movió.

Siguió las órdenes.

«*Pero esto nunca volverá a suceder* —juró—. *Si alguna vez encuentro a alguien más por quien preocuparme, no dejaré que mi misión sea lo primero. Romperé cualquier orden. Pondré en peligro a mi propia tribu si es necesario*».

«*De alguna manera, compensaré esto. Algún día*».

La buena noticia era que un mensajero Ala Nocturna estaba esperando en el lugar acordado a la hora exacta acordada, la medianoche, un mes después de que Golpeadora y Mortífero hubieran dejado el reino.

La mala noticia era que era Oráculo.

«*Bueno* —pensó Mortífero—. *Esto es todo*».

—Hola —dijo, aterrizando junto al enorme dragón negro.

Oráculo le lanzó una mirada desdeñosa.

—No vales la pena ni para que gaste mi aliento —gruñó—. ¿Dónde está Golpeadora?

—No viene esta noche —dijo Mortífero con ligereza, como lo había practicado un millón de veces en el camino hasta allí—. Ella me envió.

—Eso es... —Oráculo hizo una pausa y lo miró durante un momento—. Molesto. No hago negocios con dragonets llorones.

—Entonces tienes suerte —dijo Mortífero. —Yo soy firmemente anti-llorones.

—Ya veo lo que está tramando ella —Oráculo movió su cola—. Pensó que si ambos se presentaban, yo insistiría en arrastrarte de regreso a casa, al lugar donde perteneces. Pero si solo eres tú, tendré que dejarte ir para que lleves las nuevas instrucciones de vuelta. Muy astuta.

Mortífero mantuvo su rostro neutral.

—Siempre he admirado la inteligencia de Golpeadora, también.

—Fue un buen truco el que hiciste con Masacre —dijo Oráculo con un bostezo falso—. Probablemente estarías mejor quedándote fuera del reino hasta que Venganza se calme. Aunque no te lo recomendaría, ya que, según lo que sé, fue nombrado bastante apropiadamente.

—No voy a perder ni un momento preocupándome por Venganza —dijo Mortífero—. Estoy aquí para informar. La comandante Tempestad

está muerta. La alianza de Ampolla con los Alas Marinas y los Alas Lodosas ha sido desestabilizada. Nuestra predicción es que los Alas Lodosas la abandonarán por completo.

—¿De verdad? —Fue bastante satisfactorio ver a Oráculo tan sorprendido—. Eso es... mejores noticias de las que esperábamos. Eso debería ralentizarla significativamente. No llegará lejos solo con los Alas Marinas.

—Un área potencial de preocupación es si los Alas Lodosas se alinearán con alguna de las otras hermanas —continuó Mortífero—. Y recomendamos mantener un ojo vigilante sobre un Ala Marina llamado Agallas, que parece estar decidido a negociar la paz. Aunque —añadió rápidamente Mortífero, al ver el destello en los ojos del otro dragón—, no recomendaríamos otro asesinato de Alas Marinas tan pronto después del primero. Podría ser sospechoso, desestabilizar demasiado las cosas, y desplazar el poder demasiado lejos de las garras de Ampolla.

—Cierto —dijo Oráculo—. Mantendremos un ojo en la situación. Mientras tanto, tienes una nueva misión.

—¿Ya? Quiero decir... bien. ¿Quién es el objetivo?

—Un general Ala Arenosa bajo el mando de Brasas. —Oráculo le entregó a Mortífero un pergamino—. Toda la información está ahí. Deberías poder encontrarlo en el Reino de Arena. Otro que es un poco demasiado inteligente y efectivo para nuestro gusto.

Mortífero desenrolló el pergamino, soplando una pequeña llamarada para poder ver el dibujo esquemático y el nombre escrito debajo.

—General Seis Garras.

—No debería ser difícil de identificar —dijo Oráculo con sequedad—. Presumiblemente, será el que tenga seis garras.

Mortífero enrolló el pergamino.

—¿Y nos encontramos aquí dentro de un mes? —preguntó.

—Te doy tres meses para esta. El Reino de Arena es más grande de lo que crees, con menos lugares donde los dragones negros puedan esconderse. Tu madre tendrá que enseñarte muchas habilidades nuevas para esta misión.

Un punzón de dolor, otro en mil momentos de pena oculta.

—Seguro que lo hará —dijo Mortífero—. Nos vemos en tres meses.

Oráculo se elevó primero, volando hacia el norte sin mirar atrás.

Mortífero observó su figura serpenteante perfilada contra las lunas hasta que desapareció, y luego desenrolló el pergamino de nuevo.

Tal vez el General Seis Garras no tuviera que morir, exactamente.

Tal vez solo necesitaba una buena razón para dejar de trabajar para Brasas.

Después de todo, si Mortífero lograba romper la alianza de los Alas Lodosas con Ampolla, tal vez podría mover algunas piezas más en el tablero.

Tal vez había otras formas de ser un gran asesino, si podías ver el panorama completo.

«*Haré que Oráculo me cuente todo algún día*».

«*Por ahora... veamos qué tan creativo puedo ser con estas órdenes*».

TABLA DE NOMBRES TRADUCIDOS

Para aquellos que quieran saber los nombres originales de los dragones cuyo nombre no tiene traducción oficial.

Personajes con apariciones físicas.

Golpeadora	Quickstrike
Tempestad	Tempest
Masacre	Slaughter
Pantanoso	Swamp

Personajes mencionados.

Seis Garras	Six-Claws

ALAS DE FUEGO

DESERTOR

Nota: Esta historia comienza antes de la Guerra por la Sucesión al Trono de los Alas Arenosas y termina poco después de los acontecimientos de Winglets #2: *Asesino*.

A diferencia de la mayoría de los dragones, Seis Garras tuvo una infancia increíblemente feliz.

Su madre era una de las guardias más confiables de la reina Oasis y su padre era el cocinero en jefe en la cocina de la reina. Las vidas de Avestruz y Arena Movediza estaban dedicadas por completo a la reina, pero Seis Garras y sus dos hermanas ocupaban un cercano segundo lugar. La familia casi siempre estaba junta.

Su madre le enseñó a vigilar, a luchar y a defender a su reina a toda costa. Su padre le enseñó a hacer shish kebab de camello y soufflé de dátiles. Mientras tanto, sus hermanas le enseñaron que realmente no debes contarles a tus hermanas quién te gusta, a menos que quieras que todo el palacio se entere.

A Seis Garras le encantaba crecer en el palacio de los Alas Arenosas, rodeado de cielo abierto y dunas de desierto que se extendían hasta donde alcanzaba la vista en todas direcciones. Aprendió a volar antes que cualquiera de los demás dragones que nacieron en su año. Se apuntó a todas las patrullas, ya fuera para cosechar cactus de aguijón brillante, cazar zorros del desierto o lanzar bombas de fuego en guaridas sospechosas de víboras muerde dragones. Le gustaba ser útil. Le gustaba *hacer* cosas.

Y, por supuesto, dado que sus padres eran leales a la reina Oasis, él también lo era. Si alguien le preguntaba, podía recitar una lista de razones por las que ella era una gran reina. Esta era una conversación que escuchaba regularmente alrededor de la mesa en la pequeña habitación de la barraca asignada a su familia.

No fue hasta que tenía cinco años que descubrió que algún día podría haber una reina diferente de los Alas Arenosas.

Es decir, él sabía intelectualmente, por las lecciones escolares, que la hija, nieta, hermana o sobrina de una reina podría desafiarla a un combate a muerte, y quien ganara sería la reina. Pero nunca se había imaginado que alguien le hiciera eso a *su* reina.

Esa tarde estaba en la cocina, machacando escarabajos hasta convertirlos en un polvo negro brillante para su padre, cuando su madre entró. Ella lo empujó afectuosamente con su ala mientras pasaba a su lado. Su padre levantó la vista de uno de los calderos, con el vapor cubriéndole la cara.

—¿Lo oíste? —le preguntó Avestruz—. Otra princesa nació hoy. La reina la está llamando Llamas.

—¿De veras? —Arena Movediza sacó una bandeja de panes del horno—. ¿Entonces la va a mantener?

—Su Majestad siempre ha dicho que permitiría tres herederas, no más —dijo Avestruz, tomando el otro borde para ayudarle a levantarla sobre la mesa de piedra—. Así que si mantiene a Llamas, una de las otras tiene que irse.

Arena Movediza resopló.

—Eso es fácil. La que le gusta cortar las patas de los conejos para ver qué hacen. —Hizo una mueca—. Ayer había uno dando vueltas por el patio chillando durante una hora. ¿Sabes lo difícil que es meter aceitunas en esas condiciones?

—Ella es espeluznante —estuvo de acuerdo Avestruz—, pero la que la reina Oasis debería deshacerse de es la otra hija, Ampolla. Esa dragona siempre parece que te está matando con la mirada. Pero no será ninguna de ellas. Será la hermana de la reina, ya verás. Ella está mucho más cerca de desafiar a Su Majestad que las hijas. Tiene sentido deshacerse de ella.

—¿Desafiar a la reina? —interrumpió Seis Garras, sorprendido por haber estado escuchando sin que se dieran cuenta de que estaba allí—. ¿Por qué alguien haría eso?

—Para convertirse en la próxima reina —respondió Arena Movediza con una expresión divertida—. Porque ella cree que sería mejor que la reina actual.

—¡Nadie podría ser una mejor reina que la reina Oasis! —insistió Seis Garras con firmeza.

—Tienes toda la razón, querido —dijo su madre, envolviéndolo con un ala—. No te preocupes, estoy segura de que ella será reina durante mucho tiempo más. Aunque, sea quien sea la que venga después de ella, también seremos leales a ella.

Avestruz tenía razón en una cosa: al día siguiente, la última hermana de la reina había desaparecido en el aire, y nunca más se mencionó su nombre.

Después de eso, Seis Garras comenzó a observar a las princesas Alas Arenosas de manera diferente.

Ahora ya no eran solo realeza. Eran letales. Eran una amenaza para su reina.

Bueno… dos de ellas lo eran.

La hija más joven, Llamas, resultó ser una de las dragonas más tontas que Seis Garras había conocido. Tan pronto como pudo caminar, comenzó a seguir a cualquier dragón que pudiera encontrar que estuviera usando joyas. Cuanto más brillantes, mejor; tenía un don para identificar a los dragones con las joyas más resplandecientes.

Seis Garras sospechaba que, si algún día mataba a su madre, no sería por poder ni por el trono; sería por un par de pendientes de diamantes. Y no lo haría con sus garras ni con su fuego, lo haría molestando a la reina hasta matarla.

Observó a las princesas durante dos años, pero su primera interacción con ellas no ocurrió hasta que tenía siete años…

—Mis hermanas están tramando algo.

Seis Garras levantó la vista, entrecerrando los ojos hacia la figura silueteada contra el sol cegador. Llevaba casi toda la mañana tratando de sacar una pelota de raíces obstinada del jardín del palacio. Sus músculos le dolían y sus escamas estaban lo suficientemente calientes como para freír huevos de serpiente.

—Las hermanas siempre están tramando algo —dijo, descansando los brazos sobre su pala.

—Es cierto. Pero lo que sea que mis hermanas estén planeando podría destruir el reino —respondió el otro dragón, girando la cabeza hacia la luz. Seis Garras tensó los músculos al reconocer al príncipe Combustión. El príncipe era de la misma eclosión que la princesa Ampolla, por lo que era dos años mayor que Seis Garras. Habían estado en varias misiones juntos, aunque rara vez se habían hablado.

Y tenía razón. *Sus* hermanas no eran dragonas comunes.

—¿Cuáles hermanas? —preguntó Seis Garras—. ¿Cómo lo sabes?

—Brasas y Ampolla —dijo el príncipe—. Han estado susurrando juntas toda la mañana.

Eso era definitivamente una mala señal. Las dos princesas mayores generalmente evitaban el contacto tanto como podían. Si estaban conspirando, solo podría significar malas noticias para alguien.

—¿Por qué me lo dices a mí? —preguntó Seis Garras, con cautela.

—Bueno... —dijo Combustión—. No estoy seguro de qué más hacer. Pareces fuerte y sensato. Esperaba que pudieras idear algo. —Movió su cola venenosa alrededor y se sentó con una expresión expectante.

—Deberías preguntarles qué están tramando —sugirió Seis Garras, clavando de nuevo la pala en la pelota de raíces—. Eres su hermano. Tal vez te lo digan.

—¡Ja, ja! —El príncipe dio un extraño escalofrío—. ¿Y llamar la atención sobre mí? No, gracias, así no funciona la supervivencia en esta familia.

Seis Garras consideró por un momento cómo sería vivir en una familia donde la "supervivencia" fuera una cuestión de dinámicas entre hermanos.

—No pueden estar yendo contra la reina —murmuró—. No juntas. Pero podría advertirle a mi madre, por si acaso.

—¿Contra quién más estarían conspirando? —se preguntó Combustión.

La revelación golpeó a Seis Garras como un rayo.

—Tu hermana pequeña —dijo. Dejó caer la pala y sus alas se abrieron de golpe—. Reducir el número de herederas a dos. —Salió del agujero rápidamente, sacudiendo la tierra de sus garras—. ¿Dónde está Llamas?

—¿Cómo voy a saber? —El príncipe Combustión dio un salto para evitar que la tierra que caía de Seis Garras lo golpeara—. ¿Así que te vas a encargar?

—¿No vas a ayudarme? —Seis Garras frunció el ceño—. ¿No vas a proteger a tu hermana menor?

—¡Lo estoy haciendo! —Combustión se movió cautelosamente sobre sus garras—. ¡Te lo estoy diciendo, y luego me quedo con vida para poder hacerlo otra vez la próxima vez! Estoy seguro de que puedes manejarlo. —Dio otro paso atrás, luego se dio la vuelta y se apresuró a alejarse hacia el palacio.

—¡Espera! —gritó Seis Garras—. ¿Y tus hermanos? ¿Dónde están?

—De patrulla —gritó Combustión desde lejos antes de desaparecer tras una esquina.

Seis Garras dejó escapar un suspiro frustrado. No tenía tiempo para perseguir a un príncipe cobarde. Aparentemente tenía que encontrar a la princesa más joven antes de que le ocurriera algo terrible. Lo cual no sonaba para nada como su trabajo, pero, a diferencia de Combustión, no era el tipo de dragón que lo delegaría a otro.

La zona guardería estaba cerca; podía revisar ahí primero. La mayoría de los dragonets del palacio jugaban bajo la protección de sus paredes hasta que cumplían los dos años, bajo la mirada vigilante de un par de Alas Arenosas ancianos. Seis Garras recordaba sus voces chirriantes contando historias sobre cómo le habían enseñado a volar a la joven Oasis cuando ella aún era solo una pequeña larva. La guardería estaba abierta para cualquiera que viviera en el palacio, así que los hijos de sirvientes y nobles crecían todos juntos, princesas y futuros fregadores de ollas, codo a codo.

Sin tiempo que perder, se subió al muro del jardín y voló directamente hacia allá en lugar de tomar los pasadizos interiores más frescos.

El patio para los dragonets tenía una piscina hundida en el medio, donde podían chapotear y refrescarse en el calor del mediodía. Esto estaba bajo un pabellón sombreado con largas cortinas blancas en tres de sus lados abiertos. Seis Garras había pasado dos dolorosos años en ese pabellón, luchando por aprender a leer y a contar montones de piedritas rojas. Estar quieto tanto tiempo era lo peor. Eso no era lo que él consideraba hacer algo; eso era solo tortura.

El resto del patio estaba diseñado para ayudar a los dragonets a aprender a volar:

salientes a diferentes alturas, montones de arena suave para aterrizar, agarres para las garras y perchas por doquier. Y, por supuesto, en una esquina, una estación de primeros auxilios abastecida con cactus de aguijón brillante, que era el único antídoto contra el veneno de la cola de un Ala Arenosa. El veneno no comenzaba a manifestarse hasta que un dragonet llegaba a los tres años, afortunadamente para todos, pero a esa edad tendían a estrellarse contra todo o saltar sobre sus padres sin mirar primero, por lo que había mucho que vendar y administrar antídotos. Los dragonets también pasaban *mucho* tiempo practicando cómo ser conscientes de sus colas y las de los demás, para poder eventualmente ser liberados de forma segura en el resto del palacio.

Seis Garras voló hacia el patio, escaneando la piscina y las estaciones de vuelo. No había señales de Llamas. Ella acababa de cumplir dos años, así que podría considerarse demasiado mayor para estar en el área de la guardería, pero no se le ocurría dónde podría haber ido. Metió la cabeza entre las cortinas del pabellón y toda una clase de dragonets Alas Arenosas se giró para mirarlo.

—¿Sí? —gruñó el dragón anciano al frente.

—¿Está la princesa Llamas aquí? —preguntó Seis Garras.

El maestro resopló.

—¿Ves a alguien dibujando coronas en los márgenes de los pergaminos de historia? Entonces, no.

—¿Sabes dónde podría estar?

—Mi suposición es que está babeando sobre un montón de gemas o compartiendo sus suspiros adoradores con un espejo, en algún lugar. —Resopló—. Deja de interrumpir nuestra lección.

—Puedo ayudarte a buscarla —ofreció el dragón a su lado, y Seis Garras lo notó por primera vez. Era mayor que los demás dragonets, probablemente de unos cuatro años, con poderosas alas de color amarillo arena y ojos negros brillantes.

—Tu madre dijo que te quedaras aquí y aprendieras el trabajo —gruñó el maestro.

—Oh, pero esto suena *muy* importante —respondió el otro dragón, prácticamente saltando por encima de los pequeños dragonets entre él y Seis Garras—. ¡Estoy seguro de que regresaré pronto! —Agarró a Seis Garras por el brazo y murmuró—: Vamos, rápido.

Seis Garras salió del pabellón y saltó hacia el balcón más cercano. El joven dragón lo siguió, ignorando los gritos entrecortados del maestro, y luego ambos ascendieron hacia una de las torres más altas del palacio. El viento tiraba de sus alas con una fuerza inusual, y cuando Seis Garras miró hacia arriba, se dio cuenta de que el cielo estaba más oscuro de lo que debería estar para el mediodía en el desierto.

—Gracias por sacarme de ahí —jadeó el dragón cuando aterrizaron—. Soy Desierto.

—Seis Garras. ¿Qué fue todo eso?

Desierto miró de inmediato las garras de Seis Garras (sí, tenía seis garras en cada garra delantera en lugar de las cinco habituales; gracias por avisarles a todos enseguida, padres) y luego trató de hacer todo lo posible para fingir que no lo había hecho.

—Se supone que debo estar entrenando para ser maestro. Mis padres son ambos maestros, y creen que trabajar en el área de la guardería el trabajo perfecto para mí —arrugó el hocico.

—Parece que te entusiasma mucho la idea —dijo Seis Garras. Solo lo escuchaba a medias; su atención estaba en el complejo del palacio extendido bajo él mientras buscaba cualquier señal de la princesa más pequeña. Lejos, en el horizonte occidental, se estaba formando una pared de nubes ominosas.

—Supongo que cuidar dragonets corre por la familia —dijo Desierto—. Pero espero no tener que hacerlo por el resto de mi vida. Los dragonets son tan molestos. ¡Quiero ser soldado! ¡Quiero luchar en batallas, hacer cosas gloriosas y ser un héroe! —Abrió las alas con entusiasmo—. ¿Y tú qué quieres hacer?

—Lo que mi reina necesite que haga —respondió Seis Garras, con total honestidad. Quería servir a su tribu y ser el dragón más útil que pudiera ser—. Ahora piensa. ¿Dónde podría estar Llamas?

—En el tesoro real —dijo Desierto rápidamente—. Esperando que su madre pase por ahí a abrirlo para que pueda revolcarse en las joyas. Esa

dragona es tan mala como un carroñero. No estoy seguro de que piense en nada que no sea el tesoro, y ni siquiera le importa qué cosas valen más que otras. Tratamos de convertir su obsesión en una lección de matemáticas, pero ella prefiere las más bonitas, aunque sean falsas.

—Ve a revisar el tesoro —dijo Seis Garras—. Yo voy a revisar las otras piscinas. —Pero entonces algo llamó su atención.

Un destello de luz en el desierto.

Un temblor de movimiento a través de la arena.

Un dragonet, avanzando hacia la tormenta que se aproximaba.

—¿Qué está *haciendo*? —gritó él. No podía decir con certeza si era Llamas, pero quienquiera que fuera, necesitaba regresar al palacio de inmediato.

—Vaya —dijo Desierto, entrecerrando los ojos a su lado—. ¿Es la princesa? ¿Por qué estaría sola en las dunas? Por todos los lagartos, va a ser aplastada por esa tormenta de arena.

—Consigue ayuda —dijo Seis Garras. Empujó a Desierto hacia atrás y extendió sus alas—. Dile a la reina, si puedes.

—¿Vas a ir a *buscarla*? —dijo Desierto—. ¿Por qué? *Ambos* serán aplastados.

—Porque nunca dejas a los dragonets en peligro —respondió Seis Garras, sorprendido de que alguien necesitara que se lo explicaran.

—¿No lo haces? ¿Incluso si eso significa ponerte en peligro? —dijo Desierto, interrumpiéndose por la mirada en el rostro de Seis Garras—. Está bien, está bien. No dejar dragonets en peligro, entendido.

Seis Garras se lanzó desde la torre y voló sobre el palacio, saliendo hacia el desierto, batiendo sus alas tan rápido como podía.

Tuvo suerte de ser fuerte y rápido. Para cuando alcanzó a la princesa Llamas, el viento azotaba con furia a su alrededor, arrojando partículas de arena ásperas a sus ojos. Pero ella seguía avanzando, caminando en vez de volar, con las alas metidas y la cabeza agachada, los ojos cerrados.

Seis Garras aterrizó frente a ella y extendió sus alas, protegiéndola de la tormenta por un momento. Ella se frotó la cara y lo miró, parpadeando sorprendida.

—¿A dónde vas? —preguntó él.

—A buscar mi corona favorita —dijo ella animada—. ¡No intentes detenerme, grandote con cabeza de piedra!

Él inclinó la cabeza.

—¿Qué corona?

—¡La que Agave robó y escondió por aquí, según Camello, que lo oyó de Seco, que es su mejor amigo, así que es completamente cierto, y voy a recuperarla porque ES MÍA y mami me la dio! —Llamas de repente se sentó y levantó la barbilla—. A menos que vayas tú a buscarla por mí. ¡Oooh, *eso* suena como una buena idea!

—No podemos —dijo él—. Esta tormenta es demasiado peligrosa. —«*Y adivino que toda esa historia es una mentira sembrada por Brasas y Ampolla*», pensó—. Debes regresar al palacio.

—¡NO! —gritó Llamas—. *Quiero* lo que es *mío*. —Ella trató de pasar a su lado con un empujón, pero el viento inmediatamente tomó sus alas y la arrojó hacia atrás, dejándola caer en la arena—. ¡Ay! —chilló ella, tratando de levantarse—. ¡Eso dolió! ¡Algo me lastimó!

Seis Garras miró por encima de su hombro. Una enorme pared de nubes de polvo se abalanzaba sobre ellos, extendiéndose desde la arena hasta el cielo y avanzando rápidamente. Ya no había tiempo para tratar a la princesa como a una valiosa noble.

—¡Tenemos que irnos! —gritó. Rodeó a la princesa con sus brazos, sujetándole las alas a los costados, y se lanzó al aire.

—¡Mi coroooooooooonaaaa! —gimoteó ella. Colocó su cabeza sobre el hombro de Seis Garras y lloró todo el camino de regreso al palacio.

La princesa pesaba más de lo que parecía, pero el viento ahora estaba a su favor, impulsándolos delante de la tormenta. A medida que se acercaban, Seis Garras vio cómo las puertas y ventanas se cerraban de golpe en todo el palacio. Los dragones se preparaban para el asalto de arena.

«*Esperen* —pensó desesperado—. *Esperen por nosotros. Ya vamos*».

Y entonces, finalmente, cuando su fuerza comenzaba a flaquear y sentía la nube justo detrás de ellos, vio una ventana abrirse en una de las paredes. Desierto se asomó, agitando un enorme paño blanco para llamar su atención.

Seis Garras hizo un último esfuerzo de velocidad y se lanzó a través de la ventana abierta, acurrucándose para aterrizar en el suelo con Llamas encima de él. Patinaron un tramo por el salón y pudo escuchar los gritos de los dragones saltando para apartarse.

—¿Trajeron *todo* el desierto con ustedes? —gritó uno de ellos.

—¡Idiotas! ¡Esperaron hasta el último minuto!

—¿No saben nada sobre tormentas de arena?

—¡Deberíamos haberlos dejado allá afuera!

—Oigan, esa es la princesa Llamas —dijo alguien más, y un silencio cayó sobre la sala.

Seis Garras parpadeó, sintiendo la arena deslizándose por las esquinas de sus ojos.

Su visión seguía borrosa, pero pudo ver que estaban en una de las grandes salas donde Oasis organizaba banquetes y bailes. Normalmente la luz del sol llenaba la sala, pero ahora estaba oscura, con todas las ventanas y puertas cerradas, y solo unas pocas antorchas encendidas. Los círculos de luz cálida de las llamas reflejaban en las escamas y ojos oscuros de los dragones reunidos alrededor de ellos.

Soltó a la princesa y se sentó, tratando de atrapar algo de la arena que se deslizaba de sus alas antes de que hiciera aún más desorden en el suelo.

—¡RrrrrrROAR! —gritó Llamas, empujándolo. Saltó de sus brazos y se sacudió vigorosamente, cubriéndolos a él, la sala y a los dragones a su alrededor con más arena—. ¡Arruinaste todo y ahora nunca la encontraré! ¡MAMIIIIIII!

—Tu madre está supervisando el bloqueo de la tormenta de arena —dijo un dragón alto y corpulento, abriéndose paso entre la multitud para pararse sobre ella—. Así que puedes *decirme* exactamente qué hacías tan lejos del palacio.

Llamas infló el pecho.

—¡Tú no eres mi jefe!

—Soy uno de ellos —dijo él severamente—. *Soy* tu padre.

Seis Garras trató de frotarse la arena de los ojos para poder ver mejor.

Carbón era el esposo de la reina, llamado por la mayoría de los Alas Arenosas «el rey», aunque tenía solo tanto poder como la reina Oasis le dejara tener.

A veces iba a todas partes con la reina, era bienvenido en reuniones de asesoría y eventos diplomáticos, y otras veces peleaban y él era exiliado del palacio por meses.

Según los padres de Seis Garras, era más seguro ser educado y respetuoso con Carbón, pero nunca acercarse demasiado, ya que no querrías que la reina te asociara con él la próxima vez que Carbón perdiera su favor.

Mientras Llamas comenzaba a contar una larga y complicada historia sobre sus amigos y su corona robada, Seis Garras se giró y encontró a Desierto detrás de él, con los ojos muy abiertos.

—Eso fue alarmante —dijo Desierto—. Pensé que no ibas a lograrlo.

Seis Garras se encogió de hombros.

—Lo logramos. Mejor voy a sacudir esta arena en uno de los baños.

—Padre —dijo una voz fría, cortando la narrativa sin aliento de Llamas—. ¿No deberíamos preguntar el nombre del dragón que llevó a nuestra hermanita a tan terrible peligro?

Un escalofrío como la medianoche en el desierto recorrió la espalda de Seis Garras. Observó cómo la multitud se apartaba para dejar pasar a la princesa Ampolla mientras avanzaba. Sus ojos negros obsidiana barrieron a Seis Garras. Prácticamente podía ver cómo su mente lo analizaba y lo clasificaba en una categoría: algo como *Estorbo Molesto* o *Idiota que Arruinó Mi Plan*.

—¡Él no la llevó ahí! —gritó Desierto, levantando su cola defensivamente—. ¡La *vio* allá sola y la *rescató*, eso es lo que hizo!

—Ah —dijo Ampolla. Su cola sonó suavemente sobre el piso—. Vaya. Qué héroe.

—Claro —dijo Desierto, callándose—. Eso es lo que es. Su nombre es Seis Garras. Y yo soy Desierto, por cierto.

—¿SEIS Garras? —interrumpió Llamas. Se deslizó fuera de los brazos de su padre y fue a inspeccionar las garras de Seis Garras—. ¡Ew! ¡Tres lunas! ¡Realmente tienes seis garras en cada pata! ¡Eso es tan raro! ¡No puedo creer que me hayas tocado con eso! —Se acercó más para

observar las garras adicionales, pero saltó hacia atrás rápidamente cuando él las acercó hacia su pecho.

Seis Garras sintió que su rostro ardía. Nadie se había burlado de sus garras extrañas en años, no desde su primer mes en la guardería. Siempre había trabajado duro para demostrar que no importaba, él era tan valioso como cualquier otro dragón. No cambiaba nada de lo que podía hacer. Simplemente… se veía raro.

—Yeeeeeeee —dijo Llamas despectivamente. Extendió sus propias garras perfectas y hermosas, decoradas con tres anillos brillantes—. Me alegra tanto *tener* el número correcto de garras.

En ese momento, en lo más profundo de su corazón, Seis Garras decidió que realmente esperaba que Llamas *nunca* fuera reina de los Alas Arenosas.

—Estoy seguro de que lo que mi hija intenta decir —interrumpió Carbón—, es gracias por salvarle la vida. —Él la apartó suavemente de Seis Garras, llevándola hacia los espejos al otro lado del salón. La pequeña Ala Arenosa echó un vistazo a sí misma, soltó un grito de horror y se fue corriendo hacia los baños, irradiando indignación.

—Deberíamos recompensar a un héroe tan valiente —ronroneó Ampolla, deslizándose un poco más cerca de Seis Garras—. Se me ocurren algunas misiones para las que sería *perfecto*…

«*Algunas misiones de las que probablemente no regrese*», pensó Seis Garras con un escalofrío.

—Tengo una mejor idea —dijo Carbón, cortándola. Ampolla entrecerró los ojos hacia él, pero él parecía no darse cuenta—. Valiente y fuerte, y un volador rápido para tu edad… ¿Qué te parecería unirte al ejército, Seis Garras? Necesitamos un soldado como tú. Podrías ascender rápido a capitán, tal vez general algún día.

—Si eso es lo que la reina quiere, señor —dijo Seis Garras. Probablemente era más seguro que lo que sea que Ampolla tuviera en mente para él. Su madre lo aprobaría. Y los soldados son útiles, ¿verdad? Incluso en tiempos de paz, como ahora, siempre había escaramuzas con los Alas Celestes o los Alas Heladas.

—Me encargaré de ello —dijo Carbón, asintiendo.

Algo le dio un codazo en el costado y se giró rápidamente, con la cola en alto, antes de darse cuenta de que era Desierto, con una expresión muy significativa en su rostro.

—Uh —dijo Seis Garras—. Mi, um… mi amigo Desierto también ayudó.

—¿Ah? ¿sí? —dijo Carbón—. ¿Te gustaría unirte al ejército también, dragonet?

—¡Sí, por favor, señor! —dijo Desierto, entusiasmado.

—Mmm. Eres un poco joven, pero podemos ponerte en entrenamiento básico por ahora. Los asignaré a la misma unidad —dijo Carbón, asintiendo nuevamente, luciendo complacido consigo mismo, y se alejó.

Afuera, el viento aullaba y golpeaba los postigos con gran furia. Seis Garras tuvo la sensación de que estaría barriendo arena de cada grieta del palacio mañana.

Excepto que no lo estaría, si Carbón hacía lo que prometió. Estaría en entrenamiento de soldados, en camino hacia un nuevo futuro. Con un nuevo mejor amigo, al parecer; Desierto sonreía de oreja a oreja, como si Seis Garras lo hubiera salvado a *él* en lugar de a Llamas.

Sintió ojos observándolo, y cuando se giró, vio a Ampolla fijándole una mirada malévola antes de salir de la sala.

«*No debo olvidar que ahora tengo un nuevo enemigo*».

«*Y una nueva razón para esperar que la reina Oasis viva por mucho, mucho tiempo*».

La noche en que la Reina Oasis murió, Seis Garras y Desierto estaban fuera de servicio. Es decir, no estaban programados para cumplir con algún deber de soldado, pero sí tenían una tarea diferente: velar por un príncipe lloroso para asegurarse de que no hiciera nada de lo que pudiera arrepentirse.

—Se ha ido —sollozó Combustión, dejando caer la cabeza sobre sus brazos y dejando que sus alas se estiraran sobre la mesa. Varias copas de

sidra de cactus cayeron al suelo, estrellándose alrededor de sus garras—. Nunca la volveré a ver de nuevo.

Los dos hermanos de Combustión se miraron con exasperación por encima de su cabeza.

—Eso es culpa tuya —dijo Chamusco. Empujó un trozo de cristal lejos de sus pies e hizo señas a Desierto para que lo recogiera—. Si no lo hubieras llevado tan lejos, madre no habría tenido que intervenir.

—*Sabes* cómo se siente ella acerca de que alguno de nosotros se case —asintió Escaldado—. Siempre lo has sabido.

—Sí, es una política simple —dijo Chamusco—. Nada de matrimonio, nada de dragonets, nada de herederas adicionales que causen problemas. Mientras sigamos las reglas de la reina, ella nos deja en paz.

—¿No podías mantenerlo casual como el resto de nosotros? —agregó Escaldado—. Yo tengo tres novias en este momento, y todos estamos perfectamente felices y *no* serios. Y *seguros*. —Levantó sus garras mientras Desierto barría alrededor. Seis Garras deslizó otra jarra de sidra sobre la mesa.

—Pero Palmera era diferente —exclamó Combustión—. La amaba. ¡Nos habríamos ido para siempre y nunca habríamos regresado! ¡Madre nunca habría tenido que vernos de nuevo! —Levantó la cabeza y dirigió unos ojos llorosos y suplicantes hacia Seis Garras—. ¿Has oído algo? ¿Sabes dónde está?

—No —admitió Seis Garras incómodamente—. Lo siento. —Se sentía aliviado de no saber. Estaba muy agradecido de no haber sido uno de los soldados enviados a lidiar con el verdadero amor de Combustión.

—Combustión, vamos —dijo Chamusco, sentándose a su lado y poniendo un ala sobre la espalda de su hermano menor—. No eres un idiota. Sabes perfectamente bien que está muerta.

—*NO* LO ESTÁ —gritó Combustión, empujándolo—. ¡No puede estarlo! Madre es cruel, pero no haría *eso*.

—Claro que lo haría —dijo Escaldado—. ¿De verdad no recuerdas a nuestras tías? ¿Y cómo desaparecieron de esta misma manera?

Seis Garras se retiró hacia la pared más alejada, donde podía mirar por la ventana. No le gustaba que le recordaran las terribles cosas que la reina Oasis había hecho para aferrarse a su trono, y lo que sea que hubiera

hecho con Palmera le tocaba demasiado cerca. *Conocía* a Palmera. Ella había trabajado en las cocinas con su padre por un tiempo, antes de que su padre y Carbón murieran por la rara enfermedad que barrió el palacio hace unos años.

Palmera era una dragona dulce, inteligente y nerviosa que adoraba a Combustión y le tenía miedo a la reina. Nunca habría criado dragonets para desafiar a Oasis. Estaba seguro de que habría desaparecido felizmente en el desierto con Combustión y nunca habría molestado a la reina de nuevo.

Pero los habían atrapado cuando intentaban escapar, y ahora Palmera había desaparecido de verdad, lo más probable es que nunca volviera a molestar a nadie.

Suspiró, mirando las tres lunas crecientes que cortaban el cielo. Una sombra pasó por encima, enorme y moviéndose rápido. ¿Era eso… la reina? ¿Volando fuera del palacio a esta hora de la noche?

Eso era extraño.

—¿Por qué no simplemente me *mata* también? —lloró Combustión. Hubo otro golpe y otro estruendo de cristal rompiéndose.

Desierto se acercó a Seis Garras.

—Oye. ¿Oíste lo que dijo la general Acícula sobre mí hoy?

—Algo admirador, supongo —sonrió Seis Garras a su amigo. Después de todos estos años, todavía estaban juntos en todo, para todo.

Seis Garras había ascendido a coronel en el ejército de los Alas Arenosas, y Desierto siempre estaba unos pasos detrás de él: un capitán en ese momento, pero seguro que se convertiría en mayor en cualquier momento.

—Dijo que yo prometía más que cualquier oficial que haya visto. —Desierto levantó la barbilla, brillando de orgullo—. Dijo que tengo alas extraordinariamente fuertes para un Ala Arenosa, ¡casi como las de un Ala Celeste! Dijo que pronto estaría comandando ejércitos propios.

—Tiene razón —concordó Seis Garras—. ¿Hueles algo raro?

—No —dijo Desierto, sonando un poco desconcertado—. ¿Podemos volver a hablar de lo increíble que soy, por favor?

Seis Garras sacó la cabeza por la ventana, oliendo.

—Huele a… mamífero. Pero no uno de los animales desérticos habituales.

De repente, un rugido feroz atravesó la noche. Un estallido de fuego iluminó el cielo más allá de la muralla del palacio, seguido de más rugidos, salvajes y angustiados, como si alguien estuviera siendo asesinado.

—¿Qué es *eso*? —gritó Desierto.

En la habitación detrás de ellos, los tres príncipes estaban de pie, parpadeando y sorprendidos.

—Sonaba como madre —dijo Escaldado—. Pero pensé que estaba durmiendo.

—Vamos a averiguarlo —dijo Seis Garras. Salió corriendo de la habitación con los demás detrás de él. Corrieron hasta el patio más cercano, abrieron sus alas y volaron sobre los tejados del palacio. El rugido se había detenido, dejando solo ecos como agujeros desgarrados en el aire.

Otros dragones se unieron a ellos, llamándose unos a otros en confusión, y así fue como un grupo considerable llegó a la cima de las murallas exteriores…

… y encontraron a la reina tendida muerta en la arena.

Alguien gritó, un largo aullido sin palabras de rabia. Podría haber sido Escaldado, o podría haber sido la madre de Seis Garras, Avestruz, que ahora se abría paso entre todos para agacharse junto al cuerpo. Podría haber sido cualquiera de ellos, o todos a la vez.

—¿Quién hizo esto? —gritó Avestruz—. ¿Quién mató a nuestra reina?

—¿Hubo un duelo? —preguntó otro dragón—. ¿Me lo perdí?

—No escuché nada sobre un desafío —respondió Chamusco, mirando alrededor en blanco—. ¿A esta hora de la noche? ¿Aquí afuera? ¿Sin testigos?

Brasas aterrizó de repente con un violento golpe en la arena, derrapando a dos dragones. Avanzó furiosa y miró el cadáver de la reina, temblando de rabia.

Avestruz tragó saliva y dio un paso atrás, inclinando la cabeza en señal de respeto cauteloso.

Brasas simplemente permaneció allí, respirando pesadamente.

Después de un momento, Avestruz se aventuró:

—¿Fue usted, su alteza? ¿Es ahora nuestra reina?

Brasas gruñó, bajo y profundo en su garganta.

—No —masculló—. No la maté. —Avestruz empezó a levantar la cabeza y Brasas respondió rápidamente—: ¡Pero no fue Ampolla tampoco! ¡La acabo de ver!

—¿Fue… Llamas, entonces? —preguntó alguien en la multitud.

Hubo una pausa incómoda mientras todos intentaban imaginar a la hija tonta de la reina atacándola con éxito. Seis Garras miró alrededor y se dio cuenta de que Llamas ni siquiera estaba allí. «*Probablemente había dormido a través de todo este ruido. Usando tapones para los oídos de joyas o enterrada en costosos cojines*».

—No fue ninguna de nosotras —dijo la voz helada de Ampolla desde una sombra cerca de la muralla del palacio. Caminó por la arena, moviendo su cola de manera amenazante—. Madre no fue asesinada por *ninguna* de sus hijas.

Se enfrentó a Brasas sobre el cuerpo de la reina, cada una de ellas chisporroteando con tensión acumulada. Brasas era mayor y más grande que Ampolla, con más experiencia en batalla y las cicatrices que lo demostraban. Pero Seis Garras sabía que Ampolla era más inteligente… y eso lo dejaba realmente inseguro sobre quién ganaría en una pelea.

—Entonces… —preguntó Chamusco con cautela—. Si ninguna de ustedes la mató… entonces, um… ¿quién será nuestra próxima reina?

Ampolla siseó, arrastrando una de sus garras por la arena.

—Iba a retarla pronto —dijo.

—Yo también —replicó Brasas, tajante.

Seis Garras se preguntó si eso era cierto para cualquiera de las dos. Por aterradoras que fueran, no podía imaginarse a ninguna de ellas derrotando a la reina Oasis.

Pero claramente *alguien* lo había hecho. ¿Por qué alguien mataría a la reina, a menos que fuera para tomar su trono?

«*Venganza*», susurró su mente. Más allá de sus hermanas, iluminados por la tenue luz de la luna, los ojos de Combustión brillaban. No era más que felicidad al ver a su madre muerta.

Pero Seis Garras había estado con Combustión cuando escucharon los rugidos.

Aunque Combustión hubiera querido matar a su madre por lo que le había sucedido a Palmera, no podría haberlo hecho esa noche.

—Tal vez ustedes dos deberían pelear ahora mismo —sugirió Escaldado a sus hermanas—. Quien gane, será la reina. Eso parece justo, ¿no?

Ampolla le lanzó una mirada impenetrable pero desagradable.

—No es exactamente justo para Llamas —señaló Chamusco, y recibió de vuelta una mirada fulminante de ambas hermanas—. Sí, bueno, lo sé. Ustedes dos resuélvanlo.

La idea tenía sentido para Seis Garras. Una pelea simple hasta la muerte, como siempre había sido, con una ganadora obvio. Los Alas Arenosas necesitaban una reina. Deberían terminar con eso de una vez.

Años después, Seis Garras a menudo intentaría imaginar cómo habría resultado la historia si las hermanas hubieran luchado esa noche. Nunca podía decidir si habría sido mejor (sin la guerra de veinte años) o peor (una de esas dos como reina de los Alas Arenosas, sin oposición e imparable).

Brasas flexionó sus garras, lista para lanzarse sobre su hermana.

—Este no parece el momento ni el lugar —dijo Ampolla con calma, dando un paso atrás de Brasas—. Quiero decir, prioridades, mis queridos hermanos. Seguramente primero *debemos* averiguar quién le hizo esto a nuestra pobre madre querida. —Inclinó la cabeza hacia Brasas y susurró—: Además, no tenemos el Ojo de Ónix.

No muchos dragones la escucharon, pero Seis Garras estaba lo suficientemente cerca como para captar sus palabras. Aunque no las entendió. Había un Ojo de Ónix en el tesoro, pero ¿qué tenía eso que ver con luchar por el trono?

—Cierto —dijo Brasas, abriendo lentamente las garras otra vez—. Claro. ¿Quién mató a nuestra madre? Eso es lo que necesitamos averiguar —dijo, alzando la voz para dirigirse a todos los dragones reunidos—. ¡Admítelo ahora, quien haya hecho esto! ¡No nos hagas empezar a sacarte los ojos!

Aleteos recorrieron la multitud mientras todos se miraban entre sí, buscando una expresión culpable o garras manchadas de sangre.

«*Garras manchadas de sangre* —pensó Seis Garras—. *¿Cómo murió la reina?*». Miró la arena alrededor del cuerpo, buscando pistas. Notó que el extraño olor a mamífero era más fuerte aquí. Y luego vio, por primera vez, que había una pequeña lanza clavada en el ojo de la reina.

Se agachó, acercándose más. No era una lanza de tamaño dragón; era apenas tan larga como su pata delantera y tan delgada que probablemente podría romperla entre sus dientes. ¿Esto la mató? ¿Esta cosa tan pequeña?

Examinó el resto de su cuerpo en busca de otras heridas y descubrió lo más extraño de todo.

Alguien le había cortado el aguijón venenoso de la cola.

—Por las tres lunas —dijo—. ¿Quién…?

—¡Busquen en los alrededores! —ordenó Brasas. Parecía estar inflándose hasta el doble de su tamaño normal, sus alas se desplegaban y su voz sonaba de repente como la de una reina—. Quien haya hecho esto no puede haber ido muy lejos. ¡Lo encontraremos y lo castigarémos!

Los Alas Arenosas se dispersaron inmediatamente y comenzaron a escupirle llamas a todas las sombras o a hurgar en las dunas con sus colas. Sus gritos y gruñidos llenaban la noche, y Seis Garras pensó que no quisiera ser el asesino, escondido en algún lugar cercano. Incluso cualquier cosa que no fuera el asesino, como una rata del desierto, estaba en peligro de ser pisoteada por un dragón en misión esa noche.

Volvió a mirar la pequeña lanza.

Todo comenzó a encajar en su mente.

Ese olor… La lanza era demasiado pequeña para los dragones… pero había otro animal que se rumoreaba que usaba lanzas.

Un animal conocido por intentar robar tesoros de los dragones, sin importar cuántas veces lo devoraran en el proceso.

—¡Oigan! —gritó Combustión, cavando en una duna de arena a varios pies de distancia—. ¡Encontré algo!

La cabeza de Brasas se alzó de inmediato.

—¿Qué es? —gruñó.

—Es… —Combustión se detuvo y miró hacia arriba, con confusión en su rostro—. Es un carroñero.

Los siguientes años pasaron en un agotador torbellino. Seis Garras fue uno de los dragones que persiguió a los saqueadores que habían escapado con

el aguijón de la cola de la reina y el tesoro robado; estuvo allí cuando Brasas prendió fuego a sus guaridas y quemó todas las casas de los saqueadores hasta dejarlas en ruinas. Ayudó a buscar entre las cenizas y luego, cuando no encontraron ningún tesoro, voló de regreso al palacio tras Brasas, solo para descubrir que el tesoro de los Alas Arenosas había sido completamente vaciado. Cuatro habitaciones llenas de gemas y oro, todo desaparecido, desvanecido en el aire, presumiblemente robado por los saqueadores, aunque nadie lograba entender cómo o dónde lo habían escondido.

Estuvo presente en los consejos, discusiones y juicios que siguieron, todos peleando por quién debía ser la próxima reina y cómo debía decidirse. Estaba en el palacio la noche en que Ampolla huyó con la mitad del ejército, y estuvo allí la noche en que Llamas escapó y huyó al norte con un escuadrón de guardias leales. De hecho, en ambas ocasiones fue abordado por amigos y compañeros soldados, pidiéndole que se uniera a ellos en apoyo a la dragona que querían que fuera reina.

Pero él dijo no. Su madre había decidido ser leal a Brasas, así que él iba a hacer lo mismo. No le gustaba Brasas… pero le gustaban mucho menos sus hermanas. Brasas, al menos, sería una reina fuerte, a diferencia de Llamas, y una reina sin planes malévolos secretos, lo cual era más de lo que podía decir sobre Ampolla.

Resultó, sin embargo, que había algo que Brasas amaba más que mutilar animales, y eso era la guerra. Cuando se enteró de que Ampolla estaba negociando alianzas con los Alas Marinas y los Alas Lodosas, con la intención de llevar a sus ejércitos para luchar por el trono de los Alas Arenosas, Brasas se mostró horriblemente complacida. Como le dijo a la general Acícula, en presencia de Seis Garras, dos hermanas merodeando y maquinando por ahí era solo molesto, pero ejércitos viniendo a atacarla, *eso* sí que podía manejarlo. *Eso* significaba violencia, caos y diversión.

Envió al príncipe Combustión al Reino Celeste inmediatamente para forjar una alianza con su reina, Escarlata. También trató de contactar a los Alas Heladas, lo que fue cómo descubrió que estaban protegiendo a Llamas y considerando unirse a la nueva guerra ellos mismos.

—¡Espero lo hagan! —gritó Brasas, recorriendo la construcción que se estaba realizando fuera del palacio. La reina Oasis había sido enterrada

donde cayó, y se erigió un monumento sobre su tumba. Brasas había ordenado construir otra capa de gruesos muros alrededor del exterior, más allá del monumento, convirtiendo el palacio en una fortaleza impenetrable—. ¡Más dragones para luchar! ¡Más territorio para conquistar! ¡Los aplastaremos a todos en cuestión de semanas!

No fue cuestión de semanas. La guerra se prolongó durante años, y en ese tiempo, Seis Garras vio morir a su madre y a demasiados de sus amigos en batalla, y luchó contra demasiados rostros que una vez había considerado hermanos de armas.

Pero siguió luchando. Hizo lo que se le ordenó. Fue ascendido, y luego ascendido nuevamente, hasta convertirse en el general Seis Garras. Permaneció leal a la reina Brasas, porque la lealtad corría profunda en su sangre… y porque no veía otra opción.

Sin embargo, se estaba volviendo cada vez más difícil. Cuando Brasas mandó matar a su hermano Chamusco por, según lo que Seis Garras pudo deducir, «molestarla», sintió su alma hundirse aún más en la desesperación.

¿Qué clase de dragón estaba siguiendo?

No podía imaginar describir sus buenas cualidades, como había sido capaz de listar todas las cosas que hacían grande a la reina Oasis. Le estaba costando incluso encontrar una en estos días.

Una noche, aproximadamente dos semanas después de la muerte de Chamusco, Seis Garras regresó al campamento con su batallón tras una batalla especialmente devastadora con los Alas Heladas en la que perdió a cuatro buenos dragones.

Y más que eso, quizás incluso peor: Desierto había sido gravemente herido. Desierto, el único dragón que había permanecido a su lado y había sobrevivido todos esos años. Uno de sus antebrazos había sido casi mordido por la mitad y su ala había sido golpeada por una ráfaga de aliento helado. Seis Garras esperaba que aún hubiera tiempo para revertir el daño y sanar a su amigo. Ayudó a cargar a Desierto hasta el campamento desde el lugar de la batalla.

Habían instalado su pequeña ciudad de tiendas no lejos de donde el desierto se transformaba en colinas rocosas, luego tundra y el Reino Helado. Técnicamente, el terreno rocoso formaba parte del Reino de Arena, por lo que podría haber hecho el campamento aún más cerca de la

frontera de los Alas Heladas. Pero sus dragones necesitaban dormir sobre arena y regresar al desierto por la noche para su moral. Si los hubiera forzado más al norte, habrían tenido vuelos más cortos hacia sus batallas, pero habrían estado fríos, miserables y cansados, y habría sido demasiado fácil agotarlos.

No le gustaba desperdiciar dragones.

—Estarás bien, Desierto —susurró en el oído de su amigo mientras volaban—. Ya casi llegamos. Ellos te curarán y volverás a volar en poco tiempo. Solo aguanta.

Aterrizaron junto a la tienda médica en el centro del campamento, y tres dragones salieron inmediatamente, rodeando a Desierto.

—Necesita calor en esa herida, y rápido —dijo Seis Garras, señalando los cristales de hielo brillantes y las escamas azul-negro a lo largo del borde del ala de Desierto—. Hagan todo lo que puedan por él.

—Por supuesto, señor —respondió uno de ellos.

—Puede perder el pie —dijo otro, observando la pata delantera dañada de Desierto—, pero necesita sus alas más. Podemos salvarlas.

—Sí, podemos sanar lesiones como esta, señor —dijo el último, señalando suavemente el aliento helado—. Lo hemos hecho antes. No es tan grave.

—Gracias —dijo Seis Garras. Los dragones llevaron a Desierto dentro de la tienda.

Seis Garras quería seguirlos, pero no pudo. Había demasiado por hacer.

Dragones a los que debía ver y despachos que necesitaba leer y... Se dio la vuelta y encontró a la reina Brasas apareciendo detrás de él.

—Su majestad —dijo con una reverencia.

—Sigues vivo —comentó ella.

—¿Yo? —dijo—. Sí, me temo que sí.

—Muéstrame tus garras otra vez —ordenó ella.

Se obligó a no suspirar. Esto ocurría cada vez que la veía; ya debería haber superado lo incómodo y repugnante que le resultaba. Estiró sus garras delanteras.

—Siiii —siseó Brasas, tomando sus garras y mirándolas codiciosamente.

Tiró de su sexta garra en cada lado y observó su rostro para ver si reaccionaba. Él mantuvo su expresión impasible.

—¿Tus soldados recuerdan sus órdenes, verdad? —dijo Brasas—. Cuando mueras en batalla, ellos saben que deben cortarte los brazos y traerlos a mí.

—Sí, su majestad —dijo él. Le costó mucho mantener la calma y no alejar sus garras de las manos de ella—. Lo saben. No lo olvidarán. —¿Cómo podrían olvidar una orden tan macabra como esa? Todos sabían exactamente qué quería hacer Brasas con las garras de Seis Garras. Un día, cuando él muriera, ella lo desmembraría felizmente y preservaría sus garras extrañas en su torre de cosas espantosas, junto con todas las otras cosas raras y horribles que había recogido a lo largo de los años.

Brasas finalmente soltó sus garras con un resoplido.

—Bueno, mientras sigas vivo, mejor hazte útil. Vamos a atacar a los Alas Lodosas. Empaquen todo. Mañana nos movemos.

—¿Qué? —se sorprendió Seis Garras.

—No me decepciones siendo sordo y lento también —gruñó ella—. Los Alas Lodosas. Los atacaremos. Lo más pronto posible. Mis espías me dicen que ha habido un altercado entre los Alas Marinas y los Alas Lodosas. La alianza de Ampolla se está derrumbando. ¡Este es el momento para atacar! Si lo hacemos ahora, podemos intimidar a los Alas Lodosas para que se unan a *nuestro* lado. ¡Entonces seremos imparables!

—Pero espere —dijo Seis Garras—. ¿Y nuestro plan? Toda la estrategia que elaboramos.

—*Tu* plan, dices —dijo Brasas—. Lo sé, lo sé. Concentrar nuestra energía aquí hasta encontrar a Llamas y matarla, para que solo tengamos una enemiga en lugar de dos. —Bostezó—. Aburrido. No has encontrado a Llamas aún y odio esperar.

—Solo hemos estado buscando unas pocas semanas —protestó Seis Garras—. Están luchando muy duro para mantenerla oculta. Estoy seguro de que la batalla de hoy estuvo cerca de su escondite.

Nunca había admitido su deseo secreto, por supuesto. Lo que realmente quería era que una hermana muriera para que las otras dos pudieran pelear entre ellas... solo las dos en un duelo regular, sin ejércitos

ni soldados ni otras tribus o inocentes involucrados en el lío. Quería que esto *acabara*.

Y para eso, su estrategia tenía más sentido. Si seguían golpeando la alianza de Llamas con los Alas Heladas, seguramente la encontrarían pronto.

—Sabes —se burló Brasas—, si quieres que Llamas esté muerta tan desesperadamente, tal vez no deberías haberle salvado la vida hace todos esos años. —Sacudió la cola hacia los gritos de dolor que venían de la tienda médica—. Tal vez todo esto sea *tu* culpa.

Seis Garras apretó sus garras, tratando de no revelar que él mismo había tenido exactamente ese pensamiento durante varias noches sin dormir.

—Su majestad —dijo con la mayor calma que pudo—. Creo firmemente que deberíamos seguir con nuestra estrategia actual.

—Bueno, *yo* creo firmemente que deberíamos ir a matar algunos Alas Lodosas —respondió ella—. Y *yo* soy tu reina, así que eso significa que siempre *gano*.

—¿Podemos discutir esto? —preguntó. No quería sonar como si estuviera suplicando, pero tal vez eso era lo que ella quería que hiciera—. Puedo mostrarle los mapas, nuestras deducciones, nuestros siguientes pasos, lo tenemos todo planeado.

—Gusano desleal —gruñó Brasas—. Veo que necesitas un poco de persuasión extra. —Ella lo empujó y se metió en la tienda médica.

Él empezó a seguirla, pero de repente escuchó un siseo desde las sombras junto a la tienda.

—¿Quién está ahí? —dijo, pausando. Era imposible ver más allá de la luz de las antorchas, pero podía decir que había un dragón oculto en la oscuridad.

Hubo una pausa, y luego una voz desconocida dijo:

—Alguien que tiene tus mejores intereses en el corazón.

—Muéstrame quién eres —ordenó Seis Garras. Tal vez fuera uno de sus soldados, pero pensaba que reconocería todas sus voces. ¿Era alguien enviado por alguna de las hermanas de Brasas para atacarla?

Si era así, era malo, muy, muy malo que una parte de él estuviera tentado a no detenerlo.

—No tienes que seguir a Brasas —susurró la voz—. Ella no lo merece.

—¿A quién debería seguir entonces? —preguntó Seis Garras—. Supongo que tienes a alguien en mente. ¿Ampolla?

—Por las serpientes, no —dijo el dragón oculto, con lo que sonaba como una genuina diversión—. ¿Por qué seguir a cualquiera de ellas? Siempre está la Madriguera del Escorpión, ¿verdad? Muchos Alas Arenosas allí que no luchan por nadie. Según lo que he oído, de todos modos.

—Desertores —dijo Seis Garras—. Eso no soy yo. Soy leal.

—¿Leal a qué? —preguntó el dragón—. ¿Sabes siquiera por qué la sigues ahora? Ella no es una buena reina. Estás ayudando a una víbora y haciéndola más fuerte y más venenosa. ¿No lo ves?

Hizo una pausa.

—Si no lo ves, pronto lo harás, me temo.

—¡SEIS GARRAS! —rugió Brasas desde dentro de la tienda—. ¡Entra aquí!

—Piénsalo —susurró el dragón en las sombras, y luego pareció desvanecerse. Cuando Seis Garras parpadeó, ya no había nadie allí.

Se adentró por las solapas de la tienda y encontró a Brasas de pie sobre Desierto.

El amigo de Seis Garras yacía sobre un montón de mantas, inconsciente, con las alas extendidas a ambos lados de él. Sacos llenos de piedras calentadas por fuego rodeaban la herida de aliento helado en su ala y también su pata delantera. Allí, a la luz de las antorchas, Seis Garras pudo ver las heridas más claramente, y vio que un Ala Helada debía haber arañado a Desierto con sus garras dentadas también.

Pero su ala sanaría y él volvería a volar. Los médicos dijeron que podrían arreglarlo. Estaría bien.

—¿Este es el pequeño sapo que te sigue, verdad? —preguntó Brasas.

Ella empujó uno de los sacos de piedras calientes para que se deslizara del ala de Desierto.

Seis Garras avanzó.

—Él necesita eso... —dijo.

—No te muevas —gruñó Brasas. Ella empujó otro paquete de curación fuera del dragón herido, y Desierto hizo un pequeño ruido de dolor, pero no despertó. Detrás de Brasas, una de los médicos apretaba sus garras como si quisiera intervenir, pero no se atrevía.

—Por favor. No le hagas daño —dijo Seis Garras, con el estómago revuelto—. Es un soldado leal para ti.

—¿Y tú qué eres? —exigió Brasas—. Dime, ¿a dónde vamos mañana?

Seis Garras vaciló. Sentía como si un posible fin para esta guerra se le escapara entre las garras.

—Haré lo que digas, su majestad. Lo haré. Pero si pudiera tener solo un día más para buscar a Llamas... —Brasas golpeó con sus garras el ala herida de Desierto. Desierto despertó de un grito, mientras las partes congeladas se desprendían por completo, dejando solo una ruinosa deformidad ennegrecida. Brasas cortó los tendones y membranas, destruyendo lo que quedaba del ala.

—*¡NO!* —se oyó gritar Seis Garras, sintiéndose derribado por los otros Alas Arenosas dentro de la tienda mientras se lanzaba hacia la reina.

—Obediencia incuestionable —le dijo Brasas—. Eso es todo lo que pido.

Apartó a Desierto con una patada y sacudió la sangre de sus garras.

—Así que, general. ¿A dónde vamos mañana?

Al menos tres dragones lo mantenían inmovilizado. Seis Garras respiró hondo, apartando la culpa, la furia y la incredulidad.

—Al Reino Lodoso —dijo al suelo.

—Mucho mejor —respondió Brasas, pisando sobre él, casi dándole un golpe con su cola mortal en la cara—. Tienes suerte de ser un general tan útil, o ya habría tomado esas fascinantes garras para mi torre y terminado con estas aburridas discusiones. Ah, y Seis Garras. —Se detuvo en la abertura de la tienda y lo miró por encima del hombro—. La próxima vez que sientas la tentación de cuestionar mis órdenes, recuerda que tu amigo allá tiene otra ala... y una cola... y tres patas funcionales, todas las cuales podrían sufrir aún más accidentes horribles. ¿Entendido?

—Sí, su majestad. —Seis Garras no pudo mirarla. Mantuvo los ojos cerrados y la cara en la arena hasta escuchar que se alejaba de la tienda, con sus pesados pasos alejándose.

—Lo sentimos, señor —dijo una de las enfermeras, levantándose de encima de él—. No queríamos que ella lo matara.

—Lo entiendo —dijo él mientras todos se apartaban nerviosamente. Se tambaleó para levantarse y acercarse a Desierto, que afortunadamente había vuelto a desmayarse. Su ala era un desastre, completamente irremediable, y su pata delantera era un muñón sangriento. Seis Garras se arrodilló a su lado y tocó suavemente la cabeza de Desierto.

—¿Hay algo que puedan hacer por él? —les preguntó a los otros dragones.

Lo intentaron. Podía ver lo mucho que se esforzaban. No se apartó del lado de Desierto mientras vendaban, limpiaban y hacían lo que podían. Sus otras responsabilidades se desvanecieron en un borrón en su mente.

«*La madriguera del escorpión*».

«*Estás ayudando a una víbora*».

«*Piénsalo*».

—Ya es tarde, señor —dijo una doctora, tocando suavemente su ala con la suya—. Debería dormir.

—No voy a dormir —respondió—. Voy a sacar a Desierto de aquí. Lo alejaré de *ella* todo lo que pueda.

La doctora miró a su alrededor y Seis Garras se dio cuenta de que estaban solos, aparte de Desierto; los demás Alas Arenosas se habían ido sin que él se diera cuenta.

—¿A dónde van? —susurró. Ella había sido la que pensó en detener a Brasas; recordó el horror y la pena en sus ojos. La había visto antes, atendiendo a otros pacientes. Siempre era tranquila y eficiente. Le gustaba eso de ella, aunque realmente no la conociera.

—A la Madriguera del Escorpión, creo —respondió en voz baja. Se frotó los ojos—. Tendré que cargarlo.

—Yo te ayudaré —dijo ella—. Si... si no te importa que venga contigo.

Él podría necesitar ayuda, Desierto era demasiado pesado para cargarlo mucho rato solo.

Pero negó con la cabeza.

—Es demasiado peligroso —dijo—. Serías una desertora, como nosotros. Brasas te mataría si te atrapara.

—Aparentemente podría matarme incluso si me quedo justo aquí —dijo la doctora con sarcasmo—. Prefiero ir contigo. Confío en ti.

—No me conoces en absoluto —respondió él.

—Claro que sí —contestó ella—. Eres el general Seis Garras.

—Solo será Seis Garras a partir de ahora —dijo él—. No sé tu nombre.

—Kindle —respondió ella—. Vamos ahora, antes de que alguien regrese.

Envolvieron a Desierto en mantas y lo levantaron entre ambos con el máximo cuidado posible. Afuera, la temperatura había bajado a casi bajo cero, y la mayoría de los dragones estaban acurrucados en sus tiendas. Nadie cuestionó a Seis Garras y Kindle mientras llevaban su carga a las afueras del campamento.

—General, señor —dijo la dragona de guardia, cerrando sus alas a medida que se acercaban.

—Llevamos a este dragón de regreso al cuartel para recibir tratamiento médico más avanzado —dijo Seis Garras.

—¿Quiere que lo lleve yo? —ofreció la soldado—. Debería descansar, ¿no, señor?

—Estaré bien —respondió Seis Garras—. Pero gracias.

—Sí, señor —respondió ella—. Espero que esté bien.

Kindle tomó un lado de las mantas y Seis Garras el otro, y con Desierto suspendido entre ellos, se elevaron en el cielo nocturno.

«*Lo siento por dejarte*», pensó Seis Garras al soldado de guardia... a todos los soldados que tenía que dejar atrás. Se sentía como la serpiente más baja en el foso de arena, abandonando su puesto y a todos los dragones que habían contado con él.

Pero el dragón en las sombras tenía razón. Seis Garras estaba ayudando a un monstruo a llegar al poder, y ya no podía hacerlo. Especialmente si significaba que Desierto tendría que vivir en peligro constante.

Intentaría encontrar una manera de salvar a los demás. Tal vez podría sacar a más de ellos, cualquiera que deseara liberarse de Brasas o las otras dos hermanas. Tal vez juntos podrían hacer de la Madriguera del Escorpión un lugar seguro para los dragones que no quisieran ser parte de esta guerra.

Desierto se movió en las mantas y Seis Garras tuvo que ajustar sus batidas de alas a medida que su peso se desplazaba. Miró hacia abajo y vio a Desierto mirándolo ojos oscuros y llenos de temor.

No miraba a Seis Garras, sino a sus alas, batiendo firmemente en el aire. La forma en que las alas de Desierto ya no lo harían.

—Lo lamento, Desierto —dijo Seis Garras.

Desierto no respondió durante un largo rato. Finalmente preguntó:

—¿A dónde vamos?

—A la Madriguera del Escorpión —respondió Seis Garras—. Te llevaré a un lugar donde espero que Brasas nunca nos encuentre.

—Brasas —Desierto soltó una risa amarga—. Siempre dijiste que la lealtad era tan importante. Supongo que hemos aprendido algo sobre la lealtad, ¿verdad?

Seis Garras batió sus alas en silencio por un momento.

—Sí —contestó finalmente.

—Que es estúpida —dijo Desierto—, y fuimos estúpidos por ser leales en primer lugar, y ahora estamos pagando por ello. Yo estoy pagando por ello. No hay sentido en nada de esto.

—No, no es eso —dijo Seis Garras—. Fuimos leales al dragón equivocado, eso es todo. Ahora lo veo.

—Oh, qué bien —dijo Desierto sarcásticamente, metiendo la nariz en las mantas—. Justo a tiempo.

—Seremos más cautelosos en el futuro —dijo Seis Garras. El sol comenzaba a salir a su izquierda, proyectando destellos cegadores en los rincones de sus ojos—. Encontraremos a un dragón a quien realmente podamos confiar y respetar, y entonces tendremos una razón para ser leales. Creo que ese dragón existe. Ya lo verás.

—Maravilloso —murmuró Desierto—. No puedo esperar.

Seis Garras miró a Kindle. Ella estaba conteniendo las lágrimas, rodeada por el halo del sol naciente.

—Espero que tengas razón —dijo ella.

—Yo también —respondió él, y volaron juntos, hacia el sur, hacia la Madriguera del Escorpión, hacia un futuro incierto, hacia ese pequeño hilo de esperanza.

TABLA DE NOMBRES TRADUCIDOS

Para aquellos que quieran saber los nombres originales de los dragones cuyo nombre no tiene traducción oficial.

Personajes con apariciones físicas.

Arena Movediza	Quicksand
Avestruz	Ostrich
Carbón	Char
Chamusco	Singe
Escaldado	Scald
Kindle	Kindle
Seis Garras	Six-Claws

Personajes mencionados.

Acícula	Needle
Agave	Agave
Camello	Camel
Palmera	Palm
Seco	Parch

ALAS DE FUEGO

FUGITIVOS

Nota: Los acontecimientos de esta historia tienen lugar inmediatamente después del prólogo de *Legends: Darkstalker*, miles de años antes de los acontecimientos del primer libro de Alas de Fuego: *La Profecía*.

La nieve moteaba las alas y los hombros de la dragona negra. Pequeños trozos de hielo se habían quedado atrapados entre sus garras, y sacudió las zarpas para soltarlos antes de entrar en el túnel. El canal suave y curvado conducía a una vasta cúpula hecha de bloques de más hielo, hielo sobre nieve sobre suelo congelado.

Pero no tenía frío.

Homicida tocó el pendiente de diamante en su oreja.

«*Un encantamiento solo para mí*».

«*Un dragón que no piensa que soy una pérdida total de espacio*».

Él había entrado antes que ella, por las apariencias. Sus ojos lo encontraron de inmediato al entrar en la cúpula, incluso entre la multitud de Alas Heladas, él brillaba con más intensidad. Ni siquiera su madre, la reina Diamante de los Alas Heladas, podía eclipsarlo. Globos lunares flotaban cerca del techo, lanzando una luz pálida y fría que hacía que los Alas Heladas se vieran pulidos y plateados, mientras que los dragones negros visitantes se volvían opacos y verdosos.

El príncipe Ártico parecía escuchar con atención la charla de su madre, pero su mirada se desvió hacia Homicida por un breve instante. Un momento de *te veo*. Un momento de *esto es una tortura, pero puedo sobrevivir ahora que te he conocido*. Un momento de *tú eres el único otro dragón en el mundo*.

Le cortó la respiración. En su propio reino, los Alas Nocturnas nunca tomaban en serio a Homicida. Era demasiado despistada, demasiado propensa a soltar lo que pensaba sin filtro. Se apasionaba por cosas que a nadie más le importaban, como el hecho de que a los mercaderes Alas

Lluviosas o Alas Lodosas se les mantenía apartados de los Alas Nocturnas en lugar de ser invitados a sus fiestas y festivales. Sus amigos decían que a los Alas Lluviosas les venía bien por los precios exorbitantes que cobraban por su fruta, y que los Alas Lodosas no eran lo suficientemente inteligentes como para ser interesantes de todos modos.

Nadie había mirado a Homicida como lo hacía Ártico, como si ser diferente y un poco rara fuera algo bueno. Como si la hiciera fascinante en lugar de molesta.

—¿Dónde has estado? —Su madre apareció de pronto, bloqueando su vista de Ártico, y comenzó a sacudirle la nieve de las escamas con brusquedad—. Te ves espantosa y debes estar congelándote. ¡Te dije que el príncipe venía! ¿No te dije que te quedaras en tu rincón?

—Estamos en una cúpula —señaló Homicida—. No tiene rincones.

Prudencia entrecerró los ojos hacia su hija.

—Homicida, no seas una seta venenosa ahora. No necesito que tu bocaza arruine todo. —Le dio un golpecito en la oreja con una de sus garras, luego se detuvo y la examinó con atención. Homicida se estremeció un instante antes de que las garras de su madre se cerraran sobre el diamante, pellizcándolo y enviando una oleada de dolor por todos los nervios de su cráneo.

—*¿De dónde sacaste este pendiente?* —gruñó Prudencia.

—¡Ay, ay, ay! —Homicida intentó apartarse, pero su madre la obligó a agacharse—. ¡Fue un regalo, eso es todo, deja de hacerme daño!

Prudencia la soltó de repente con un siseo y retrocedió, sacudiendo su garra como si se hubiera quemado. Tal vez así fue. Homicida sintió un calor extenderse desde el pendiente. «*Está encantado para mantenerme a salvo del peligro también. Incluso de madre*».

—No puedes *robarle* cosas a los Alas Heladas —siseó Prudencia—. Esto es escandaloso, incluso para ti, Homicida.

—¡No lo robé! ¡Un Ala Helada me lo dio! —protestó Homicida.

—¿Qué Ala Helada? —gruñó Prudencia—. ¡Te dije que no hablaras con ningún Ala Helada!

—¿Todo está bien aquí?

Oh, era malo, una cosa mala, mala y terrible que su corazón saltara al oír su voz.

«*Lástima que este pendiente no sea lo bastante listo como para protegerme de mi propio corazón*».

Prudencia se giró de golpe y encontró a Ártico de pie detrás de ella con porte regio, los ojos fríos y poco amistosos. Debía haber cruzado volando la cúpula para llegar tan rápido. La reina Ala Helada y un pequeño séquito de aristócratas venían apresurados detrás de él.

—Príncipe Ártico —dijo Prudencia, enderezándose para parecer tan altiva como él—. Esto no tiene por qué preocuparlo. Solo estoy reprendiendo a mi hija díscola, que al parecer ha encontrado y conservado un pendiente que no le pertenece. —Le tendió la garra abierta a Homicida con una mirada significativa—. Me aseguraré de que lo devuelva de inmediato.

—De ninguna manera —dijo el príncipe. Interceptó el brazo de Homicida cuando esta alcanzaba el pendiente y lo presionó suavemente hacia su costado. Sus escamas estaban frías, como agua corriendo, y sus garras apretaron las de ella ligeramente, casi imperceptiblemente: *Estoy aquí para ti*—. Le di ese pendiente como símbolo de la próxima alianza entre nuestras tribus. Sería indescriptiblemente grosero rechazarlo.

—Nos encontramos afuera —explicó Homicida ante la mirada incrédula de su madre—. Por accidente. —«*Ártico, por todas las lunas, deja de ser tan obvio. Vas a hacer que me maten*». Prudencia no era la única que parecía enojada. La reina Diamante ya estaba lo bastante cerca para oír, y sus ojos recelosos atravesaron a Homicida como estalactitas.

—Lamento mucho que mi hija la haya molestado —dijo Prudencia a Ártico—. Homicida, regresa a nuestros aposentos de inmediato.

—Por supuesto —aceptó Homicida, con un inmenso alivio. Le encantaría estar en cualquier otro lugar ahora mismo. Vio que Ártico abría la boca para protestar y le lanzó una mirada muy severa de «cállate»—. Voy ahora mismo.

—Eso es lo que significa «de inmediato» —dijo Prudencia. Su ceño se frunció aún más mientras Homicida empezaba a alejarse—. ¿No necesitas esto? —rugió, alzando su brazo. En su muñeca brillaba el metal plateado de uno de los brazaletes encantados por animus.

Los Alas Heladas tenían tres de esos brazaletes, cada uno encantado para proteger a un dragón del frío extremo y las defensas del Reino Helado.

Como solo había tres, las delegaciones diplomáticas se mantenían pequeñas y superadas en número en cada reunión. También eran un útil recordatorio del poder de la magia animus de los Alas Heladas.

Pero Homicida era una cuarta miembro inesperada del grupo. Supuestamente estaba allí para que su madre pudiera vigilarla, aunque ella sospechaba que una de las verdaderas razones era que la reina Vigilancia quería forzar a los Alas Heladas a revelar si tenían un cuarto brazalete.

Si lo tenían, no lo habían mostrado todavía. Así que Homicida y su madre debían compartir uno, lo que significaba que Homicida pasaría frío la mayor parte del tiempo.

Excepto que ahora tenía el pendiente.

Pero no podía admitir que era mágico, ni lo que podía hacer, y mucho menos quién lo había encantado para ella. Por un lado, los Alas Heladas tenían reglas estrictas sobre la magia animus. El príncipe Ártico solo debía usar su magia una vez, en una ceremonia para crear un regalo para su tribu. Ciertamente no debía malgastarla en una Ala Nocturna despistada y sin importancia.

—Claro —dijo a su madre, fingiendo un escalofrío—. Sí, por favor.

—Hay mantas en nuestras habitaciones —dijo Prudencia, despidiéndola con un aletazo—. Usa esas y estarás bien.

Eso era típico de madre: se indignaba si no querías algo que ofrecía, y en cuanto sí lo querías (o fingías quererlo), decía que no podías tenerlo.

Homicida no pudo evitar poner los ojos en blanco a espaldas de Prudencia. La mirada de Ártico seguía fija en ella, y vio que esbozaba una sonrisa muy pequeña.

Aunque no fue lo bastante pequeña.

Junto al muro de hielo translúcido, otra Ala Helada los estaba observando.

«*Uh oh*».

Su nombre volvió a la mente de Homicida al instante: Copo de Nieve. «*Esa es la prometida de Ártico* —recordó Homicida—. *La dragona con la que se supone que va a casarse*». La expresión de la Ala Helada era imposible de leer.

«*Está comprometido*. —Fue lo primero que Homicida supo del príncipe, y aun así logró olvidarlo por completo en la magia de conocerlo

(y en la magia literal de que encantara un pendiente para ella)—. *Va a casarse con alguien más*».

«*Pero, de todos modos, nunca podría haber sido mío*».

Hizo una reverencia, dio la espalda a todos los Alas Heladas y se metió en el túnel.

«*Entonces, ¿por qué acepté reunirme con él en secreto esta noche?*».

«*¿Todavía voy a hacerlo?*».

«*Una dragona inteligente no lo haría*».

«*Una dragona inteligente agacharía la cabeza y regresaría al Reino Nocturno en lugar de arriesgarse a un incidente intertribal*».

Salió a una ventisca que se había acercado sigilosamente, con pétalos helados que ocultaban el cielo y el mar. Cerca de la entrada, aún podía ver la huella en la nieve donde Ártico había estado de pie durante su conversación.

«*Sí, pero ... esa dragona inteligente suena perfectamente miserable*».

«*De acuerdo. ¿Y qué si elijo no ser inteligente? Es sólo una reunión secreta. Sólo quiero hablar con él un poco más*».

«*Quiero decir, realmente, universo... ¿qué es lo peor que podría pasar?*».

Copo de Nieve siempre había sospechado que la familia real Ala Helada estaba llena de pretenciosos, y ahora que estaban aquí, en el palacio de sus padres, estaba segura.

La reina Diamante lo decía todo en un tono superior y condescendiente, mirando por encima del hocico como si tu ignorancia fuera una grave decepción para ella. No paraba de hacer comentarios sarcásticos sobre el estado del palacio y cómo podía mejorarse. Nunca hablaba con nadie por debajo del Primer Círculo, y había elegido claramente a Copo de Nieve como prometida de su hijo porque pensaba que Copo de Nieve era la opción más tranquila.

(Copo de Nieve lo sabía porque la reina se lo había dicho directamente a la cara. «Eres una dragona que sabe mantener la boca cerrada», había musitado Diamante, agarrando la barbilla de Copo de Nieve con las garras para inspeccionarle los pómulos. «O entiendes que no me interesan tus opiniones, o no tienes ninguna, lo cual sería preferible. Supongo que podré tolerar tu presencia en mi palacio, siempre y cuando hagas mocosos igual de silenciosos»).

Francamente, Copo de Nieve no deseaba vivir en el palacio principal de los Alas Heladas, pero pronto no tendría elección.

La única vez que había estado allí, se había pasado toda la visita en un torbellino de pruebas, competiciones y más pruebas para demostrar que merecía su puesto en el Primer Círculo de la jerarquía Ala Helada. Era exasperante, sobre todo porque muchas de las pruebas habían sido sutiles y deliberadamente injustas. Trampas secretas tendidas por la reina para evaluar la fuerza, el aplomo, la diplomacia y la habilidad de Copo de Nieve para dar réplicas ingeniosas cada vez que alguien la insultaba.

Esto último no era el punto fuerte de Copo de Nieve. Podía hacer una excelente mirada gélida de desdén, pero todas las réplicas cortantes que debería haber dicho sólo se le ocurrieron durante la noche, demasiado tarde, mientras yacía en su plataforma de hielo, hirviendo de rabia.

La verdad era que pasaba mucho tiempo furiosa. Le sorprendió un poco que la reina Diamante no percibiera la rabia bajo sus escamas. Todos esos años practicando su frialdad exterior debían haber valido la pena. Sus padres se lo habían inculcado una y otra vez: «*Congela tu ira. Nunca dejes que nadie la vea. Nadie quiere oírte hablar de tus sentimientos. Tranquila y serena por fuera; eso es lo único que importa*».

Sin embargo, no estaba segura de cuánto tiempo podría seguir así. Sobre todo, con su futuro marido, el príncipe Ártico, que era el hijo de la morsa más arrogante, engreída, condescendiente, insoportable, presumida y estúpida que jamás había conocido.

Él actuaba como si ella apenas fuera del Séptimo Círculo, como si tuviera la obligación de entretenerle cuando se aburría y como si no tuviera cerebro alguno en la cabeza.

«*¿Cómo voy a casarme con él?*».

«*¿Cómo se supone que voy a mirar su PETULANTE CARA PRETENCIOSA todos los días para el resto de mi vida?*».

«*¿Cómo voy a durar siquiera un mes sin clavar mis garras en sus globos oculares superiores?*».

Se suponía que era un gran honor casarse con alguien de la familia real. Sus padres estaban extasiados de que todo su trabajo en ella hubiera dado sus frutos. ¡Tanta gloria le esperaba! ¡Sus dragonets podrían heredar la magia animus! ¡Sus hijas estarían en línea de sucesión al trono!

«*Primero en la línea para ser asesinadas por su horrible abuela, claro está*».

Pero Copo de Nieve no podía hacer nada para cambiar su destino. Obviamente, no podía desobedecer a sus padres y a su reina. Ni siquiera podía insinuarles que no le interesaban sus planes para su vida. Tenía que ser cortés con Ártico e inclinarse profundamente ante su madre; tenía que llevar la máscara de la hija perfecta, aparentemente para siempre.

«*Para siempre. Hasta que guarden mi cabeza congelada en el muro de los miembros muertos de la familia real y deslicen mi cadáver al frío océano*».

«*Para siempre atrapada en el palacio principal con Ártico y Diamante*».

«*A menos que pueda encontrar una manera de salir*».

Se recostó contra la pared de la cúpula y observó la cara de Ártico cuando la Ala Nocturna se marchó. Ella había notado la mirada deslumbrada en sus ojos en el momento en que vio a Homicida, y todavía estaba allí. Había descartado a Copo de Nieve, su propia prometida, como si fuera una dragonet incómoda bajo sus pies. Y entonces (debió de ser sólo unos instantes después) le dio a Homicida su pendiente de diamantes.

Su *pendiente*. De todas las tonterías *ñoñas*. Sólo los personajes de pergaminos muy malos y muy sentimentales hacían cosas así.

«*Probablemente piensa que es muy romántico*».

«*Con la DRAGONA EQUIVOCADA, imbécil*».

No es que aceptara ninguna joya de él si se la ofrecía. El resto de la tribu podría encontrar la magia animus perfectamente maravillosa y útil, pero Copo de Nieve no confiaba en nadie con ese tipo de poder.

—Vaya, vaya, vaya —dijo una voz que se deslizaba como focas serpenteando por una placa de hielo—. ¿No fue una interacción interesante?

Copo de Nieve giró la cabeza para mirar a la Ala Helada que se acercaba: hembra, algo mayor que Copo de Nieve, no de este palacio, con un collar del Primer Círculo. Era blanca, con algunas escamas de color gris azulado que parecían sombras ondulantes en sus alas, y se movía como una depredadora segura de sí misma.

Copo de Nieve inclinó la cabeza en una media reverencia cortés, preguntándose qué lugar ocupaba su nombre en la pared y si debería hacer una reverencia más profunda.

—Por favor, acepte mis disculpas, porque no reconozco su cara —dijo—. Espero no estar trayendo gran deshonor a mi familia. —Esa era una de las frases hechas que había aprendido muy joven, diseñada para ayudar a los dragonets a escabullirse de situaciones incómodas.

—No, aún no nos conocemos —dijo la nueva dragona, asintiendo de una manera que sugería que su rango era superior—. Soy Raposa de las Nieves.

«*Oh* —pensó Copo de Nieve—. *La sobrina de la reina Diamante*». Sin duda había oído hablar de esta dragona, actualmente la única heredera viva al trono de los Alas Heladas.

Raposa de las Nieves sonrió, y pequeñas gemas incrustadas brillaron en sus dientes.

—Raposa de las Nieves y Copo de Nieve: destinadas a ser grandes amigas o terribles enemigas, ¿no? Evitemos confusiones; puedes llamarme Raposa.

—Desde luego, siempre que nunca me llames Copo —respondió Copo de Nieve, devolviéndole la sonrisa.

Raposa se rió.

—Estoy segura de que eres cualquier cosa menos eso —dijo—. Hay que ser alguien muy astuta para atrapar las garras del príncipe Ártico. —Sus ojos azul oscuro se dirigieron hacia los restantes Alas Nocturnas, sus cejas se levantaron inocentemente.

—Te prometo que la única dragona astuta involucrada en este plan es la reina —respondió Copo de Nieve, ignorando la insinuación de Raposa—. No me atribuyo el mérito en este emparejamiento.

—¿Entonces el verdadero amor con un apuesto príncipe simplemente cayó en tus garras? —dijo Raposa socarronamente—. Debes ser la dragona más feliz del Reino Helado.

—Soy muy afortunada —aceptó Copo de Nieve, dejando que el más leve olor a sarcasmo se colara en su tono—. Es muy... encantador.

Ambas observaron a Ártico durante un momento de silencio. Ahora que Homicida se había ido, había vuelto a lo que parecía ser su habitual estado de ánimo hosco, gruñendo y frunciendo el ceño ante todo lo que le decían.

—Estoy segura de que hay muchos otros dragones a los que les encantaría estar en tus escamas —dijo Raposa, lanzando otra mirada de reojo a la delegación Ala Nocturna.

—Naturalmente —dijo Copo de Nieve—. ¿Quién no querría casarse con un príncipe y ver a sus hijas luchar a muerte por el trono?

—Bueno —respondió Raposa—. Amor verdadero. ¿Verdad?

—En efecto —masculló Copo de Nieve—. Amor verdadero.

Ártico tomó la última bebida verde brillante de una bandeja que pasaba y se quedó mirándola con tristeza.

—Está contemplando su noble reflejo en los cubitos de hielo —observó Copo de Nieve.

Raposa se rodeó el hocico con las garras, pero no pudo contener un bufido tan fuerte que varios dragones se volvieron para mirarla con la frente arrugada.

—Lunas plateadas —dijo cuando recuperó el poder del habla y todos volvieron a ignorarlos—. Tienes una profundidad de aguas oscuras bajo tu hielo, ¿verdad?

—Sólo para mis mejores amigos... y mis más terribles enemigos —respondió Copo de Nieve, encontrándose con los ojos de Raposa.

—Ahora estoy bastante segura de cuál preferiría ser. —Raposa inclinó la cabeza, calculadora. Tras un largo momento, dijo—: ¿Sabes qué pasará si *no* acabas teniendo hijas con el príncipe Ártico?

—¿Me pierdo la tremenda diversión de ver a mi suegra destrozarlas? —adivinó Copo de Nieve.

—Eso —dijo Raposa—. Además, sólo queda una dragona para desafiar a Diamante por el trono.

Copo de Nieve la miró, y la comprensión se reflejó en su rostro.

—Tú.

Raposa inclinó la cabeza modestamente.

—Yo.

—Parece —dijo Copo de Nieve lentamente—, que tú y yo tenemos algunos objetivos comunes.

—¿No es maravilloso conocer a un dragón que es un espíritu afín? —dijo Raposa. Colocó su cola ligeramente sobre la de Copo de Nieve y se inclinó un poco más cerca, sus rasgos peculiares transformándose en belleza dentro de la mente de Copo de Nieve.

«*Alguien que me entiende, por fin. Alguien tan profunda y oscura como yo, que ve mi ira y quiere estar más cerca de ella en lugar de congelarla*».

—Tengo algunas ideas... si te interesan —dijo Raposa.

—Digas lo que digas —dijo Copo de Nieve—, siempre estaré escuchando.

Las dos Alas Heladas agacharon las cabezas, susurrando, mientras el vendaval se convertía en una aullante tormenta de nieve.

La nieve entraba por la ventana, se acumulaba suavemente en el alféizar y emplumaba el suelo. El cielo estaba oscuro y los copos de nieve plateados parecían salir de un profundo abismo.

El príncipe Ártico se quedó mirando aquel abismo, pensando que se parecía muchísimo a su futuro.

«*Inmovilizado bajo las garras de madre para el resto de mi vida. Incapaz de usar mi propia magia después de la ceremonia. Casado con Copo de Nieve, que me odia*».

«*Sin poder volver a ver a Homicida*».

¿Cómo podría soportarlo?

¿Cómo podía ser esto lo único que tendría de felicidad: nueve días de reuniones secretas y luego nada más para el resto de su vida?

Copo de Nieve se volvía más antipática cada día que pasaba, y le respondía con la más mínima conversación fría. Era casi como si alguien (el gran dragón de hielo, el universo, quien fuera) quisiera dejar bien claro lo diferentes que son Copo de Nieve y Homicida.

Porque Homicida... ella era la luz del sol y todas las lunas y todo el cielo lleno de estrellas. La había conocido hacía sólo nueve días, pero ya era el principio y el fin de su universo. Le hacía reír, ¿alguien más lo había hecho alguna vez? Le daba ganas de entrar en calor. Le hacía ser valiente y despreocupado; le hacía olvidar los círculos, los muros, el protocolo, los rangos y las reglas.

Lo convirtió en un dragón que realmente quería ser.

Pero se iba.

Pasado mañana, los Alas Nocturnas serían escoltados sobre el Gran Acantilado Helado y se les retirarían los brazaletes protectores. Homicida volaría hacia el sur y saldría de su vida, mientras que Ártico volaría hacia el norte con su madre y la guardia real. A casa, al palacio principal, a prepararse para su ceremonia de donación.

Esta noche sería la penúltima vez que podría escaparse y verla a solas. Esta noche, mañana por la noche, y luego nunca más.

Había sido difícil encontrar un momento seguro para reunirse. Los Alas Nocturnas normalmente dormían todo el día, mientras que los Alas Heladas lo hacían por la noche, como los dragones normales. Pero para esta visita, los Alas Nocturnas habían cambiado su horario: se levantaban a última hora de la tarde para poder negociar con la reina y cenar con su Consejo por la noche, y se acostaban a primera hora de la mañana, cuando todavía estaba oscuro. Así que había una pequeña ventana de tiempo en la que todo el mundo (excepto los guardias nocturnos) dormía, y fue entonces cuando Ártico y Homicida se encontraron, en los momentos robados antes del amanecer.

Ártico cepilló un pequeño montón de nieve en sus garras y se quedó viéndolo, pensando en cómo los copos de nieve como estos se derretían cuando tocaban las escamas de Homicida.

Una extraña sensación se apoderó de él... una sensación de arrastre entre sus alas... una sensación de ser observado.

Se dio la vuelta.

Su madre estaba de pie en la puerta, llenando el marco como un glaciar que había descendido de las montañas, aplastando todo a su paso. Diamantes de un azul glaciar caían en cascada de sus orejas, alrededor de su cuello y a lo largo de la banda de su cola, pero ninguno brillaba con tanta intensidad ni con tanta peligrosidad como sus ojos.

Ártico quería preguntar cuánto tiempo llevaba allí de pie, pero, por supuesto, en vez de eso, hizo una profunda reverencia. Se imaginó a Homicida gritando: «¡La reina más espeluznante de Pirria!», y se alegró de tener un momento con la cabeza gacha para poder componer su rostro.

—Hijo —siseó Diamante—. ¿Por qué estás despierto a estas horas?

Ártico acomodó sus alas y su cabeza en la posición aprobada para hablar con la reina.

—No podía dormir, su majestad. —«*¿Por qué estás TÚ despierta? ¿Me estás espiando? ¿Sabes algo?*».

—Eso suena muy indisciplinado —retumbó, mientras su mirada recorría la habitación—. La tribu tiene horarios de sueño estrictos por una razón. Si has estado interrumpiendo el tuyo (como sospeché después de pillarte bostezando durante nuestro desayuno con Copo de Nieve y sus padres), asignaré a un cronólogo para que te arregle.

—Con gratitud y respeto —dijo Ártico, sin sentir absolutamente ninguna de las dos cosas—, me permito observar humildemente que mi problema para dormir parece estar relacionado con mi ceremonia de donación, y por lo tanto es seguro que será temporal.

—No perdí el sueño por *mi* ceremonia de donación. —Diamante se deslizó hacia él, sus garras dejando surcos en el hielo—. ¿Qué tipo de debilidad te atormenta? ¿La cobardía? ¿La indecisión? ¿Fantasías locas de tomar decisiones diferentes?

Eso último estaba demasiado cerca de la verdad. Ártico mantuvo los ojos firmes; su expresión, ilegible; su respuesta, el silencio.

—Un verdadero Ala Helada no tendría esos problemas —declaró Diamante. Se cernió sobre él como si pudiera leer la culpa en cada una de sus escamas—. Te he dicho cuál debe ser tu don. Obedece sin cuestionar y no tendrás nada que temer. Entonces dormirás como un Ala Helada leal: profundamente y a las horas apropiadas.

Ártico no confiaba en sí mismo para hablar. Su mente resonaba con el sonido de la risa de Homicida, dos noches atrás, mientras envolvía juguetonamente una cortina alrededor de su hocico para amortiguar el ruido. Ella lo apartó, riendo, y se liberó.

—En serio, explícame esto para que tenga sentido —rió—. ¿Tu madre quiere que hagas un qué?

—Un cuenco de hielo… o un globo lunar, o un espejo sería aceptable… eso es todo lo que se me permite decidir, aparentemente.

—¿Con el poder de...?

—...Predecir el clima —había admitido.

—¿Eso es todo?

—Bueno... predecirlo con bastante antelación, eso sí. Al menos con un año de antelación.

—Um… YO *puedo predecir el tiempo con un año de antelación. Va a... espera... oh, esto es bastante chocante... ¡va a NEVAR! Y un par de días después... no te lo vas a creer... ¡NIEVE otra vez! Y luego, espera, es un poco complicado... agárrense todos de la cola... parece que nos esperan unos trescientos sesenta y cinco días más de... ¡grandes lunas! MÁS NIEVE.*

—¡Deja de hacerme reír! Voy a terminar con unas arruguitas raras de risa alrededor de los ojos y nadie en el Reino Helado sabrá qué son.

—Me gustan tus raras arruguitas de risa.

—Me gusta tu extraña forma de pronunciar mal las palabras.

—Te SUPLICO perdón. TÚ eres el que dice las cosas de forma esquonquienta.

—Eso no es una palabra real. Y por cierto, a veces nuestra nieve viene en forma de una terrible tormenta, que sería muy útil conocer de antemano, muchas gracias.

—Pero vamos —le había respondido Homicida, poniendo los ojos en blanco—. ¿Cómo llamar a eso «don de la visión»? ¿Hay algo menos

visionario que puedas hacer con tus poderes? No la escuches, Ártico. Es tu magia. Haz algo completamente maravilloso con ella.

—¿Sí? —había dicho—. ¿Cómo qué?

—Bueno… si realmente quieres un «don de la visión», ¿por qué no hacer que muestre algo más del futuro que el clima? Por ejemplo, quién será la próxima reina de los Alas Celestes, o cómo se resolverá la disputa a lo largo del Gran Río de las Cinco Colas, o dónde se encuentran las mejores vetas de plata y diamantes. Podrías hacer que viera el futuro o que respondiera a cualquier pregunta que le hicieras o que te mostrara cualquier dragón del continente o, literalmente, CUALQUIER COSA más interesante que el clima.

Ártico se quedó mirándola fijamente.

—Uuuu, me encanta esa cara —dijo—. ¡Esa es tu cara de «ojalá se me hubiera ocurrido a mí»! Ya sé. No te sientas mal; soy mucho más inteligente que tú.

—Tú, agravante cabeza de luna...

—Pero aquí está la cosa —le había interrumpido, ¡nadie le interrumpía!—. En realidad, no lo hagas, porque si lo encantas para que vea el futuro o responda a alguna pregunta, entonces la reina podrá averiguar quién la mata para convertirse en la próxima reina. Y estoy bastante segura de que asesinará directamente a esa nieta en su huevo. —había dudado—. Tu hija —añadió en voz baja.

El futuro imaginario de Ártico como padre teniendo dragonets con Copo de Nieve nunca se había sentido menos real, menos posible.

—¿Tienes alguna otra idea para regalos de animus? —había preguntado.

—¡Sólo unas ochenta millones! —dijo—. ¿Quieres todas? Siéntete libre de tomar notas por si se te cansa el cerebro.

—Escucha, Ala Nocturna, ¿no sabes que se supone que no debes hablarle así a los príncipes?

—Creeeo que hay muchas cosas que ambos estamos haciendo ahora mismo que no deberíamos hacer —señaló, barriendo con el ala la alcoba donde estaban escondidos.

—¿Como enamorarse? —preguntó él, tomando sus garras entre las suyas.

—*Eso —le susurró—, es algo que definitivamente no debes decir…*

—¡Ártico! —ladró la reina Diamante.

Dio un respingo y, con una oleada de terror, se dio cuenta de que no había mantenido la expresión mientras el recuerdo lo bañaba. ¿Qué había visto Diamante en su rostro en aquel momento de descuido? ¿Podría adivinar lo que significaba?

—Te he hecho una pregunta —dijo ella, con la voz rebosante de indignación.

Oh, cada vez peor.

—Mis más profundas disculpas —dijo, de nuevo—. Tal vez estoy más cansado de lo que pensaba y debería ir a dormir de inmediato.

—Contesta primero —espetó—. ¿Juras dar a la tribu el don de la visión como te lo describí?

Dudó. Era peligroso e inaudito contradecirla (a su progenitora y a su reina), pero si mentía y decía que sí, ella se pondría aún más furiosa cuando la desobedeciera en la propia ceremonia.

—Tengo otra idea —dijo con cautela—. Esperaba poder discutirla contigo. ¿Quizás por la mañana? —Tenía que deshacerse de ella. Homicida debe estar en su lugar ahora, esperando. Ella se preguntaría por qué no estaba allí.

«*Ella no vendría a buscarme aquí, ¿verdad?*», pensó con otro rayo de miedo.

Era lo bastante audaz e imprudente como para cometer semejante error. Y si Diamante veía aparecer un Ala Nocturna en la puerta de su hijo en mitad de la noche... alguien no sobreviviría hasta el amanecer.

—¿Otra idea? —preguntó la reina—. ¿Una propia? No me gusta cómo suena. Muy bien, puedes presentármela a primera hora de la mañana.

Se dirigió hacia el vestíbulo mientras Ártico exhalaba un sofocado suspiro de alivio. En un momento ella se habría ido, y entonces él podría ir corriendo a Homicida, advertirle, y enviarla volando de vuelta a su habitación lo más rápido posible.

La reina Diamante se detuvo en el umbral de la puerta y dirigió a Ártico una mirada despiadada y penetrante.

—Para asegurarme de *que* duermas —empezó—, y de que te despiertes a la hora exacta para asistir a nuestra cita, dejaré a estos dos

guardias aquí dentro de tu puerta. —Movió la cola hacia el vestíbulo y dos grandes soldados se deslizaron dentro. Grandes, fornidos, de piedra. Con los que no se podía discutir, sobornar o engañar. Un muro de hielo indestructible entre él y Homicida.

—Eso no es… —Ártico empezó, pero se mordió el resto de la frase cuando su madre le silbó.

—De hecho —espetó—, ya que estás tan abrumado por esta decisión del don animus, parece mejor que permanezcas recluido hasta que llegue el momento de la ceremonia. Está claro que algo aquí te ha estado distrayendo, pero no dejaremos que eso siga siendo un problema.

El corazón de Ártico cayó, rodando hacia el abismo con la nieve.

—Obediencia —dijo la reina Diamante—. Disciplina. Orden. Fuerza. Y conocer tu lugar. Estas son las características de un verdadero Ala Helada. No vuelvas a olvidarlo, Ártico.

Ella se alejó, dejando a Ártico separado de la dragona que amaba para siempre.

Copo de Nieve sintió la cola de Raposa enroscarse alrededor de la suya, sus púas chocando con un leve clic.

—¿Oíste eso? —susurró Raposa.

Hacía viento y nevaba en el balcón frente a la habitación de Ártico, pero siempre estaba desierto después del anochecer, y era el lugar perfecto para vigilar sus movimientos durante toda la noche. Llevaban varias noches observándolo escabullirse para encontrarse con Homicida más o menos a esta hora, pero ver a la reina pasar como una ventisca fue un impacto.

—¿Cómo lo supo? —susurró Copo de Nieve en respuesta—. Si su plan para él funciona, entonces el nuestro está arruinado.

—No dejaremos que eso pase —dijo Raposa, apretando la garra de Copo de Nieve—. Nunca tendrás que casarte con él. Lo juro por los huevos que formaron el mundo. —Sacudió la nieve de su hocico y miró hacia la

puerta en sombras de Ártico—. Quizá nuestro plan era demasiado pequeño desde el principio. Si los atraparan juntos, sí, sería un escándalo, y él quedaría deshonrado, y tal vez tus padres te dejarían cancelar el matrimonio. Pero puede que no, puede que lo encubran de alguna forma. Sigue siendo un animus, lo que lo hace valioso, incluso si Diamante tiene que matar a un cuarteto de Alas Nocturnas para limpiar su desastre. —Se llevó una garra al mentón pensativamente.

—Lo necesitamos fuera del reino —sugirió Copo de Nieve—. O muerto. De lo contrario, alguien más se casará con él y tendrá dragonets. No he olvidado que también estamos aquí para resolver tu problema.

—Primero el tuyo —dijo Raposa—. El tuyo es más urgente. Yo puedo ocuparme de los dragonets más adelante, si hace falta.

Copo de Nieve sonrió y le quitó un cristal de hielo suelto de la mejilla a Raposa. Raposa no se había acercado a Copo de Nieve buscando una aliada. Raposa había tenido la intención de sembrar discordia y desconfianza entre Copo de Nieve y Ártico para sus propios fines.

Pero todo había cambiado ahora que se conocían. Raposa quería proteger a Copo de Nieve con una ferocidad que igualaba el deseo de Copo de Nieve de poner a Raposa en el trono.

«*Una dragona por la que haría cualquier cosa. Nunca pensé que vería eso*».

—Fuera del reino —repitió Raposa de pronto—. ¿Tú crees… que es lo bastante tonto como para huir con ella?

—Si no lo es —dijo Copo de Nieve—, ¿podemos *hacer* que lo sea?

—Tendría que usar su magia para pasar junto a esos dos guardias —dijo Raposa.

—Y para sacarla a ella de aquí sana y salva —dijo Copo de Nieve—. ¿Arriesgaría su alma por eso?

—Su alma *y* romper la regla más estricta de los Alas Heladas sobre el poder animus. Él es un seguidor de las reglas. Nunca le he visto ningún signo de valentía oculta.

—Yo tampoco. Y para algo así… él tendría que romper muchas reglas.

Raposa batió las alas hacia atrás.

—Tendría que estar desesperado.

«*¿Qué me haría desesperar a mí?*», pensó Copo de Nieve por un momento, y luego comentó en voz baja:

—Tendría que pensar que ella está en peligro.

—Sí —susurró Raposa.

—Puedo hacer eso —dijo Copo de Nieve—. La reina Diamante me dejará visitarlo mañana, aunque a nadie más se lo permita. Le insinuaré que la reina está disgustada con el rumbo que han tomado las negociaciones.

—Él lo creerá —observó Raposa—, porque es verdad. Esos Alas Nocturnas son tan arrogantes como Diamante. Casi da risa ver cuál de los dos bandos puede levantar más el hocico.

—Sí, esta alianza propuesta nunca iba a funcionar —Copo de Nieve encogió las alas contra una ráfaga de viento—. Podría haberles dicho eso desde el principio.

—Así que cuando él escuche que la reina está enfadada con ellos…

—Entonces le insinuaré que la reina podría tener otros planes, más mortales, para los Alas Nocturnas… especialmente para una de ellos.

—Y lo *creerá* —dijo Raposa—, porque Diamante actuaba esta noche como si supiera todo sobre su romance secreto. Ya sea que lo sepa de verdad o no, él se imaginará fácilmente que podría matar a su amada por venganza o rencor.

—O para asegurarse de que esté fuera de su vida para siempre —asintió Copo de Nieve—. Será casi demasiado fácil meterle esas preocupaciones en la cabeza después de esta noche.

—Eres brillante —dijo Raposa, abriendo las alas de par en par y girando en el balcón, dejando que la nieve remolinara a su alrededor—. Mientras tanto, yo esparciré un rumor entre los guardias de que algo extraño podría ocurrir mañana por la noche. Si ven a Ártico intentando escapar con los Alas Nocturnas, no podrá cambiar de opinión y arrastrarse de vuelta. Tendrá que seguir volando.

—Pero no dejes que la reina Diamante se entere —dijo Copo de Nieve—. Tiene que dormir durante todo esto, o podría usar su magia para detenerlos.

—No temas —dijo Raposa—. Se perderá todo. De hecho, puede que tenga una poción para dormir que compré una vez de un Ala Lluviosa, podría ser útil…

—*Eres* brillante —dijo Copo de Nieve.

—Espero que los guardias no sean unos cobardes —dijo Raposa, mirando las volutas de copos de nieve—. Quiero asegurarme de que Ártico no se nos escape sin una pelea.

—Yo también quiero estar ahí —dijo Copo de Nieve—. Quiero ver su cara cuando se dé cuenta de que no es el regalo del gran dragón de hielo para el mundo. Cuando descubra que lo hemos superado.

—Y si algo sale mal —dijo Raposa, con una carita inocentemente triste—, y no lo logra… o no lo logran ninguno de los dos…

—Bueno —dijo Copo de Nieve—, tampoco sería el fin del mundo.

Nieve, nieve interminable, nieve hasta los confines del universo, nieve para siempre; nieve en su nariz, y entre sus garras, y derritiéndose en sus escamas, y pegándose a sus garras, y pesando sobre sus alas; nieve en los tejados, enterrando el palacio, cubriendo el mundo; nieve por todas partes, siempre cayendo, siempre bajo sus pies, siempre colándose por las ventanas y bajo las mantas y ¿POR QUÉ HABÍA TANTA MALDITA NIEVE?

—Odio este reino —se quejó Homicida, paseándose de un lado a otro de la pequeña habitación.

—De verdad —dijo Prudencia secamente. Estaba enrollando mantas y empaquetando sus pertenencias, preparándose para su partida por la mañana—. Es sorprendente. Has estado actuando odiosamente alegre desde que llegamos aquí.

—Me... gustó estar lejos del Consejo —dijo Homicida—. Pero no sé cómo alguien puede *vivir* así. Apuesto a que tener nieve en la cara todo el tiempo es lo que les pone de mal humor. Sus paisajes aburridos y sin fuego

en ninguna parte y espeluznantes luces flotantes. Apuesto a que los convierte a *todos* en unos completos idiotas.

Prudencia la miró con extrañeza y Homicida comprendió que probablemente debería callarse.

Pero él *era* un idiota. ¿Cómo pudo no aparecer, cuando sabía que ella se iba? ¿Todas sus bonitas y brillantes palabras habían sido mentiras? ¿Siempre coqueteaba con dragones extraños que visitaban su reino y luego los dejaba sin despedirse?

«*Sé que tenía que ser un adiós. ¿Pero no podíamos al menos tener eso?*».

Y luego no había aparecido en ninguna de las reuniones finales de despedida ni en el último banquete. La madre de Homicida pensó que los estaba desairando, «típico príncipe Ala Helada». A Homicida le preocupaba que estuviera enfermo o que hubiera ocurrido algo terrible.

Pero entonces ella se las arregló para volar casualmente por su ventana, y él estaba allí, PERFECTAMENTE BIEN, comiendo pequeños pasteles de pescado con COPO DE NIEVE. Como si ya se hubiera olvidado de ella. Como si pudiera volver a la normalidad y seguir con su vida, como si nada hubiera pasado.

PERFECTAMENTE BIEN.

Su paso se ralentizó por un momento y levantó la mano para tocarse el pendiente. Pero esto era real. Había roto las reglas, había usado su magia y había arriesgado su alma por ella. Así que todo tenía que ser real, ¿no?

«*ARRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRGH*».

—Homicida, me estás volviendo loca —dijo Prudencia—. O te sientas en un rincón a leer o me ayudas a empacar. Si oigo tus garras chirriando de un lado a otro en el hielo una vez más, te las quitaré...

Prudencia se calló bruscamente.

Homicida se apartó de la ventana para mirarla.

La Ala Nocturna más vieja se quedó paralizada, con la boca abierta como si fuera a continuar la frase en cualquier momento. Sus ojos estaban en blanco, sus garras inmóviles. Tenía una manta medio doblada entre las garras.

—¿Madre? —preguntó Homicida, acercándose a ella—. ¿Estás bien? —Pinchó el ala de su madre y no obtuvo ninguna reacción—. ¿Madre?

—Lo siento —dijo una voz detrás de ella.

Homicida se giró y encontró la cabeza de Ártico asomando por la pared. Soltó un gritito antes de poder contenerse.

—Estará bien —dijo Ártico. Sus hombros, alas y garras delanteras se deslizaron a través de la pared, seguido por el resto de él. —También se lo hice a los guardias en mi habitación. El efecto se irá en unas pocas horas, una vez estemos lo suficientemente lejos. —Levantó una pequeña daga con una sonrisa—. ¿No es curioso? Madre confiaba tanto en nuestras reglas que dejó a dos dragones normales para custodiar un animus. Como si no pudiera hacerme una cosa mágica para salir de allí. Como si no me *atreviera*.

—¡Acabas de atravesar una pared! —gritó Homicida.

—Oh —dijo Ártico, golpeando uno de sus brazaletes—. Eso es sólo un pequeño hechizo. También puede hacer esto—. Lo giró en el sentido de las agujas del reloj alrededor de su brazo y se desvaneció en el aire.

—Guau —se asombró Homicida. Extendió la mano hacia el lugar donde él había estado y sintió que unas garras invisibles se aferraban a las suyas.

—Ahora tú también —susurró. Homicida miró hacia abajo y se dio cuenta con un escalofrío de que ya no podía verse a sí misma.

—Eso es mucha magia —dijo, mirando a Prudencia—. No deberías haber malgastado tu magia sólo para venir a despedirte de mí. Quiero decir, me alegro de que lo hicieras, pero...

—No voy a despedirme —dijo—. Me niego a decirte adiós. —El corazón traidor de Homicida saltó.

—Pero tienes que hacerlo—dijo ella.

—*No*. —Volvió a hacerse visible, girando el brazalete hacia el otro lado—. No quiero vivir sin ti. Homicida, huyamos juntos. Podemos encontrar una isla donde escondernos. O tal vez las historias del continente perdido son ciertas... Debemos ser capaces de encontrar un lugar donde podamos estar seguros y, lo que es más importante, estar juntos.

«*¿Podemos? ¿Es realmente posible?*».

—¿Y la magia de tu madre? —preguntó—. Estará furiosa, ¿y si decide usarla? ¿No podrá encontrarnos dondequiera que vayamos?

—Yo también tengo magia —dijo—. Puedo escondernos de ella. No tienes que tener miedo. —Extendió la mano y tocó suavemente el pendiente de Homicida con una garra—. Encanto este pendiente para que, mientras Homicida lo lleve puesto, se mantenga a salvo de cualquier encantamiento que Diamante pueda lanzar.

«*¿Cómo no enamorarme de un dragón que envuelve toda su magia en su amor por mí?*».

Quizá podrían lograrlo. Tal vez podrían escapar y ser felices, en secreto, sólo los dos, lejos de sus madres autoritarias y asfixiantes Consejos reales.

Era tan tentador... excepto...

Homicida miró a la fruncida estatua de Prudencia. No era una gran madre, pero seguía siendo *su* madre.

—Si huimos —dijo Homicida—, tu madre matará a la mía y también a los otros dos Alas Nocturnas. Pensará que te convencí para que huyeras conmigo y los culpará a ellos. Si no puede alcanzarme, necesitará un blanco para su ira, y ellos estarán justo aquí, en sus garras.

—Así que también les daré hechizos de protección —dijo Ártico, sonando frustrado. Encogió los hombros descuidadamente.

—No, guarda tu magia —dijo Homicida, aunque lo que realmente quería decir era *salva tu alma*—. Tenemos que llevarlos con nosotros. Escapamos, todos nosotros, ahora mismo.

—¿Llevarlos con nosotros? —Ártico se sorprendió, retrocediendo un poco—. No me imaginaba exactamente a tu madre en nuestro escondite romántico secreto.

Homicida rozó su ala con la de ella.

—No tenemos que ir en busca de una isla que podría no existir y luego ser fugitivos por siempre. Ven al Reino Nocturno. Puede que al principio se enfaden un poco conmigo, pero mi tribu te protegerá. *Yo* te protegeré.

Ártico soltó un pequeño bufido que la hizo erizarse. ¿No creía que ella podría protegerlo? Quizá no tuviera magia, pero era una de las luchadoras más fuertes de su clase. Había diferentes maneras de cuidar a alguien.

—Pero yo seré el único Ala Helada allí —dijo—. Y todos duermen de día y viven en cañones y quién sabe qué otras cosas raras.

—Te adaptarás —respondió Homicida, poniendo los ojos en blanco—. Es un gran reino, ya lo verás. Y podemos acostumbrarnos a cualquier cosa mientras estemos juntos, ¿verdad? ¿Eso es lo importante?

—Síííííí —aceptó él, un poco más a regañadientes de lo que a ella le hubiera gustado.

—Así que está decidido. Volaremos de vuelta al Reino Nocturno esta noche —concluyó.

Ártico dudó, mirando la nieve que caía.

—Ártico... no puedo dejarlos aquí para que mueran —dijo, agitando su ala hacia Prudencia—. Yo no soy ese tipo de dragón.

Ártico suspiró pesadamente. Apuntó la daga a Prudencia y siseó:

—Descongelar.

—…Y se las daré a la biblioteca como plumas —terminó Prudencia. Se quedó boquiabierta al ver al príncipe Ala Helada en su habitación, con la cola entrelazada con la de Homicida.

—¿Qué...? —espetó—. Esto... ¿qué están...?

—No hay tiempo para discutir, madre —dijo Homicida, levantando la barbilla—. El príncipe Ártico y yo nos hemos enamorado, va a volver al Reino Nocturno con nosotros. Pero eso significa que tenemos que irnos ahora mismo.

—¡Homicida! —Prudencia explotó—. ¡Este es exactamente el tipo de catástrofe descerebrada que debería haber esperado de ti! ¡Pero peor! ¡No puedes robarte al príncipe de los Alas Heladas!

—¡No lo hago! —protestó Homicida—. ¡Fue idea suya! ¡Quiere venir con nosotros!

—Más o menos —murmuró Ártico—. Ala Nocturna —espetó cuando Prudencia abrió la boca de nuevo—. No puedes detenernos. O vienes con nosotros ahora o te congelo de nuevo, y podrás explicarle todo esto a mi madre por la mañana. —Blandió la daga, moviendo la punta de un lado a otro.

Los músculos se contrajeron en toda la cara de Prudencia, como si estuviera luchando contra varias oleadas de rabia.

—Bien —escupió de repente—. Traeré a Garras Estelares y a Discreción.

Homicida no podía creerlo. Ella había esperado mucho más gritos, desaprobación y malos tratos antes de que su madre cediera. «*Quizá haya una pequeña parte de ella que quiera que sea feliz*», pensó esperanzada.

—Voy a explorar por delante y congelar a los guardias en nuestro camino —dijo Ártico. Corrió hacia el pasillo, dejando Prudencia y Homicida solas.

—Gracias, madre —dijo Homicida con fervor—. No era mi intención que esto pasara, pero nos enamoramos y él es tan maravilloso y lo amarás una vez que lo conozcas...

—Sabía que estabas siendo idiota —espetó Prudencia—. Pero dejé que siguieras porque esperaba que fueras lo bastante idiota como para volver a casa y quedarte con sus huevos. Para entonces estaríamos lo suficientemente lejos como para que la reina Ala Helada no tuviera que saberlo, y con un poco de suerte terminaríamos con dragones animus propios.

Homicida vaciló.

—¿Tú... lo sabías?

—Por supuesto que lo sabía —Prudencia gruñó suavemente—. ¿Por qué crees que te traje en primer lugar? Eres la única Ala Nocturna en la tribu que haría algo tan idiota, y tenía la sensación de que llamarías la atención del príncipe. Pero no pensé que *él* fuera tan idiota como tú. Pensé que *él* tenía cierta lealtad a su tribu. Algún sentido del bien y del mal. Los dragones jóvenes son tan inútiles. —Dio un paso hacia la puerta, luego giró para mirar a Homicida—. Todo lo que puedo decir es que será mejor que tengas dragonets rápido, Homicida. Tantos como sea posible, para que nuestra tribu pueda heredar la magia animus y hacer que todo este desastre valga la pena.

Su madre se alejó a toda prisa hacia las habitaciones de los otros dos Alas Nocturnas.

«*Pensaba que estaba haciendo algo genial, atrevido, mágico y romántico... pero en lugar de eso, estaba cayendo directamente en una de las trampas de mi madre*».

La conmoción recorrió las alas de Homicida. Se sintió como si la hubieran arrojado a la parte más helada del océano.

«*Nunca podré decírselo a Ártico. Si pensara que lo atrapamos deliberadamente... nunca creería que no lo sabía. Él nunca me perdonaría*».

El príncipe Ala Helada volvió a la habitación con una sonrisa de oreja a oreja.

—No hay moros en la costa —susurró—. He congelado a los ocho guardias que encontré entre aquí y el balcón más cercano—. Movió la daga entre sus garras. —Así que esto es lo que se siente liberar mi poder —rió—. No me extraña que la tribu no lo permita. Me siento tan *libre*.

—Pero no te dejes llevar demasiado —dijo Homicida. La sonrisa de Ártico se desvaneció y ella lo rodeó con sus alas—. No, sigue sonriendo. Sé que haces todo esto por mí. Todo valdrá la pena. ¡Juntos por siempre, Ártico! Vamos a ser los dragones más felices del mundo.

—Lo somos —respondió—. Pero primero tenemos que salir de aquí.

En el vestíbulo encontraron a los otros Alas Nocturnas esperando. Garras Estelares y Discreción parecían un poco aturdidos, pero llegaron en silencio, todos siguieron a Ártico mientras se deslizaba sigilosamente por los pasillos oscuros. El corazón de Homicida se estremeció de miedo cuando vio una silueta al frente, pero resultó ser uno de los guardias congelados, con la mirada fija en el espacio. Pasaron sigilosamente por delante de siete más, cada uno de los Alas Heladas inmóviles, sin representar ya una amenaza.

Finalmente llegaron a un balcón que daba al sur, con nada más que cielo abierto y tierra vacía extendiéndose ante ellos, hasta la oscura sombra del Gran Acantilado Helado que cruzaba el horizonte.

Se detuvieron en el umbral y Homicida vio a Ártico respirar hondo. Extendió la mano y enrolló su cola alrededor de la de él para tranquilizarlo.

«*Por favor no cambies de opinión* —rezó—. *No me hagas volver a casa sola después de esto*».

Él la miró, y con su visión nocturna pudo ver que su expresión era insegura. Había imaginado un vuelo atrevido sólo con ella, una huida de todo lo que odiaban. No se había imaginado entregándose a los Alas Nocturnas, cambiando una tribu desaprobadora por otra.

—Bueno, *me* voy —dijo Prudencia bruscamente—. No tengo ninguna intención de morir por los errores de Homicida. —Empujó más allá de Homicida y Ártico y se lanzó desde el borde. Garras Estelares y Discreción saltaron tras ella.

—Juntos —le dijo Homicida a Ártico.

—Por siempre —respondió lentamente.

—¡Alto! ¡Alto ahí! —Seis guardias Alas Heladas cayeron en picado desde el cielo nocturno, todos con lanzas de punta de diamante atadas a sus espaldas.

—Vamos —gritó Homicida. Agarró las garras de Ártico y lo arrastró por el balcón. Sus alas se enredaron por un momento y luego se enderezaron, batiendo furiosamente mientras se elevaban. Homicida sintió la ráfaga de viento que pasó cuando los Alas Heladas los perdieron, giraron en el aire y los persiguieron.

—¿Príncipe Ártico? —llamó uno de los guardias, con confusión en la voz.

Por un momento, Ártico vaciló junto a Homicida.

—Conozco a ese guardia —empezó cuando ella volvió a tirar de él hacia delante—. Él era mi entrenador, él me enseñó todo lo que sé acerca de las armas.

—¡Son los Alas Nocturnas! —gritó una voz desde el parapeto sobre ellos—. ¡Están robando a nuestro príncipe! *¡Deténganlos!*

Homicida miró hacia atrás y vio que dos Alas Heladas más se lanzaban desde el parapeto. La que gritaba tenía unas extrañas escamas sombrías que ondulaban sobre sus alas blancas y puras, y la otra... no, no podía ser Copo de Nieve, ¿verdad?

Fuera quien fuese, los guardias estaban escuchando. El batir de sus alas se hizo más fuerte, más potente, y todos desenvainaron.

—Sigue volando —dijo Homicida sin aliento, empujando a Ártico hacia delante. Una flecha pasó junto a su hocico, apenas rozando su oreja.

—¡Déjennos en paz! —Ártico gritó a los guardias—. ¡ATRÁS! ¡DÉJENNOS IR!

Otra flecha casi mella el ala de Homicida y ella gritó de miedo. «*El pendiente me protegerá* —se recordó a sí misma, intentando calmar su

acelerado corazón—. *No dejará que me hagan daño. Sigue volando, Ártico. Sólo tenemos que estar delante de ellos*».

—¡Dejen de dispararle! —Ártico rugió.

—¡Te salvaremos, Príncipe Ártico! —gritó la voz de su maestro.

Esta vez fue una pequeña lluvia de flechas, pero se desvió alrededor de las escamas de Homicida.

—Estoy bien —gritó—. ¡Ártico, sigue volando!

Quizá Ártico no la oyó, quizá se olvidó de la protección del pendiente o quizá estaba demasiado alterado por ver a Homicida en peligro como para pensar con claridad.

Sea lo que sea lo que le hizo hacerlo, Ártico giró en el aire, abrió las alas, alzó sus garras delanteras hacia los guardias que los perseguían y gritó:

—¡Lanzas! ¡Detengan a esos guardias!

Homicida agarró su brazo con horror.

—¡Ártico, no!

Pero ya era demasiado tarde. Las lanzas se soltaron (de sus garras y de sus espaldas), giraron y se clavaron en el pecho de los Alas Heladas.

—¡No, esperen! —Ártico gritó—. ¡No los maten! —Sacudió sus garras frenéticamente y trató de apuntar a los guardias de nuevo—. ¡No los maten! ¡Sólo deténganlos, eso es todo lo que quise decir! ¡DÉJENLOS CON VIDA!

Era demasiado tarde. Uno a uno, los seis Alas Heladas cayeron del cielo, precipitándose como las rocas que Homicida solía arrojar a los cañones más profundos del Reino Nocturno.

—¡NO! —lloró Ártico—. ¡Vuelvan y déjenlos con vida! ¡Me retracto! —Volteó hacia Homicida, aferrándose a sus brazos desesperadamente—. ¡No era mi intención! ¡Sólo quería que nos dejaran en paz!

—Lo sé —dijo—. Lo sé, lo sé, Ártico, pero tenemos que seguir volando. No puedes volver ahora. Y esos otros dos siguen detrás de nosotros.

Los dos de la muralla habían alcanzado el lugar donde cayeron los Alas Heladas, y Homicida se dio cuenta con alivio de que ninguno de ellos

llevaba armas, nada con lo que pudieran atacar, nada con lo que pudieran resultar heridos.

—¿Qué has hecho? —gritó uno. Voló hacia ellos y Homicida vio que, después de todo, si era Copo de Nieve. «*¿Por qué está despierta en primer lugar? ¿Cómo es que estaba allí mientras escapábamos?*».

—¡MONSTRUO! —Copo de Nieve gritó, acercándose a Ártico—. ¡Conocía a esos dragones! ¿Cómo pudiste *matarlos*? ¿Por una *Ala Nocturna*? *¿Qué te pasa?* —Le iba a dar un zarpazo en el hocico, pero Homicida saltó en el camino y la empujó hacia atrás.

—Iba a dejar que te lo quedaras —le gruñó Copo de Nieve—. ¡Pero *él* no merece vivir! ¡No merece ser feliz!

Se acercó de nuevo hacia Ártico. Homicida disparó una ráfaga de fuego para hacerla retroceder, al menos, eso era lo que pretendía hacer.

Pero en el mismo momento, vio que Ártico levantaba las garras, como si estuviera atrapando su bola de fuego, y luego la empujó con fuerza hacia Copo de Nieve.

El fuego se propagó a lo largo de una de las alas de Copo de Nieve.

Al principio, Homicida pensó que el grito de Copo de Nieve resonaba en su propia mente, antes de darse cuenta de que otra Ala Helada también gritaba.

La compañera de Copo de Nieve descendió en picado para atrapar a Copo de Nieve antes de que pudiera caer al suelo. De su boca salió un aliento helado que extinguió las llamas, pero dejó un rastro de marcas ennegrecidas. Copo de Nieve aulló de dolor, aferrándose a su amiga mientras su ala herida se agitaba inútilmente.

—Oh, Ártico —dijo Homicida, con la voz entrecortada en la garganta—. Tenemos que irnos. Vámonos. Vamos, sólo sigue volando. No mires atrás.

Lo arrastró con ella, obligándolo a volar. La Ala Helada desconocida empezó a insultarlos desde atrás.

—¡Nunca te perdonaré esto! —rugió—. ¡MATARÉ hasta el ÚLTIMO Ala Nocturna si tengo la oportunidad! ¡Despertarás un día con mis garras en tus ojos! ¡Acabaré con toda tu tribu y te dejaré para el final para que sepas que sus muertes *son culpa tuya*!

—¿La maté? —Ártico preguntó con voz ronca.

—No —respondió Homicida—. Copo de Nieve fue herida, pero estoy segura de que sigue viva. —«*Puede que nunca vuelva a volar... pero él no necesita saberlo*».

Volaron en silencio hasta que encontraron a Prudencia esperando cerca del Gran Acantilado Helado.

—Supongo que necesitas esto para cruzar —le dijo bruscamente a Homicida, mostrándole uno de los brazaletes encantados que les habían permitido entrar a salvo en el reino.

Homicida sintió una punzada de culpabilidad. «*Puede que no les estemos robando a su príncipe, pero sí su "don de la diplomacia". ¿Volverán a confiar en otra tribu otra vez?*».

Pensó en los guardias cayendo y muriendo. «*Pensé que podríamos escapar sin que nadie saliera herido*».

«*Pero los Alas Heladas nos odiarán para siempre por esto*».

—Gracias por esperar, madre —dijo. Se tocó el pendiente—. Pero esto me hará cruzar a salvo.

Prudencia entrecerró los ojos ante el pendiente y luego lanzó una mirada aguda a Ártico. Homicida casi podía leer su mente. Estaba pensando que, si el príncipe estaba dispuesto a usar su magia de esa manera, tal vez podría ser convencido de hacer algo útil para los Alas Nocturnas también.

Homicida sintió que se le cerraba la garganta de miedo. Pobre Ártico, volando directo a la telaraña de la tribu.

Pero seguirían juntos. Eso compensaría cualquier cosa que otros dragones les hicieran, o lo dura que pudiera ser la vida... ¿no?

Sobrevolaron el acantilado y se unieron a los otros dos Alas Nocturnas en el otro extremo. Juntos volaron hacia el sur, adentrándose en las oscuras nubes que se acumulaban más adelante.

Homicida y Ártico volaron cerca de la parte trasera, muy juntos, pero él no dijo nada durante mucho, mucho tiempo.

Homicida se arriesgó a echar un vistazo a la cara de Ártico. Parecía como si él mismo hubiera sido apuñalado en el corazón.

—¿Estás... bien? —preguntó ella.

—Obviamente no —replicó.

Homicida parpadeó.

—Quiero decir, sé que estás molesto. Pero me refería a cómo se siente tu alma. ¿Está BIEN?

—Mi alma no es de tu incumbencia —siseó.

—Um, sí, lo es —replicó Homicida—. Si voy a casarme contigo, tu alma me concierne mucho.

Ártico soltó un gruñido y apartó la cabeza de ella.

En ese momento, Prudencia volteó para mirarlos, y la expresión de su cara era tan petulante que Homicida deseó poder arrancársela de un zarpazo.

«*Crees que lo sabes todo sobre mí y sobre Ártico, madre. Crees que ya nos estamos desmoronando y estás tan satisfecha contigo misma. No puedes esperar para decirme* "Te lo dije" *todos los días para el resto de mi vida*».

«*Pero amo a Ártico. Lo hago, y eso es real. Voy a hacer que este matrimonio funcione. Voy a hacer que me siga amando, y no voy a dejar que se salga con la suya actuando como un idiota. Voy a aferrarme a su alma. Voy a hacerlo feliz. Vamos a ser felices*».

«*Tal vez este no sea exactamente el destino que ninguno de nosotros esperaba. Pero ahora es nuestro*».

«*Ártico y yo*».

«*Juntos contra el mundo*».

«*Para siempre*».

TABLA DE NOMBRES TRADUCIDOS

Para aquellos que quieran saber los nombres originales de los dragones cuyo nombre no tiene traducción oficial.

Personajes con apariciones físicas.

Ártico	Arctic
Raposa de las Nieves, Raposa	Snowfox, Fox
Prudencia	Prudence
Homicida	Foeslayer
Garras Estelares	Starclaws
Discreción	Discretion
Diamante	Diamond
Copo de Nieve	Snowflake

Personajes mencionados.

Vigilancia	Vigilance

NOTA DEL TRADUCTOR

Primero que nada, gracias por leer esta traducción. Su apoyo me motiva mucho, y espero poder traerles más traducciones de AdF en el futuro ^^ También, gracias a mi amiga Katia por ser la lectora de prueba, me ayuda mucho <3

Ahora sí, se preguntarán, ¿por qué le puse a la traducción «*Destinos*» en lugar de «*El Cuarteto de Winglets*»? (probablemente nadie está haciendo eso, pero igual quiero explicar XD)

Bueno, básicamente le puse así porque no me gusta el titulo original. Aunque estuve a punto de dejarlo con el título original, hasta que descubrí que, en Francia el libro se llama «*Destinées*» (*Destinos*), y me terminó gustando mucho más ese título, así que se lo puse a esta traducción.